

# ORQUESTA DE MEMORIAS



# Orquesta de memorias

Equipo editorial:

*Agustín Cadena*

*Azucena García*

*María Elena Ortega*

Diseño de portada:

*Edgar Islas Cruz*

## PRESENTACIÓN

Empecemos por aclarar que este libro no es una antología. Una antología es una selección crítica de lo mejor de un género, y aquí no hay ninguna pretensión crítica. Si a fuerza hay que decidir lo que es este libro, yo diría que es una fiesta de amigos. Con más precisión aún, es una fiesta de amigos de Facebook. La idea nació así: con un *post* que alguien comentó, luego alguien más respondió al comentario, hubo más comentarios, más diálogo... todos los autores aquí incluidos participaron de alguna manera en aquella sustanciosa conversación que tuvo lugar en algún momento de diciembre del apocalíptico año 2020. Por eso no están presentes todos los amigos que yo hubiera querido. Están los que estaban aquel día. El azar de esta reunión explicará las diversas asimetrías que el lector podría reprocharnos, como que haya muchos más autores mexicanos que de cualquier otra nacionalidad, o que haya muchos más escritores que creadores de otras disciplinas.

Por lo mismo que es una fiesta de amigos, *Orquesta de memorias* se planeó desde el principio para ser distribuido gratuitamente. Es un libro hecho para demostrar que el “poderoso caballero, don Dinero” no es tan poderoso como cree. Aquí no lo necesitamos. Nadie recibió nada: ni los autores que generosamente nos dieron sus textos, ni el pequeño equipo que realizó la edición, ni los traductores, ni el diseñador. Todo ha sido trabajo voluntario. Y en este sentido expresamos nuestro agradecimiento a Mayté Romo y al equipo de la Editorial Elementum por su asesoría y su generoso apoyo.

No todos los invitados llegaron a la fiesta, pero la mayoría se encuentran aquí: ochenta autores de once países. Con tanto material, lo más difícil fue armar el libro, encontrar similitudes entre los textos para poder clasificarlos de alguna manera. No queríamos recurrir a la salida fácil de soltar todos en orden alfabético. Queríamos proporcionar al lector alguna especie de mapa que le permitiera navegar a través de tantos recuerdos. Porque la convocatoria era vaga y en ella podía haber casi cualquier cosa: enviarnos un texto breve que recreara un recuerdo de infancia relacionado con la música.

Fue así como llegamos a la idea de dividir los textos en nueve secciones: 1) La música de la tierra originaria, 2) De la casa, 3) De los padres, 4) De los abuelos y los tíos, 5) De los fans, 6) De momentos especiales, 7) De los que hacían o siguen haciendo música, 8) Música y reflexiones, y 9) La música, testigo de la historia. Por supuesto, el criterio es discutible y mejorable, pero por ahora nos pareció un buen inicio.

En fin, aquí está el libro; es decir, la fiesta. Y como suele decirse al final de una fiesta, gracias a todos por su asistencia, pasen a sentarse, sírvanse a su gusto y disfruten la música.

Agustín Cadena  
21 de junio de 2021

La música de la tierra originaria

## DE LA SIERRA A LA CIUDAD

*Jorge Anaya*

(Escritor, editor y periodista jubilado. México)

La música estuvo presente en mi vida desde muchos años antes de mi nacimiento.

Esta historia comienza en los caminos de herradura de la sierra del estado de Hidalgo. Doña Guadalupe Vega los recorría para ir de tianguis en tianguis vendiendo café y alimentos típicos. Con ella caminaban leguas y leguas, a veces bajo la lluvia y con los pies hundidos en el lodo chicloso de aquellas tierras, sus hijos Gilberto, María Luisa, Consuelo y el pequeño Rubén.

María Luisa, entonces quinceañera, solía aligerarse la marcha entonando canciones rancheras con su bella voz de soprano. Pero un día ya no aguantó aquella vida. De inteligencia despierta y carácter resuelto, decidió emigrar a la gran ciudad. Como no tenía más que la primaria trunca, consiguió trabajo de doméstica “de planta”.

Era la década de 1940, la época de oro de la W, la estación que sintonizaban miles de hogares mexicanos en sus radios Majestic de bulbos. En el famoso estudio Azul y Plata triunfaban compositores e intérpretes de los géneros vernáculo y romántico, como Agustín Lara, José Alfredo Jiménez, Pedro Vargas, Toña la Negra, Los Bribones e innumerables tríos. María Luisa seguía las tonadas con su voz de jilguero mientras realizaba sus tareas.

Su natal Molango era y sigue siendo un hermoso pueblo enclavado en las montañas y adornado por una radiante laguna. Aunque pequeño y con pocos

centros de estudio, en aquel tiempo —no sé ahora— sus pobladores cultivaban la música, la danza y otras expresiones artísticas; no era raro encontrar personas de múltiples talentos, que lo mismo componían e interpretaban un vals en el violín o la flauta que dibujaban a tinta estampas de su pueblo, como el recio templo agustino con su espadaña, o escribían un soneto dedicado a la reina de la feria anual.

Uno de esos polifacéticos lugareños era Homero Anaya Lara, enamorado de las tradiciones de su pueblo, como los bailes con huapango y la devoción de la Semana Santa. Homero, ingeniero de minas, organizaba tertulias en las que los paisanos radicados en la ciudad de México lucían sus habilidades musicales o poéticas; el lugar de reunión era una casa de la colonia Industrial a cuya dueña, de nombre Refugio, todos conocían como Doña Re.

Una noche llegó a la reunión María Luisa, invitada por un primo que la había oído cantar. Bastó que la calandria abriera el pico para que el animador quedara flechado para siempre. Bueno, a lo mejor no fue tan así, pero ese fue el resultado. En poco tiempo María Luisa Roa y Homero Anaya habían unido sus vidas y sus talentos. Ella aportó su voz a las composiciones de Homero, que incluso se dio el gusto de lucirla montando nada menos que en Bellas Artes —no en la sala principal, que esto no es un cuento de hadas— una zarzuela llamada *Estrella o la doncella cautiva*, en la que ella llevó el protagónico, mientras dos de los hijos de un matrimonio anterior de él tuvieron papeles secundarios.

La fusión también incluyó los gustos musicales. Homero se dejó seducir por las recias canciones rancheras y los apasionados boleros que María Luisa escuchaba, y ella incursionó en los secretos de los grandes maestros en las transmisiones de la tristemente desaparecida XELA, “buena música en México”,

cuyo boletín llegaba mes a mes a la casa de Tacubaya donde Homero había construido un hogar para él y sus hijos.

En ese ambiente crecí yo, años después. En una casa donde lo mismo se escuchaba a María Luisa Landín cantando “Amor perdido” o a Los Tecolines con “Toda una vida” —la favorita de mi mamá— que las *Danzas polovetsianas del príncipe Igor*, de Borodin, o la *Introducción y rondó caprichoso* para violín y orquesta de Camille Saint-Saëns, el autor preferido de mi papá.

Al coctel melódico vinieron a sumarse, conforme mis dos hermanos y yo fuimos creciendo, los rocanroles traducidos —*covers*, les llaman ahora— que interpretaban Enrique Guzmán, Angélica María o los Hermanos Carrión y, poco después, las voces universales de los Beatles y todo lo que vino de ahí.

No fue la mía una familia de posición desahogada. Pero si en aquel hogar llegaron a faltar bienes materiales, la música jamás estuvo ausente.



## LA MÚSICA QUE NOS ACOMPAÑA

*Felipe Aragón*

(Escritor. Chile/España)

El lugar de nacimiento es muy importante para enamorarnos de una u otra música. Yo nací en Santiago de Chile en 1957, aunque en realidad soy hijo y nieto de españoles. En mi casa de niño reinaba la radio y en la radio reinaban las canciones chilenas; tanto las unidas al folklore, como los boleros de Lucho Gatica o las canciones de Antonio Prieto. Los magníficos Cuatro Cuartos revolucionaban la música con raíces patrias, pero con grandes influencias del folklore argentino y de la música polifónica. Era un gran momento de creación en la música popular; junto a las influencias de grupos anglosajones y cantantes como The Beatles, la música mexicana pasaba por una auténtica época de oro, los tangos de Gardel mantenían todavía su vigencia y los cantantes locales tenían una gran aceptación.

Había en mi casa una segunda y muy poderosa influencia: la música con aires españoles. Digo con aires españoles, porque mi padre compraba cualquier disco que lejanamente le pudiera recordar a su tierra, muchos de ellos unidos a España con alfileres. Los hijos de españoles amábamos nuestra tierra de nacimiento, pero teníamos un sentimiento de pertenencia a España muy vivo, tanto más grande cuanto los círculos de amigos eran casi siempre españoles emigrados y sus familias. También influían las historias de España, que en un mundo sin televisión, tenían para nosotros un aire legendario, mítico. Cuando sonaban esos discos, mi padre se emocionaba sin remedio y nosotros lo

hacíamos casi por mimetismo e imaginábamos a nuestro antojo esa tierra, que naturalmente sería más hermosa y mejor.

Salí de Chile con mis padres a España en 1965 y desconocí tanto la música de Violeta Parra, nada presente en las radios, como la de la Nueva Música Chilena, que empezó a comienzos de los años setenta.

La llegada a España fue traumática para toda la familia, porque un cambio de país en esos años suponía una ruptura casi total con la gente que se queda en el anterior y que te ha acompañado todos esos años. También por el cambio drástico que era cambiar de continente, en un mundo que desconocía casi todo lo que ocurría fuera de las fronteras propias. De repente, la que se quedaba llorando al lado del tocadiscos era mi madre, oyendo cuecas y baladas una y otra vez, suspirando por su “Chilito”.

\* \* \*

En la España de 1965 había dos corrientes paralelas: Estaban los grupos imitadores de los grupos ingleses y en menor medida norteamericanos, y los cantantes melódicos, con una gran influencia de los italianos y la chanson francesa. Pero era también un momento de triunfo de la tonadilla española, que se resistía a dejar su dominio de décadas. Los programas de radio de discos dedicados a familiares, en sus cumpleaños o comuniones sonaban en todas las cocinas. Mi hermano compraba los discos de grupos ingleses y los escuchábamos casi a cualquier hora. Así llegué al final de mi adolescencia, entre posters por las paredes y un tocadiscos de llevar como si fuese una maleta, que acabó sustituido por un reproductor de cassettes, que permitía grabar de la radio.

Alrededor de los veinte años mis amigos españoles me propusieron tocar y cantar en un grupo y empezamos a versionar las canciones de Violeta Parra, Quilapayún e Inti-Illimani. Creo que me llamaron más por mi condición de único chileno del grupo de amistades, que por mis capacidades musicales, pero a mí me importaba muy poco porque me lo pasaba genial, sobre todo porque en el grupo tocaba también la chica que me gustaba y que contra toda lógica decidió compartir su vida conmigo. Cantar en cualquier sitio, ensayar entre el humo del tabaco y, sobre todo: disfrutar con esa música maravillosa, que casi todo el mundo cree que son cuatro canciones reivindicativas. No saben lo que se pierden.

Como casi toda la gente que escucha la música sin prejuicios, he acabado por escuchar música clásica las más de las veces, pero cuando vuelve a sonar una quema o un charango, algo se me remueve por dentro. El poder evocador de la música, devolviéndote a un momento concreto de tu vida es sorprendente.

## LA PRIMERA MÚSICA

*Ramón Cuéllar Márquez*

(Poeta. México)

Mis primeros años son de soledad infantil, llena de muchas voces, repletas de cientos de afectos prodigados sin pedir nada a cambio. Era soledad a final de cuentas, ahora lo sé, aunque no a la que temen varios. No, esta era especial, daba una sensación de bienestar, permitía que las estrellas fueran más que luces nocturnas.

En aquellos años intuía que algo insondable estaba detrás de la vida humana, que el silencio inmenso de aquel poblado en Baja California Norte, Puertecitos, era parte de nuestras respiraciones. No había electricidad, ni una autoridad oficial, ni siquiera una iglesia. No había un dios, sólo un largo zumbido de chicharras en las horas más calientes del día, más los aullidos de los coyotes que bajaban de los cerros para husmear entre los terrenos y las casas, hacia las seis de la tarde, cuando empezaba a oscurecer. No era música, eran los sonidos que le daban sentido a la soledad. El silencio era nuestro dios, creo.

Teníamos radios de pilas rayovac —que nos duraban nada— y a través de sus bocinas se sintonizaba la música popular de aquellos años —los setenta— como Manolo Muñoz o Los Tigres del Norte (confieso que todas las noches oía los boleros de la W, (“La voz de la América Latina, desde México”). No obstante, la cotidianidad habría de hacerme una jugada genial porque un día me vi instalado en una urbe con subidas y bajadas, que estaba hacia muy al norte, en la California suprimida, San Francisco. Todo había cambiado: de aquella población

lejana pasé a un lugar de puentes bruñidos, casas de madera y tranvías que surcaban la cinta asfáltica sobre rieles incrustados. Viví dos años entre dos familias, una chicana y otra sajona, los Garza y los McKinney. Y antes de ellos, en Los Ángeles, con los Garrett.

Una noche O. D. McKinney y su esposa Jean me llevaron a un salón donde había decenas de personas; al frente estaba una banda en la que O. D. participaría; tocó una música desconocida que me fue atrayendo poco a poco. Su ritmo extraño y disímulo, como si cada intérprete fuera por su lado y viviera su propia experiencia, poseían la cohesión y la armonía exactas. Hasta muchos años después, en los preámbulos de los ochenta, sabría que aquello era Jazz. Aún sigo oyéndolo a mis cincuenta y cuatro años.

En San Francisco también descubrí a Elvis Presley y fui su fan durante prácticamente toda mi infancia, hasta que casi entrada la adolescencia descubrí a Los Beatles en un casete ocho track que era de mi hermano mayor. A él le gustaba todo eso, todo lo que tuviera que ver con el rock de aquellos años, como Queen, Creedence o Kansas. Los Beatles me condujeron a otras músicas, incluida la mal llamada clásica —en particular Mozart y Vivaldi—, como el blues, el soul y parte de la música latinoamericana como Silvio Rodríguez y Óscar Chávez.

En la vida adulta todo eso habría de reforzarse con los años con diferentes gustos, además de que en el camino me topé con amigos extraordinarios —hombres y mujeres, se entiende—, que me compartieron sus vicios e inicios musicales, una gigantesca variedad. Ellos también cargaban a cuestas una infancia de soledades que la música les llenó. O más bien debería decir: les había dado un sentido palpable de la realidad, la que ellos experimentaban.

Al final, creo que la existencia humana es una infancia elástica que se estira hasta la tercera edad, porque seguimos oyendo con la misma emoción aquellas primeras notas que nos dieron significado en la niñez. Dejamos de ser niños un día, pero la acumulación de sonidos siempre entañará el pasado, traerá a colación la melancolía e incluso la nostalgia. ¿Qué sería de la existencia humana si la música no hubiera surgido a la par de la evolución de la inteligencia? Me encantaría tener una máquina que me devolviera a ese primer momento, en que la música me mostró que el silencio es armonía siempre cuando le ponemos el esmero suficiente, en esa soledad primera de la niñez en que nos abismamos hacia una caída eterna que nos va dando respuestas distintas. La música enseña a vivir.

VERACRUZ

*Gabriel Figueroa Pacheco*

(Director de teatro. México)

No nací con la luna de plata, vaya, ni siquiera había luna porque llegué a este mundo un medio día de un día cualquiera de 1971. Y, aunque mi alma sí es de pirata, no soy rumbero ni jarocho, ni trovador, de verdad. Lo que sí, es que me fui lejos de Veracruz, hasta la capital del país. Viajé en el vientre de mi madre quien a su vez viajaba en un Volkswagen modelo 1961, en compañía de mi padre y de mis dos hermanos mayores, ellos sí veracruzanos porque yo tan sólo lo fui de concepción. Así que mi primer nido, fue en un rinconcito de la populosa Santa María la Ribera, no junto a las olas del mar.

En un pedacito del departamento que rentaban mis abuelos, junto con mis padres y hermanos, viví mis dos primeros años. En otro pedacito habitaban mis tíos y primos y en otros tantos pedacitos los parientes de Michoacán que venían de visita por un fin de semana y se quedaban meses enteros. En esa pequeña patria, conformada de múltiples pedacitos y familias, todos sabían sufrir, pero también cantaban. Sobre todo los fines de semana, con Don Pedro y el infaltable Bacardí.

Volví a Veracruz, varias veces. No sólo a sus playas lejanas, sino también a la sierra y a sus pueblos y ciudades. En Navidad y en Semana Santa, y supe también de sus veranos. Y, efectivamente, sus noches eran de mujer, pero también los días; todo mi linaje materno estaba ahí... De las palmeras sólo recuerdo los cocos.

Pero el diluvio de estrellas, se dio un domingo en la ciudad de México, a medio día, cuando yo tendría unos doce años. Estaba de visita en casa de los abuelos paternos, en ese otrora pedacito de patria, y ahí, en la sala, encendida y con la tapa levantada, la tornamesa de la vieja consola giraba sorda y la aguja rebotaba sobre el final de un acetato cuyo centro tenía la imagen de un flaco cadavérico. Coloqué la aguja al inicio del disco y comenzó la canción... Seguramente ya la había escuchado desde que estaba en el vientre de mi madre, en alguna de las estaciones de radio que mi tía Mago escuchaba mientras planchaba y cuidaba de mí, en una palapa devorando algún caldo de pescado, en alguna de las fiestas familiares en donde veracruzanos y michoacanos se volvían chilangos, en alguna película quizá... Pero en ese momento, esa melodía y esos versos se presentaron ante mí como, lo que hoy llamaría, mi primera experiencia estética. Se silenciaron las voces de mi abuela y mi tía que discutían en la cocina y también los ladridos de la Yeli que brincaba tras de mí. Desapareció la consola, junto con la sala y el departamento... y lloré, como nunca lo había hecho hasta entonces, es decir sin una razón aparente. Y sí, mi ser vibraba, y fui uno con las estrellas que diluviaron ese mediodía.



TWIST XUXA

*Alessandra Grácio*

(Actriz, escritora. Brasil)

Corría el año de 1993. Por medio de un plebiscito, Brasil reafirmaba su gobierno republicano y presidencialista después de que la vuelta de la monarquía fuese propuesta ante el Congreso Nacional. Pasada la turbulencia, las reinas y reyes siguieron figurando solamente en los libros, las clases de historia y en los delirios de su descendencia. A mis casi nueve años pensaba que para rey ya teníamos a Pelé o a Roberto Carlos, el cantante. La reina era Xuxa —obvio— “La Reina de los Bajitos”. Con eso era más que suficiente. ¿Por qué los adultos insistían tanto en complicar las cosas?

Ya estábamos en noviembre, mes de mi cumpleaños, y conseguirme una ropa nueva era sólo uno de los tantos preparativos que mi madre tan alegre realizaba para la celebración. Fuimos a la boutique de Xuxa (sí, tenía una boutique).

Como casi toda niña de mi edad era fan de aquella mujer bella y rubia, cuya sonrisa perfecta iluminaba diariamente su estridente programa televisivo para niños. Los primeros acordes de “Doce Mel” anunciaban su expectante llegada al escenario de colores al bajar —sin caerse— los escalones de su propia nave espacial. Me sabía todas sus canciones y coreografías. Coleccionaba cada uno de sus vinilos, los cuales escuchaba en el pequeño tocadiscos que mi padre me había regalado para darle sitio al *soundtrack* de mi fanatismo infantil.

Mi mayor secreto (el mío y el de todas mis amigas de la escuela) era el deseo ser Paquita, una de sus bailarinas. Sin embargo, ser una niña negra en los noventas significaba conocer la resignación gracias a las normas del “reinado vigente”: las paquitas eran rubias, así que entrar a la tienda y probarse una de sus prendas era acercarse un poco a ese mundo colorido y soñar que podrías ser parte de él.

El lugar, decorado con muchas luces y distintos tonos de rosa, recordaba la escenografía del programa. Imaginar que Xuxa podría aparecerse casualmente por las escaleras, añadía una dosis extra de azúcar al bocadillo especial del menú en aquella sociedad consumista y confundida.

Escogimos un overol de mezclilla con unos planetas bordados. Entré al vestidor imaginando que así sería el camerino de la única reina que me importaba en la vida. Me cambié sola, mi mamá —como el príncipe portugués Pedro I de Brasil— era a favor de la independencia. Me miré al espejo. Era una niña de ocho años algo chaparrita, tendríamos que hacerle una bastilla al atuendo. Al salir, puede ver en sus ojos una mirada conocida: “Es muy caro”.

Mientras mi madre platicaba con una de las vendedoras sobre las facilidades de pago, sucedió: sacudiendo una larga y dorada cabellera, casi en cámara lenta, se asomó por probador de al lado una niña más o menos de mi edad. En las bocinas empezó a sonar “Twist Xuxa”, la pista número nueve del disco número cinco, en cuya portada la Reina de los Bajitos aparece sonriente en una playa desconocida.

El establecimiento se detuvo eufórico en reverencias hacia la “chiqui reina”: “¡Te ves como una verdadera Paquita!”, dijeron. Su mamá sonreía orgullosa. La mía me sonrió tímidamente. Nos entendimos. Me metí al vestidor, me quité el

overol y volví a mirarme al espejo. No tenía las medidas de la realeza. La canción, que seguía sonando afuera, a través de un pegajoso compás y rimas pobres hablaba de un mundo diferente, donde la tristeza no estaría con la gente y blablablá. Mentira, Xuxa. Yo me encontraba triste en uno de tus dominios. Tu reino era demasiado estrecho.

Nos fuimos. Compramos mi ropa en otro lado y celebramos mis nueve años “con alegría y fiesta”, como decía uno de los versos del twist que dejé de escuchar. Por supuesto nunca fui Paquita. Mamá partió diez años después a alguna galaxia sin nave espacial. Xuxa es casi sexagenaria y Brasil pareciera más bien un país ingobernable.

Otro día la escuché. Pista nueve, disco cinco. Salí del vestidor polvoriento de mi memoria. El overol, ahora deshilachado, ya no tiene planetas porque encontré el universo en un reino más libre. La diversidad, su Majestad. Tenías razón, mamá: sería muy caro dejar de parecerme a mí. Vámonos de aquí.

“LA GRANGE”

*Sandra Luna*

(Escritora y artista visual. México)

El barrio tenía unos quince años y latía con impaciencia adolescente.

Latía en los músculos mal repuestos de los obreros que se encaramaban en camiones atascados rumbo a las fábricas de Vallejo y Tlalnepantla. En el mercado, donde despachaban mujeres de caderas anchas y hombres con dientes de oro. En la mezcla fresca con que se pegaba los tabiques para hacer crecer casitas sin jardín, un cuarto a la vez. Latía en la secundaria, donde se despejaban ecuaciones, y en las calles, donde las incógnitas a desenmarañar tenían cuerpo, ansia, prisa.

Por eso, de vez en cuando, un sábado por la noche, ¡pum, clac!, ¡argh, argh! La palpitación se desbocaba. Solo de noche, siempre furtivamente. Recorría las calles, materializada en muchachos flacos, sin miedo ni conciencia de su mortalidad. A veces solo se correteaban, lanzándose botellas, piedras, mentadas. Sus pasos amortiguados por la tierra suelta, en calles aún sin pavimento, sin ley ni orden. Otras noches, la avenida principal se declaraba un coliseo y cada hueste ofrecía uno o dos guerreros al sacrificio. ¡Clac, argh, pum, pum! Puños, cadenas, puñales, botas de casquillo. Tarde o temprano, corría la sangre, ora profusa, ora exigua. Como las sanguijuelas de la medicina antigua, las navajas liberaban la plétora de esos cuerpos para restaurar el equilibrio. Pero el alivio era solo el arranque de otra desquiciada carrera.

La casa de mis tíos se alzaba en una esquina. Dormíamos en el segundo piso y una de las ventanas daba a la avenida, pero muy pocas veces logramos aprovechar esa primera fila. Era un espectáculo prohibido. Lo que imaginábamos —con los ojos tan cerrados que dolían— luego era confirmado por los rumores de la gente y los pregones del pasquín de ocasión.

Cuando el hacha de guerra estaba enterrada, cada banda cerraba su calle y llenaba la noche de rock. Me parecía que la guitarra imitaba a un caballo en pleno trote. O el chasquido de dedos de un buscapleito. O el “pst pst” de un chavo banda recargado en el poste, con la luz del farol desparramada sobre su cabello largo, rizado con permanente. Medio minuto después llegaba la batería, que sonaba a corretiza, a brincos. Pronto, los cuerpos se entregaban a una danza apache. Eso imaginaba porque yo estaba guardada en casa, voyeur de oído. Una voz profunda contaba una historia que yo no entendía. Luego supe que la canción se llamaba “La Grange” y deduje que eran las aventuras de un vaquero facineroso.

Solía ser la primera canción que ponían, la que anunciaba que ese sábado el sueño llegaría tarde. Había muchas otras, claro. Pero solo algunas llegaban a tener una versión visual en mi cabeza de ocho, nueve años. El coro orgásmico de Black Dog era entonces el canto agonizante de uno de esos gladiadores sabatinos. La tierra de las mil danzas invocaba la estampa de una inmensa fogata rodeada de hombres con máscaras y cuernos de toro. Conocí los títulos gracias a Rafa, hermano de mi amiga Teresa. Pero saber que eran obra de ZZ Top, Led Zeppelin o Ted Nugent no cambió mis interpretaciones ni me educó gran cosa en ese momento.

A los once años, en sexto, comencé a ir a tardeadas. Después de un rato, algún hermano mayor llegaba a apropiarse del tocadiscos y a bailotear, brincando y lanzando patadas cortas mientras giraba. Resulta que no había errado; algo así imaginaba.

La colonia, que para entonces ya contaba con banquetas y pavimento, obedecía a un mapa ajeno a la Comisión para la Regularización de la Tenencia de la Tierra, que era la que entregaba las escrituras. El hermano de Griselda era de La Bomba. El de Angélica, de los Kizz. Los de Remedios, de La Carreta. Pero a todos les gustaba cruzar las piernas, con los pies bien juntos, para marcar con brinquitos el coro intraducible: “A haw, haw, haw, haw, a haw...”

Poco importa que “La Grange” celebre en realidad un centenario burdel texano. Para mí, que aquellos sábados iba al catecismo, hoy ilustra, con ese *riff* bluesero, el magnetismo de la tribu, el vaho de un peligro que pasó muy cerca, el latido furioso justo antes de la sangría ritual.

CANCIÓN DE NIÑAS QUE OLÍAN BONITO

*Juan de Dios Maya Avila*

(Escritor. México)

Cuando tenía seis años entré a estudiar a una escuela muy rara. Estaba en la calle que bajaba del rastro municipal hasta el río. En la tarde, luego de la matanza, escurría la sangre por el empedrado de la calle y allí íbamos, a la hora de la salida, saltando los charcos colorados y manchándonos las bastillas de rojo. Hasta las mamás elegantes se arruinaban la falda y las zapatillas con la sangre de bueyes, borregas y marranos. Y la peste, con el calor de las tres de la tarde, ah, caramba, que no se olvida ese rastro en las narices que le olieron. Sangre y sangre bullía en las tardes luminosas. Podría decir que era una escuela fea, pero no, era rara. Muy rara. Y cruel, porque siempre me fue mal ahí, y reprobaba todas las materias y me la vivía castigado y con el trasero bien surtido de tablazos por travieso. Dicen. Pero yo la quise mucho a esa escuela. Mis mejores amigos son de esa época. En los pueblos es así, todos se conocen desde chicos. Y así era Tepotzotlán. Incluso a mi tocayo y compadre, Juan de Dios Aparicio, lo conocí en dicha escuela. Y mira: al tiempo, hasta nos acompañamos y ya vamos para cuarenta años de amistad. ¡Qué digo amistad, de hermandad! Pero regreso y afirmo: era rara esa escuela. La hicieron en un rancho viejo. Cuando sacudíamos las mochilas, salían murciélagos de las bancas, de tan antiguos que eran los edificios. Los baños los construyeron en lo que antes fueran los pesebres y las aulas en los graneros, la troje y el tinajal. Había un pirul torcido en medio de un patio amplio. Era un pirul gigante donde jugábamos como si fuera un palacio.

Debajo de la casa principal, que fungía de dirección escolar, existía un cuarto con dos puertas que no llevaban a ningún lado y quesque en las noches bajaba por las escalinatas una señora con vestidos negros y velo oscuro, con una veladora entre las manos, y al cabo de las escalinatas desaparecía penetrando en los gruesos muros.

También recuerdo una alberca ancha como represa y bien profunda, ocho, diez metros a lo sumo, que más bien era el depósito de agua para el antiguo rancho. En temporadas de lluvias hasta patos tenía, pero en el estío bajaba el agua y se asomaban huesos en el fango. Quién sabe si de puros animales. Y había una maestra hermosa y cruel que cada temporada, entre secas y lluvias, repetía: “ya ven, hay veces que nada el pato, hay veces que ni agua bebe”.

En tiempo de lluvias, los que veníamos de los Pueblos Altos y llegábamos temprano, buscábamos en el hierbal crecido a unas ranitas chiquitas con las que echábamos carreras en la cancha de frontón.

Había un niño muy malo que cuando su ranita no ganaba, le decía, “ya perdiste ya moriste” y la aplastaba con sus gruesas botas. La cancha, luego de las carreras, quedaba llena de manchitas rojas y tripitas desconchinchadas. Ni mi compadre ni yo hicimos nunca tal barbaridad. En cambio, cuando de los seis brincamos a los diez años, ya nuestras compañeritas del salón nos empezaron a parecer muy lindas. Eran distintas a nosotros. Siempre olían bonito, aún después del recreo. Y no es que no corrieran o jugaran, pero siempre olían bonito. Y no se despeinaban ni ensuciaban el uniforme. Bien colorados que tenían los cachetes y unos peinados requete chulos. Mi compadre y yo nos sentábamos en el pirul gigante a verlas jugar. Tenían un juego donde cantaban cierta canción al



saltar una cuerda. Todavía recuerdo aquella canción, porque es como una pesadilla en mis noches oscuras y pesadas:

*Cuando era bebé, me arrullaban, me arrullaban, me arrullaban.*

*Cuando era niña, me pegaban, me pegaban, me pegaban.*

*Cuando era joven, coqueteaba, coqueteaba, coqueteaba.*

*Cuando era madre, regañaba, regañaba, regañaba.*

*Cuando era vieja, bastoneaba, bastoneaba, bastoneaba.*

*Cuando era muerta,apestaba,apestaba,apestaba.*

*Cuando era huesos, me chupaban, me chupaban, me chupaban.*

*Cuando era polvo, me barrían, me barrían, me barrían.*

*Cuando era espíritu, espantaba, espantaba, espantaba.*

*Cuando era diablo, yo tentaba, yo tentaba, yo tentaba.*

*Cuando era ángel, yo volaba, yo volaba, yo volaba.*

*Cuando era Dios, me reía, me reía, me reía.*

## OÍR CON LOS OJOS

*Carmen Nozal*

(Poeta. España/México)

El primer recuerdo musical que conservo en mi memoria es la voz de mi padre. Cantaba espléndidamente y, para mi fortuna, acostumbraba a tomarme en sus brazos todas las noches, mientras entonaba diversas canciones asturianas para dormirme. La xana, figura extraordinaria de la mitología celta, era mi favorita. “Vas por agua, vas por agua a la fuente de la aurora. El galán que te enamora, esperándote ahí está. El galán que te enamora, esperándote ahí está. Cuenten que al amanecer, mientras duerme la quintana, el galán del tu querer, viene a hablar con una xana, viene a hablar con una xana. Rosa temprana, dime ¿quién eres tú?, la amante xana, la amante xana.”

Los fines de semana mi tía materna, Fely, tomaba el remplazo y entonces, era arrullada por ella con poemas de Sor Juana Inés de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León. Así fue como a los tres meses de edad escuché: “El niño que pone el coco y luego le tiene miedo”, versos que se alternaban con: “Vivo sin vivir en mí y de tal manera espero, que muero porque no muero”, o bien con “amada en el amado transformada”, y que solían finalizar con “escuchen mi lamento los que, cual yo, tuvieren justas quejas, que bien podrá su acento abrasar las orejas, rugar la frente y enarcar las cejas”.

Sin embargo, durante el día la música era muy distinta. No había letra y por todos los rincones se infiltraban diversas melodías provenientes de un gaitero que acostumbraba a tocar sentado en la esquina de la calle Carlos V, en el barrio de

La Calzada, lugar donde mi padre había construido la primera casa donde viví. A veces, este sagrado instrumento, se acompañaba de castañuelas y tambores de la época napoleónica, los cuales salieron del ámbito militar para incorporarse a la música tradicional.

Recuerdo con especial encanto el día de San Juan. En la noche se prendía una hoguera que crepitaba mientras en el asador se ponían las castañas y se danzaba la jeringonza, uno de los bailes más difundidos en todas las regiones de España, mientras cantábamos canciones en bable: “Salga usted, don José, que lu quiero ver bailar, saltar y brincar y dar vueltas al aire, con lo bien que lo baila la moza con la geringosa, con lo bien que lo bailes, hermosa, déxala sola, sola, sola.”

Todos los domingos a las doce del día, se reunía la orquesta en el kiosco del parque que estaba a la vuelta de mi casa. A través de las ventanas, abiertas de par en par, el aire fresco impulsaba los pálidos visillos por los que se colaban ahora piezas de música clásica donde los himnos y las sinfonías prevalecían y donde, desde luego, Wagner era el favorito. Así que mis oídos conocieron a muy tierna edad la tuba, ese instrumento de viento y metal que estaba esperándome al finalizar la semana para envolverme en su melancolía.

Pero seis días de la semana eran suficientes para neutralizar esa nostalgia gracias a los cantos de mi padre. Sin embargo, Franco estaba en el poder y esto implicaba cantar en secreto con una parte de mi familia las canciones republicanas, y cantar a todo pulmón con la parte de la parentela de extrema derecha, las composiciones nacionalistas. Así, aprendí tanto el Ay, Carmela, como Carmen de España, de Carmen Sevilla, quien decía: “(...) Carmen de España, valiente, Carmen con bata de cola, pero cristiana y decente.”

De todos modos, mi padre volvía a alzar la voz y a sus cantos se unía una buena parte de la familia, pudiendo, por momentos, estar todos juntos por tres o cuatro horas sin que estallara ninguna discusión ocasionada por la división de las ideologías políticas. Así que cuando don Ramón, o sea mi padre, empezaba a cantar como El Presi: “Soy asturianín y soilu de verdá, nacíu en La Corredoira...”, no tardaban en hacerle segunda y repetían: “tou el que nació en Asturias puede ya decir que nació en la gloria”. En ese momento, toda la familia más los que escuchaban el jolgorio, sin importar si eran fachas o rojos, se volvían una sola voz para cantar: “Bendita tierra onde nací, non puedo Asturias vivir sin ti.”

Los años pasaron y ya desde la Ciudad de México puedo decir que cuando oigo sonar una gaita, mi oído se afina y mi corazón se expande porque no existe para mí mayor belleza que la contenida en ese fuelle de cuero con madera que hasta la fecha sigue llenando también mis ojos con estas visiones.

## MÚSICA DE INFANCIA

*Daniel Olivares Viniestra*

(Poeta y escritor diverso, profesor de lengua y literatura. México)

Por no hablar del murmullo, escurrir o rumiar de un río o del también suave (pero en contrapunto) entrecuchar de sus piedras al resbalar por entre aquellas todavía primigenias aguas... Por ahora, desde alguna parte, Aurelio (de mis hermanos el cuarto) entona, si bien ya angelical, a todo pulmón “Aquellos ojitos verdes”. Más tarde, todavía a la luz de un quinqué, mamá “Del corazón de una palma nacieron las Isabeles...” arrullará al más pequeño (el séptimo) con un canto de cierto triste, mientras por momentos murmura sobre algunas alegres y ya por demás lejanas huapangueadas “Cecilia, lindo amorcito...” lo mismo que tararea breves ecos de subrepticias y amorosas serenatas “¿Por qué no han de saber que te amo, vida mía...?” Por doquier, rítmicos repiqueteos, crócalos lejanos de grillos vespérales anteceden al chirriar intermitente de millares de chicharras noctívagas. Incluso los gallos duermen hasta que su violín destemplado presagia el amanecer. El abuelo, maestro de la muy única escuela, en cambio, se lucía, cuando correspondía tocar “Atotonilco” o bien “Sobre las olas”. Eso lo supo cada pueblo en el que itinerantemente vivió.

Apenas un pestañeo después (en realidad un par de años), no sin cierta adelantada nostalgia, rumoroso queda en el oído para siempre el largo e interminable traquetear del autobús que sin marcha atrás nos conduce, toda una noche y poco más de medio día, a la ciudad. Los hermanos mayores: unos se

quedan; otros por allá ansiosamente esperan. Mamá, tras nulas esperanzas canceladas, ya, por ahora, no canta, o sí, pero quedito.

Por no hablar por acá de otro intermitente murmullo, bullicio ahora, lo mismo de bocinas de autos que de atabales. Por las calles: “Tuyo es mi corazón, oh sol de mi querer...”, cilindros semiambulantes —sembrados aquí y allá— o ejecutantes de bolero, danzón y demás tabarabatiris. Si bien de pronto, entre semana, a cierta hora del atardecer, solamente golondrinas viajeras pautan sobre el más límpido cielo, y se instala de nuevo el silencio, interrumpido apenas ocasionalmente por el reloj musical que imita las campanadas de la Catedral o, por supuesto, por ellas mismas.

Por no hablar después del Himno Nacional y otros cánticos escolares: “La mar estaba serena; serena estaba la mar...” dirigidos a abierta capela y batuta en mano por el maestro Bulmaro. La tertulia y la bohemia no faltan tampoco cada fin de semana en “casa” de la abuela “Soñé yo con tu amor, como se sueña en Dios...” En los escasos cuarenta metros cuadrados que abarca el cuarto rentado de la céntrica vecindad, entre un cúmulo de siempre jubilosos tíos y azorados primos, guitarras, maracas y requintos, se ha instalado ya otra luz: la eléctrica. Poco a poco, a todo le voy tomando sentido. Una mañana, al fin, y por azares, extrañamente solo en aquellos aposentos, el alto y resplandeciente aparato se encuentra a mi disposición. Pierdo al fin el miedo a las constantes prevenciones (ha costado muy caro; no lo vayas a descomponer). No sé para qué son las marfilinas teclas que aparecen más abajo. Decido explorar, aunque con esmerado cuidado. Giro la enorme perilla izquierda, se oye un clic y mientras subo gradualmente el volumen suenan, sobreponiéndose voces humanas, algo así como compases emitidos por una orquesta. A continuación, me concentro en la

igualmente redonda y fría perilla derecha; entiendo que los números van ligados con otra opción. Suena “Popotitos baila rocanrol...” Números más adelante, distorsiones, sonidos agudos, gritos y ruidos en inglés, si bien, de pronto, algo también quizá mucho más melódico y suave: “*Listen, Do you want to know a secret?*”; luego otra y otras miles de piezas igualmente rítmicas o tristes, pasando incluso por una que habla sobre comer chícharos dulces. Un nuevo universo se abre en complemento a mi alma, además de vibrar bajo mis pies (... canto, murmullo, escurrir, rumiar de un río; entrechocar de las piedras).

DIOS NUNCA MUERE

*José Manuel Ortiz Soto*

(Escritor y médico. México)

*A mamá Alejandra, que siempre  
quiso tener un hijo músico.*

Los músicos tocan Dios nunca muere, un vals de Macedonio Alcalá, compositor oaxaqueño del siglo XIX. El particular sonido de la banda de viento —tuba, clarinetes, trompetas, trombones, charcheta, bombardino, platillos y tambora— me transporta a las festividades coloridas de mi pueblo.

Quince años atrás, soy un niño flaco y berrinchudo que cursa a empujones la escuela primaria. No imagino que con el tiempo me convertiré en médico cirujano: el tercero en mi familia, junto a mis tíos José Carmen y Antonio.

Es un tibio anochecer de principios de otoño, la Banda de Música Santa Cecilia de Jerécuaro, Guanajuato, fundada y dirigida por mi abuelo Gabino Soto González, es una de las dos agrupaciones que amenizan la festividad del Arcángel Miguel. El duelo musical con los de Zirahuén lleva desde la noche anterior. Y así continuará a lo largo del día siguiente: en las mañanitas al santo patrono del pueblo, en el jaripeo con toros de Huandacareo, en la kermés y en el baile en el jardín principal.

Como en otras celebraciones en las que participa la banda de música del abuelo, Camano, Chivo y yo nos unimos al grupo como maleteros. Así se les dice a las personas que ayudan a los músicos a cargar los estuches de sus



instrumentos. Por supuesto, a cambio de algunas monedas y de hacer con ellos las tres comidas del día. Los adultos maleteros, a diferencia de los niños, están ahí porque quieren beber de las botellas de tequila, ron o brandy con que los espectadores tratan de mantener despiertos los ánimos de los músicos.

La ventaja de ser niño maletero es que sólo te apareces por allí a la hora en que la caravana de músicos hambrientos se dispone a partir con dirección a la casa en donde les darán sus alimentos. Como acordamos, a Camano le toca cargar la funda de los platillos de Javier, a Chivo el maletín del trombón de tío Roberto, y a mí el de la trompeta de Papá Ino, como cariñosamente le decimos al abuelo.

La primera parada es entre las calles Ocampo y Juárez, frente al viejo cine en el que hace años no se proyecta una película. La gente sale de sus casas para escuchar a la banda. Dejo en el suelo empedrado el maletín del abuelo y ruego porque no toquen muchas canciones, pues tengo mucha hambre y las tripas se empeñan en recordármelo con insistencia.

Luego de un popurrí de canciones de José Alfredo Jiménez, que se me hizo eterno, me agacho para recoger el maletín del abuelo, pero ya no está: lo tiene otro niño.

—¡Dámelo! —le digo.

—¡No! —me responde, y con la mano que le queda libre se aferra a la mano del abuelo que, como el buen tipo que es, no la rechaza.

Al ver aquello, músicos y maleteros se echan a reír. Pero no tío Roberto, que vacía de saliva la vara del trombón.

Al borde de las lágrimas, lo miro suplicante.

Tío Roberto se encoge de hombros:

—Si ya se lo pediste por las buenas y aun así no entiende... pues rómpele la madre, hijo —sentencia.

Un par de patadas bastan para que el chico, a quien dicen el Diablito, vaya a rebotar contra la tambora de mi primo Luis la Picha.

Vitoreado por mi triunfo, me apuro a recuperar el estuche de la trompeta del abuelo y también su mano, que aprieta firme la mía.

—Bien hecho, hijo —me felicita tío Roberto al pasar a mi lado, que, como sabemos bien sus sobrinos, cuando se trata de cosas serias no se anda con chingaderas.

Mientras la pequeña banda de exalumnos del abuelo continúa tocando el vals Dios nunca muere, me acerco al féretro en que descansa Papá Ino y le digo en silencio que deseo de todo corazón que ojalá no tenga que pasar una larga temporada en el purgatorio, por mi culpa.

CUANDO SE ENCIENDE LA LUZ DE TU VOZ

*María Inés Pérez Núñez*

(Escritora. Venezuela/Alemania)

Mis viajes a Carúpano estaban siempre marcados por dos recuerdos; las cruces de los muertos en la carretera y los boleros que mi papá ponía en el casete de su Volkswagen. Viajábamos siempre en las mañanas, hacía mucho calor y nuestro único consuelo era la brisa de la ventana abierta del asiento delantero de mi madre. El casete nunca paraba y mis papás hablaban constantemente, hasta que se percataban de que la música estaba allí y empezaban a cantar. Mamá ponía una voz distinta y ya no era capaz de reconocer a la misma mujer que me leía los cuentos o me explicaba las tareas.

Jamás canté con ellos, yo estaba preocupada por las cruces, pensando en cuán peligroso era aquel camino y cuantos caídos había dejado aquella carretera. Y para mitigar el miedo cantaba mentalmente “El día que me quieras...” y me transportaba a un tiempo viejo que yo no había vivido pero que se me hacía más bonito y de nuevo nos inundaba el sol y una inexplicable felicidad. Un recuerdo vívido invade una y otra vez mi memoria; el sol radiante cerca de Saucedo, los cerros rojos y los conucos con sus matas de plátanos junto a las casas rurales; al mismo tiempo Benny Moré y su coro “Me voy pa’l pueblo” y mi papá cantando emocionado mientras golpeaba el volante.

Después de una década sin volver a mi país puedo entender la verdadera majestuosidad de aquella geografía que me parecía, por aquel entonces, insignificante. Para mí eran interesantes las personas que vivían en los ranchos

circundantes a la carretera y cerca de Chamariapa aquellas tres cruces llenas de flores de plástico y nombres ininteligibles que nunca me serían revelados porque jamás nos llegaríamos a parar ni de cerca.

Recuerdo aquel viaje en que mi papá estacionó en un solar buscando alguna casa donde vendiesen lechoza; este era un ritual suyo, llevar fruta a mi abuela. El sol abrasador fue compensado porque conseguimos comprar naranjas que pudimos comer allí mismo mientras Toña la Negra cantaba “Cenizas”. Yo chupaba los gajos sedienta mientras papá hablaba con el vendedor que, con machete en mano, ofrecía que, por 5 bolívares, comprásemos también cocos. Papá pensó que eran caros y lo dejó así. Subimos al carro y empezaba ya la parte del casete donde cantaba Daniel Santos. Jamás me atreví a decirles que Daniel Santos era mi favorito. Y participar en aquel coro no era lo mío. Cómo me hubiese gustado tener un micrófono y poder cantar “Virgen de media noche” con un tutú de lentejuelas, ponerme zapatos de tacón y pintarme los labios de fucsia.

Cerca de Playa Patilla, Agustín Lara cantaba “Amor de mis amores” y Celia Cruz “Tu voz”. Al llegar a Carúpano también cantaba mi abuela cuando escuchaba la emisora “Directo al corazón”, en una radio destartalada que tenía en la cocina. Para mí, desde mi vista actual al río Rin siempre estarán conectados a su recuerdo aquellos boleros que salían de su radio vieja y la voz de Olga Guillot y la Lupe.

Todas las letras que yo no entendía, porque nunca me había enamorado, cobrarían luego en mis desamores y mucho después en mi nostalgia, un significado al que siempre recurría cuando me sentía más extranjera, dislocada en el que sería mi nuevo país, Alemania. En las navidades nevadas en soledad y sin

familia, cantaría desgañitada todos estos boleros. Y todo se confunde con aquellos cerros rojos, la playa, las cruces, el sol. Escuchar de nuevo esas canciones me enciende siempre una luz cálida, esa que brilla intermitente en la vida privada del inmigrante y es una luz o una voz “tan divina y el mágico vuelo que trae consuelo a mi corazón”.

## MEMORIA DE LA MÚSICA

*Dan Russek*

(Escritor y académico. México/Canadá)

Como un recuerdo antiquísimo que el olvido aun no borra del todo, aquí esta anécdota. Eco de larga proyección, trata de la persistencia de la música.

Empieza conmigo en la pequeña sala del departamento de la infancia. El viejo departamento, acogedor, sobrio, clasemediero... En la esquina de la pieza, en la repisa más baja del librero, había una grabadora. Un aparato a la vieja usanza, que a fines de los años cincuenta habrá sido el último grito de la tecnología casera, una reproductora de cintas marca Sony. Un lujo que mi padre trajo de quién sabe dónde. Una tarde mi madre puso en acción la máquina y se fue a hacer sus cosas. Yo me acerqué. Era cosa de ver esa lenta magia de los carretes, girando paralelamente, mientras la cinta magnética pasaba de un compartimiento a otro. El mecanismo era tosco, frágil, extraordinario.

Y ahí me veo, de pronto, encaramado en una silla sin respaldo, niño de apenas cinco o seis años, dominando el panorama. Frente a mí, la grabadora. Los carretes daban vuelta tras vuelta y la música salía de las pequeñas bocinas integradas. Luego sabría que esa música no era cualquiera cosa. Lo que estaba oyendo era la cinta 3, ni más ni menos: sinfonías de Beethoven, los conciertos para piano de Brahms, la Obertura trágica... y yo, parado en la silla, guardando el equilibrio, jugando a dirigir la orquesta con una batuta imaginaria, airoso, de cara al librero semivacío. Seguramente mi madre se habrá asomado a mirarme, sin decir nada, divertida.

Ahí empezó y terminó mi carrera de director de orquesta. Qué va: de músico sin más. Jamás aprendí a tocar ningún instrumento (ni la modestísima flauta dulce, trebejo de rigor en la escuela primaria). Si bien había a mi alrededor música en esos años formativos, diré que sucedió un largo, largo periodo de latencia hasta que la música volvió a significar algo importante en mi vida. Un tiempo de sequía que acabó a fuerza de imprevistos encuentros, piezas que más que conmover, me conmocionaron. Epifanías sonoras. Recuerdo, en la tardía adolescencia, haber sentido como un impacto físico al escuchar “Open the Gates” de Dave Brubeck y su cuarteto. Y era oír esas piezas una y otra vez hasta sacarles el jugo inagotable que destilaban, desde la vertiginosa pieza de bebop, la vivaz serenata de Mozart, o la jovial melancolía de algún huapango huasteco. Así hay una larga lista.

¿Qué fue de Beethoven y Brahms? Ahí siguen. Me he preguntado últimamente a qué se debe que la música perdure. Y lo pregunto no en el sentido banal en que lo harían el manual escolar o la declaración de aniversario, exaltando la Obra de Arte (¡ah, la Hobra de Harte!) destinada a la posteridad, a imagen y semejanza de la estatua de mármol y la pirámide en ruinas... No se trata de eso, sino de otra cosa: el que una pieza que oímos hace diez, veinte, treinta años, nos siga emocionando, y tanto más que entonces. ¿A cuenta de qué el misterio de esa persistencia?

¿Qué fue de Beethoven y Brahms? Tal vez, cuando oigo esas mismas piezas que oí de niño (sin realmente oírlas) aún alcanzo a escuchar algún eco de ese primer encuentro. Tal vez algo aún se remueve en las capas proustianas de la memoria profunda. Nadie ignora que el tiempo la va desgastando sin remedio.

Yo todavía no me resigno a perder del todo esa dichosa emanación, la difuminada luz astral de esa música primera.



De la casa

## CUATRO ESTRELLAS EN EL CIELO

*Armando Alanís*

(Escritor y académico. México)

Tal vez habían llegado a mis oídos, sin que les prestara atención, algunas canciones que pasaban en el radio. Pero yo todavía estaba por descubrir la música. Mi inicio en ese fascinante mundo sería a través de las canciones populares. Recuerdo aquel domingo, cuando regresábamos a casa en el viejo Chevrolet. Papá estacionó el auto en la cochera, y antes de bajarnos, como se sentía muy contento, nos cantó algunas canciones. La primera, “Ella”, de José Alfredo Jiménez. Me la aprendí de memoria. Luego cantó “Morenita mía”, que le dedicó a mamá, y “El hijo desobediente”, que también memorizaría.

En casa no teníamos muchos discos, pero dentro la escasez de acetatos había variedad. Por ejemplo, dos álbumes con las nueve sinfonías de Beethoven y piezas de Mozart. Y un disco de Chaikovski. También música tropical para bailar, un par de discos de Jorge Negrete, el charro cantor, y todas las canciones de Cri Cri.

No voy a presumir aquí de un refinamiento musical que me es ajeno. A mis siete, ocho años no hice mucho caso ni de Beethoven ni de Mozart. Me la pasaba escuchando las canciones de Cri Cri, primero, y después las de Jorge Negrete, de quien me aprendí algunas que todavía recuerdo como “Ay, Jalisco, no te rajes” y “Yo soy mexicano”.

Vivíamos en la ciudad de Saltillo, al norte de México. Por lo tanto, no es raro que me haya aprendido de memoria el “Corrido de Rosita Álvarez”, que narra la tragedia ocurrida en mi ciudad natal a una joven bailadora.

Cuando mis padres ponían música en la casa, el volumen era siempre bajo. Opinaban que la música debía escucharse así para no estorbar la conversación, que era lo que realmente importaba. Las chicas que hacían el aseo, en cambio, no eran tan discretas: en la cocina, ponían el radio a todo volumen en una estación que se llamaba Radio Bonita, donde pasaban canciones rancheras y nortañas. Puedo afirmar que debo a aquellas chicas casi toda la educación musical que recibí durante mi niñez. Algunas canciones de entonces todavía las escucho en YouTube, con los mejores grupos nortños como Los Cadetes de Linares y Los Alegres de Terán. En el colegio se habían puesto de moda Los Tigres del Norte con sus famosos corridos “Contrabando y traición” y “La banda del carro rojo”. Lucha Villa escandalizaba a los oídos pudorosos de la sociedad con su éxito “A medias de la noche”.

En un aparato de radio que yo tenía, escuchaba hacia el final de mi infancia y el principio de mi adolescencia un programa llamado “Tres estrellas en el cielo”, donde pasaban canciones interpretadas por Pedro Infante, Jorge Negrete y Javier Solís, los tres ya fallecidos. Poco después murió José Alfredo Jiménez, y el programa cambió de nombre y se llamó en adelante “Cuatro estrellas en el cielo”, incluyendo al genial compositor de Dolores Hidalgo.

Fue hasta la secundaria cuando me llevaron por primera vez a un concierto de música clásica. Más tarde, cuando estudié Comunicación en la Ciudad de México, gracias a un profesor empecé a interesarme por el jazz y el tango. El tango me sigue fascinado. Soy fan de Carlos Gardel. Y de Edmundo Rivero y su

interpretación de “Ladrillo”. “Cuesta abajo” y “Adiós, muchachos” se incluyen en mi repertorio cuando estoy bajo la regadera.

Pero mi gusto no ha variado mucho desde mi niñez. Sí, a veces escucho con deleite a grupos como The Doors, Nirvana y La maldita vecindad, para no hablar de los Beatles. Ya en mi niñez, en el colegio, el profe de música interpretaba al piano “Let it be” o “Yesterday”, que los alumnos nos aprendíamos en inglés. Pero mi corazón sigue estando en el norte, con grupos como los ya mencionados y los García Brothers o el Flaco Jiménez, que se escuchan más allá de la frontera. Y con José Alfredo Jiménez, de quien me sé de memoria unas veinte o treinta canciones. O cuarenta.

DE CÓMO NACE LA VISIÓN POÉTICA

*Flora Calderón*

(Poeta. México)

\*

Yo quería ser Liza Minelli

Grace Jones

Amanda Lear y Chavela Vargas

la conjunción mágica para estar en otro mundo, la lentejuela ardiente

y el cepillo para el cabello como micrófono

unos guantes de box

y la pata de aluminio que sostenía el lavamanos

del baño verde como bastón

una toalla en cuello

el kimono rojo y dorado de mi mamá

mi atuendo farandulero

el encanto de tener piernas y doce años

—siempre he querido un frac—

la pulcritud del mosaico verde

y la danza contrahecha

glam de closet

Marc Bolan | T Rex

Electric Warrior estallan

en el techo de la memoria

no sabía entonces que las poetas  
eran esa danza que se abraza a sí misma  
y envuelve al universo

\* \* \*

Carretera de Ensenada  
medida en suspiros que llevas a mi amor  
cuando llegues y la mires entrégale toda mi vida otra vez  
caminito enmadejado que va siempre al lado del cielo y del mar  
Allá en el Cerro del Tigre coloca en mi herida cristales de arena  
y allá en el Medio Camino pon sobre mi pena granitos de sal  
Francisco “El charro” Avitia

en la cicatriz  
en la arena prometida

en el loberío marino de madrugada  
el caminito enmadejado  
que va siempre al lado del cielo y el mar  
aparecen noches sepia  
esferas de año nuevo  
cantadas por Lidia, mi madre, rodeada  
de primas ensenadenses, voces de mar  
en la Ciudad de México

derraman vino tinto y cubas  
cómplices de la felicidad  
las miraba desde el último peldaño de la escalera  
murmurando bajito la línea marina de mis sueños  
la sincopada querencia  
    de nubes mar  
cerros y viento  
me llevaban a un amor imaginario

\* \* \*

El perro que mueve la cola  
El niño quiere un bizcocho  
La abuela vende galletas  
Y el cura pide devotos  
Jorge Carlos Portunato  
El cabello café castaño claro de Elsa  
brillando en el jardín junto los alcatraces

Mi madre cose osos de peluche  
azules cafés abrazos enormes  
para las noches oscuras

Mi tía Teresa mira al espacio  
frente a una taza de café con leche  
y un sándwich de queso amarillo tostado

en mantequilla

El perro Pinto y sus rastas ladran a las vistas  
El mecánico El Arracadas paliacate rojo en la cabeza  
semi-rasurado y lleno de grasa  
anuncia al que llega  
—Ahí vieneeee la floooooor

Mis primas Elsa y Antonieta  
intentan que baile  
Tengo una banda dominguera  
yo muda de cuerpo  
extraviada en mi cabeza  
imagino a la abuela vendiendo galletas  
al niño y su bizcocho  
a la narradora molesta levantando papeles  
al ritmo de la banda con platillos de lata  
mis piernas transitan el parque la canción

Los tangos afilan la noche  
mi padre es un toro cantador  
de Gardel  
Araca la cana  
ya estoy engrillao  
un par de ojos negros me han engayolao



mi madre  
seria y sonriente sus ojos fuente  
de vino y noche, es tango y café  
poesía rumiante.

## SANTACLÓS

*Marcial Fernández*

(Escritor y editor. México)

Sucedió en Nochebuena. A la víspera de la llegada de Santaclós, mamá nos mandó a mi hermano y a mí a la cama. Sabíamos que estaba prohibido espiar a Santaclós, so pena de que nos dejara sin de regalos. Nunca lo vimos, pero en aquella noche, luego de dormir un rato, nos despertó su arribo y partida con una música suave de campanadas navideñas, evento que no habrá durado más de un minuto.

Con el tiempo, Santaclós dejó de ir a la casa. Le pregunté a papá por esa música y me respondió que ni mi madre ni mis hermanas ni él la oyeron, que no sabía de qué hablaba. Le creí, aunque también seguí pensando que el panzón de las carcajadas era algo más que el invento de un vendedor de Coca-cola.

Años después confirmé dicha certeza. Mónica y yo pasábamos unas vacaciones en las playas de Oaxaca y, una noche, decidimos cenar en el restaurante de lujo del hotel. Ahí, a nuestro lado, comían un hombre gigante y, más allá, dos parejas de canadienses terminaban el postre. De pronto, uno de los comensales se levantó y se dirigió en inglés al gordo barbado, camisa roja y pantalón blanco.

—Disculpe la impertinencia, pero lo que le voy a decir ya se lo habrán dicho muchas veces: se parece a Santaclós.

—No se preocupe —contestó el gigante, también en inglés—. No me parezco, soy Santaclós.

Los presentes, incluidos el pianista y los meseros, celebraron la respuesta. Así que el canadiense fue directo al punto.

—Permítanos, si no es molestia, tomarnos a mi esposa y a mí una fotografía con usted. Nos gustaría, de regreso en Montreal, enseñársela a nuestros nietos y decirles que estuvimos de vacaciones con Santaclós.

El hombre, todas carcajadas, aceptó. Varias personas aprovecharon la oportunidad para retratarse y, una vez terminada la sesión, entre abrazos y agradecimientos, el barbón hizo una reverencia, firmó su cuenta y salió del restaurante. Le pedí entonces al capitán que me mostrara la rúbrica, a lo que accedió divertido. La firma, en efecto, decía: “Santa Claus”.

Mónica dijo algo referente a una buena broma y el pianista, quien había dejado de tocar, comentó que aquello no era una puesta en escena del restaurante, sino que Santaclós era, sí, Santaclós. Y pasó a explicarse.

—Desde hace varios años nos visita, siempre en febrero para descansar de la jornada navideña. Se trata de un hombre de Chicago que, al jubilarse, cambió su nombre por el de “Santa Claus” y, además de ser el Santaclós de la 5ª Avenida de Nueva York, sus papeles de identidad, pasaporte, licencia, tarjetas de crédito, etcétera, llevan tal nombre.

A la mañana siguiente y durante la semana de vacaciones, Mónica y yo vimos infinidad de veces a Santaclós, quien, sentado día y noche en el bar del hotel, con la nariz más roja que cualquiera de sus renos, bebía como si llevara meses de sed en el Polo Norte. A mí me gustaba pasar a su lado en un intento de escuchar aquella música navideña que me cautivó de niño y, por supuesto, en una ocasión creí oírla.

## INFANCIA MUSICAL

*Elvira Hernández Carballido*

(Escritora, periodista y académica. México)

—¿Sí? ¿Por quién quiere votar?

—Los Beatles, por supuesto.

—Y público querido... ¡The Beatles vuelve a vencer a The Monkees! Que suene entonces, “Hello Goodbye” con el cuarteto de Liverpool. Recuerden, estamos en Radio Éxitos.

Mis hermanas brincan felices, su llamada dio el triunfo al grupo musical que tanto aman. Yo solamente tengo seis años, no conozco de rivalidades ni de sonidos, pero me uno a su alegría y frente al espejo me pongo a cantar con ellas.

Cada vez que evoco mi infancia llega acompañada de ritmos inolvidables porque en la casa siempre había música. Desde temprano mamá sintonizaba Radio Joya para escuchar sus boleros preferidos y mientras preparaba el desayuno tarareaba alguna canción de Agustín Lara o María Grever.

Mi papá nos llevaba en auto al colegio y lo primero que hacía al subirse era sintonizar cualquier estación de radio que su antena le permitiera captar. Recuerdo mucho ese ruidito que se escuchaba en el coche mientras él buscaba la mejor sintonía. Por supuesto, no le gustaban esos greñudos extranjeros, así que mis hermanas se resignaban a escuchar otros ritmos, a los que yo me unía contenta. Cómo olvidar a Lobo y Melón cuando aseguraban que las mexicanas bailábamos bonito y sabroso. Llegaba a la escuela repitiendo el coro de las clases de cha cha chá de la Orquesta Aragón.

El día que llegó la consola a la casa fue una verdadera fiesta. No olvido el rostro orgulloso de mi padre guiando a los cargadores para que pusieran ese gran aparato al centro de la sala. La familia completa aplaudió cuando de manera automática cayó ese disco en la tornamesa y la voz de Pedrito Infante cantó Cien años. Poco a poco la casa se fue llenando de esos acetatos de vinilo. Mi favorito era un álbum de Angélica María. Me encantaba jugar a que cantaba como ella. Frente al gran espejo de la sala, con el salero como micrófono, le pedía a Johny que ya no se enojara y a Edy Edy que al oído me viniera a cantar.

Algunas veces nos ganábamos discos al concursar en programas como Preguntas y respuestas de Radio Mil. Era bien emocionante llegar a la estación radiofónica para recoger los premios. Una vez nos dejaron entrar y convivimos en las cabinas con los locutores que hablaban con verdadero gozo ante el micrófono. Ahora más que nunca seguimos llamando a las emisoras para pedir una canción.

Cada programa de radio se convirtió en nuestro guía para comprar discos y hacernos fanáticas de un cantante o un género musical. Cuando iba en sexto de primaria me enamoré de Roberto Jordán y memoricé todas sus canciones, principalmente Juegos en mi mente, según yo delataba lo que sentía por mi primer novio. Al entrar a la secundaria fui atrapada por la programación de Radio 590, La Pantera y pese a mi fatal inglés cantaba al ritmo de Donna Summer y Tavares. Fue en esa época cuando mi hermana mayor compró una radio grabadora. Entonces empezamos a comprar casetes para capturar ahí nuestras canciones favoritas, pero, ay, esos malvados locutores, justo cuando accionábamos los botones de play/record se ponían a mandar saludos o a repetir el nombre de la canción y echaban a perder nuestra grabación. Qué coraje, ahora había que

esperarse otra hora para tener oportunidad de volver a escuchar esa melodía y casi rezar para que esta vez ninguna voz estropeará nuestra cinta.

Desde entonces hago todo acompañada de la música y es bonito evocar que se lo debo a esa infancia tan musical. En este siglo XXI ya no hay radio ni consola en la casa, tampoco tocadiscos ni grabadora. Me resigno ahora a que mi hijo me suscriba a Spotify o me enseñe a buscar en YouTube los éxitos de la década de los setenta. Le sorprende escucharme cantar una balada de Los Ángeles Negros, hacerle coro a los Beatles, desgarrarme la garganta imitando a Janis o suspirar enamorada si oigo la voz de Manoella Torres. Y yo con orgullo le digo que mi infancia estuvo llena de música, que cada canción vuelve a llevarme a esa época, a la sonrisa de mi padre, al olor de la comida de mi madre, los juegos con mis hermanas, a ese amor infantil, mi alegría por la vida.

RAY CONNIFF, ASESINO DE GATOS

*Paola Jauffred*

(Escritora. México)

*Papararapa- papararapa- papa-pa- parararaaaaa/ Sing, sing a song/ Sing out loud/  
Sing good things not baaaad...*

La primera vez que escuché el ensamble de voces de Ray Conniff sentí una leve náusea, pensé que algo me había caído mal, pero en el gesto de mi hermana leí que no, que era la música lo que tenía el efecto indigesto.

No podíamos protestar por los gustos de mi madrastra; apenas llevaba seis meses de casada con papá y ella había sido la única que logró consolarlo después de que mamá se fue.

Nadie dijo nada, pero la canción era de esas pegajosas y al día siguiente la misma tonadita resonó en mis oídos cuando descubrimos el cuerpo del gato Benito, mojado y tieso en el zaguán. Tenía sus ojitos verdes todavía abiertos y sus bigotes erguidos, como siempre. El pobre era hermoso hasta en su muerte, que no tenía explicación, porque Benito era un tanque, rey de nuestro pequeño mundo felino y del de varias cuerdas a la redonda.

Mi papá se apenó al recibir la noticia. Su favorito era Bataclan, el perro, pero apreciaba a Benito tanto como a todos los gatos de la familia. Por eso fue extraño cuando salió con aquello de que teníamos demasiados y que nos vendría bien deshacernos de algunos. Sobre todo, porque lo dijo así, sin intención en la voz, como alguien que repite una frase en un idioma que no conoce.

Una semana después, mientras mi madrastra desayunaba en su recámara, como solía hacer, volvieron a sonar las voces de Ray Conniff: <<*Sing, sin a song/ Sing out loud/ Sing good things not baaaad...*>> y esa misma noche encontramos a Juanita abajo de un sillón, con sus deditos rosas y sus orejas anaranjadas ya sin trazas de calor.

Todo habría sido una casualidad si la cosa hubiera parado allí, pero Ray Conniff siguió dirigiendo su coro de voces casi diario y casi a diario hubo una tras otra muerte felina. Por eso desde entonces yo ya no me atreví a dejar sola a mi Toña y la llevaba pegada al pecho salvo cuando tenía que salir. En esos casos, tras persignarla, la encerraba con llave dentro de mi habitación.

Tal vez mi madrastra llegó a sentir pena por nosotros porque durante una sobremesa trató de ayudarnos. Ella era terapeuta de pareja, de hecho, había atendido a mis papás hasta el día de su separación, pero también sabía cómo ayudar a las familias. Nos dijo que la “enfermedad de los gatos”, como la llamaba, era muy contagiosa y que para estar más tranquilos nos convenía regalarlos, así los gatos estarían a salvo y nosotros podríamos relajarnos. También debíamos quitarnos la tonta idea de que la música tenía alguna relación con sus muertes, frunció el ceño y se pasó la mano sobre los cabellos cortos e inflados como un casco, Ray Conniff era un excelente músico, dijo.

Quizá lo fuera, pero a nuestro instinto —el de los gatos y el mío— eso no le interesaba. Nada más oírlo teníamos que saltar de donde estuviéramos; ellos iban a esconderse y yo, con las palmas sudorosas, corría a buscar el bote con tortilla quemada que el veterinario me recomendó tener a la mano. Con todo, no pude salvar a Quelso ni a Michis y ni siquiera tuve la oportunidad de intentarlo con los demás porque desaparecieron, nunca pudimos encontrar sus cuerpos.



Parecía mentira, nuestro reino felino estaba acabado, en esa casa ya sólo quedaba Toña, y a veces parecía que ni ella estuviera porque siendo negra sabía ocultarse sobre la ropa oscura. Tal vez por eso Ray Conniff se mantuvo en silencio durante un tiempo.

Quisiera decir que ese fue el final, pero tristemente volvimos a escucharlo: <<*Sing, sing a song/ Let the woodlrd sing alooooong*>>, fue una mañana en que mi madrastra amaneció de muy buen humor. Toña y yo nos mantuvimos encerradas todo ese día, sólo salimos cuando el grito de papá dio la voz de alerta: Bataclan estaba muerto, tumbado y tieso en el jardín. Esa noche lloramos juntos hasta muy tarde, pretendiendo ignorar que allá, en la casa, Ray Conniff sonaba de nuevo.

NAVE AL GARETE

*Lorel Manzano*

(Escritora, germanista y traductora. México)

Mi hermano y yo jugábamos a escondernos en los días del verano, cuando rodaba un sol tras otro sobre los charcos de nuestros juegos piratas. Habíamos regresado a casa, dos años después de la muerte de papá. Entonces trajinábamos entre el reencuentro con los juguetes y los descubrimientos de nuestra finisterra entre muros. Hubiéramos podido seguir así, silenciosos y eternos, si un émbolo no hubiera obstruido el torrente sanguíneo de la tía María.

Quizá si mi tía abuela materna hubiera elegido otro tren cuando salió de Atlacomulco, habría llegado a mejor destino. No lo hizo: siguió los latidos de su corazón, acaso turbios desde entonces, y se lanzó a la estación del tren con una infame maletita en busca de aquellos brazos que la arrastraron embriagada por montes y pueblos, que la estrecharon con urgencia mientras ella se mordía los labios echando la cabeza hacia atrás, porque nunca había visto un cielo tan grande, nunca, la necesidad de sentir penetrada su alma por la carne... Cuando el amado la abandonó poéticamente en Acapulco, o en otra playa de Guerrero, la tía María quiso arrancarse la vida. Le quedó el gusto por la melancolía y por Agustín Lara, cuyas canciones escuchamos a todo volumen aquel verano:

*Acuérdate de Acapulco, de aquellas noches,*

*María bonita, María del alma.*

*Tu cuerpo del mar juguete, nave al garete*

*venían las olas, lo columpiaban...*

De pronto, la tía estaba en el futón junto al ventanal de la sala, envuelta en un capullo del cual sobresalía su rostro torcido. Creo que me daba espanto. En cambio, mi hermano se encargaba con rigor marcial de las medicinas y de la comida para enfermos que mi madre preparaba antes de marchar a su oficina al otro lado de la ciudad.

Tal vez si mi hermano hubiera dejado a la tía hacer su voluntad, no se hubieran enfrascado en pleitos delirantes: como el mayor, Alejandro debía darle de comer, pero ella lloraba. Entonces ¡la medicina! La pobre gritaba y el niño hacía tal berrinche que sólo se calmaba jugando a los piratas. Por supuesto, él siempre quería ser el capitán que salvaba a la tripulación del ataque bandido, y yo era Ojo de canica correteándolo con un balde de agua, porque además debía arremolinar los mares con mi barco. Tres y hasta cuatro veces, me resignaba a bajar las escaleras del pozo para reunir las aguas del mar que darían alcance al barco de mercancías. Cuando las olas hundían al capitán, venía la mejor parte: la embarcación resurgiría del Atlántico para cobrar venganza con balde de agua en mano. Me tocaba huir felizmente, pero nada de trepar el hule: los combates se libraban al nivel del mar. Por supuesto, había bajas en la tripulación. Raspones con sangre. Moretones durante la persecución. Caídas tremendas que no toleraban el llanto ni la queja. No de balde éramos bandidos y héroes de mar que cantaban:

*Yo nací con la luna de plata  
y nací con alma de pirata...*

Yo tenía entonces siete años y tampoco me gustaba la comida, ni obedecer a mi hermano. Mis deseos se concentraban en abandonar el barco y aventurarme tierra adentro para espiar a las orugas. Desde mi perspectiva de rana, veía hundirse las puntas de las mazorcas en el cielo y a los bichos andar hacia las alturas. El corazón me latía con tal intensidad que necesitaba llevar mi mano al pecho para calmarlo.

Si acaso no hubiera sentido tal fascinación por las orugas, no habría arrancado un capullo ni lo hubiera llevado al cuarto de triques de mi abuelo. Lo agité dos, tres, cuatro mil veces. Pensé que estaba vacío. Tomé las tijeras y lo corté por la mitad. Qué culpa tan grande: la oruga moría envuelta en su capullo y nadie podía salvarla. Me vi con las tijeras en la mano y la caída de la tarde a cuestas. Se acababa la eternidad del verano, cuando llegó hasta el jardín la última canción del disco de Lara:

*Arráncame la vida,  
y si acaso te hiere el dolor,  
ha de ser de no verme,  
porque al fin tus ojos,  
me los llevo yo...*

CAJA DE MÚSICA

*Edmée Pardo*

(Escritora. México)

Si hubiera que salvar mis pertenencias de un desastre y solo pudiera elegir uno de los objetos que me han acompañado en la vida, la escogería a ella: una angelita tallada en madera, con flauta en los labios, que al girar produce las notas suaves y lentas de un villancico.

Cada Navidad bajaba en brazos de mi madre de la parte superior de un closet y salía de su caja de cartón original para formar parte de los ornatos que ocupaban la mesa de la sala. Ni las esferas ni el nacimiento me daban la ilusión que esta pieza. Era lo único que ansiaba de la temporada: verla llegar por los aires, como suponía que se movían todos los seres alados, y ejercer su misterio angelical al pasar del silencio al sonido tras girar un disco que la accionaba en su base. No sabía entonces nada de órdenes celestiales, de afamadas casas de talladores de madera, ni de legendarios talleres suizos que supieron medir el tiempo y ciertos acordes. Esa era mi angelita y me fascinaba, quizá también, porque tenía el cabello castaño como yo. Había otra, de falda azul claro, salpicada de estrellas, con arpa en mano, de cabello oscuro como el de mi hermana, y que pertenecía a ella, la mayor.

Cincuenta y tres años después, como cada fin de año, saco la angelita de faldón dorado de su caja original y la poso en la mesa de mi sala en la temporada decembrina. Navidad y la infancia están representadas en ese pequeño objeto. No me veo a mi misma, en mi versión infantil, contemplándola: la veo girar a ella

mientras regala dulces notas musicales. Ella sigue siendo ella y yo mantengo la mirada del encantamiento, a pesar de los años y los descalabros de ambas. Yo quería que sonara y bailara todo el tiempo, pero debía esperar a que algún adulto accionara el mecanismo. Mi prisa y pequeños dedos desobedecieron las instrucciones explícitas de mi madre de no tocarla y así fue como perdió un ala, la otra y hasta la cabeza que poco a poco retornaron a su lugar con pegamentos visibles y toscos que la unen a pesar de años y torpezas. Mi deseo de hoy se parece al de entonces: mover el disco de la base, verla girar y escuchar las pausadas notas. Lo que suena es un fragmento de *Adeste fidelis*, el villancico del siglo XVII, del que no queda establecido con claridad autoría ni fecha de composición.

Trato de averiguar qué era lo que de niña me producía tanto embeleso. Quizá el prodigio de que saliera de mis manos la voluntad de aquel sonido o que la combinación de música y movimiento me aquietara unos instantes. Quizá la revelación de que sin el instrumento la música no es.

De los padres

## ATROFIA AUDITIVA

*Patricia Bañuelos*

(Escritora. Técnica en radioterapia y radiocirugía. México)

Todos los sentidos se educan. La educación de los sentidos mantiene nuestros instintos primitivos a raya, al menos domesticados; nos hace más cultos y nos llena de placer. Desde el momento en que somos conscientes de que educando a los sentidos estaremos más cerca del placer, nos damos con gusto a la deliciosa tarea de cultivarnos a través de ellos.

Fue así como empecé a buscar mejores libros, mejor comida y mejores vinos. Mejores películas, texturas y mejor de cualquier cosa que pudiera estimular mis sentidos. Cada experiencia no hacía más que confirmar la veracidad de la frase, no obstante, con el sentido del oído las cosas no funcionaron igual. Después de varios intentos por despertar el placer al escuchar a los grandes genios musicales, me di cuenta de que, en lugar de excitarme con la música más maravillosa del mundo, me quedaba dormida. Vergonzoso, lo sé.

Regresé en el tiempo para encontrar una explicación al problema de lento aprendizaje auditivo, porque la música me gusta, pero en el caso particular de esa música de excelencia, la que es capaz de desarrollar nuevas conexiones neuronales, nada. Mis padres hicieron su luchita, hasta tuve clases de piano y siendo una chiquilla todavía, me llevaron a un concierto de Richard Clayderman, pensando que algo bueno saldría de aquella barbaridad.

Mi papá se catalogaba a sí mismo como roquero, aunque desde que yo recuerdo, ha sido un romántico incorregible. No por nada nos sometía a examen



de boleros cada fin de semana, o peor aún, nos levantaba a deshoras de la noche a escuchar a los tríos o mariachis de sus frecuentes serenatas. Mi madre en cambio tenía un gusto más “tropicalón”, porque lo que a ella siempre le ha gustado, es bailar.

En mi árbol genealógico auditivo aparecieron, por el lado paterno, Elvis, Los Carpenters, Los Apson, que me parecen geniales, por supuesto Armando Manzanero, Los Panchos, los tríos de Aces, Reyes y Diamantes. Por el lado materno Rigo Tovar, Juan Gabriel, Rocío Dúrcal, y curiosamente, Kenny Rogers y "Juice" Newton con su “Reina de corazones”. Cómo olvidar a la joya en la colección de acetatos de mi madre, el disco *Samba* de Two Man Sound, el mejor álbum en la historia de las fiestas, con el que además se consigue un elevado dominio del idioma portugués.

No creo que sea muy difícil imaginar lo que la combinación de “Perro lanudo” y “El sirenito” le pueden hacer a la psique musical de un infante, ¿o sí? Agregue a eso la influencia de las radiodifusoras del momento y el gusto de Ofelia, la muchacha del servicio, por Camilo Sesto. Cantautor que por obra del Diablo habita en mi inconsciente, en donde guarda la letra de todas sus canciones. Agradezco en el alma la fuerte dosis de Cri-Cri en mis primeros años, pero ¿cómo fue que pasé de Gabilondo Soler a la banda sonora de Fiebre del sábado por la noche? No lo sé. Supongo que gracias a mis tíos y sus ganas de practicar sus pasos de baile conmigo.

A pesar de este recuento de daños, no puedo culpar a nadie por mi atrofia en el gusto musical. Mis padres cumplieron con darme un empujoncito y dejar la música clásica a la mano confiando en que tomaría el camino correcto, cosa que no sucedió. El deterioro se volvió irreversible cuando a muy temprana edad me

convertí en “Chica Menudo”. Es quizá por eso que el cavernícola que llevo dentro enloquece ante grito de guerra de Los Ángeles Azules.

Tengo que aceptar que jamás seré capaz de educar el oído, no será culto, ni me hará una persona más inteligente. Lo curioso de todo esto es que el placer nunca se perdió, habita justo en ese sentido que funciona en su estado más primitivo. Cada recuerdo musical está ligado a un momento maravilloso, el cual viene a la memoria cuando escucho alguna de esas canciones, y sonrío, o incluso lloro de emoción. El pulso toma un ritmo diferente, la melodía eriza la piel y consigue que todos los sentidos se conecten al mismo recuerdo para llenarlo de dicha a través de la música.

LAS CANCIONES DE MI PADRE

*Efraím Blanco*

(Escritor y editor. México)

Tejalpa era un pequeño pueblo con un ojo de agua. Las calles todavía no se construían con ese concreto blanco y sucio, que se resquebraja con el paso de los camiones. Había calles pequeñas y callejones que estaban llenos de leyendas. La iglesia, un diminuto mercado de media calle y una plaza con siete bancas para sentarse a ver pasar los domingos. La escuela tenía por apellido “rural” y rural era todo aquel espacio: caballos, vacas, burros, chivas y perros en las calles; cerdos y niños que jugábamos entre la basura; un pequeño universo de casas y campo abierto donde los papalotes se construían con varillas que arrancábamos de entre la hierba y papel china barato de la única papelería del lugar. Tejalpa era pájaro silencioso. Cuando empezaba a oscurecer sonaban los primeros gritos de las madres. No eran gritos de auxilio o dolor, sino la alarma para volver a casa de dónde estuvieras metido para jugar. Las voces lo llenaban todo, no había escape.

Me habla mi mamá.

Y correr de vuelta a casa con las manos y la cara mugrosa era un camino fácil, instantáneo, que se volvía luz en cuanto entraba a la habitación iluminada por un foco amarillo de 60 watts. Ya más noche, después del pan de dulce y el café con leche, mi papá soltaba por fin las tijeras, los hilos, las reglas, la máquina de coser y sus retazos de tela para tomar entre sus brazos una vieja guitarra. Las canciones eran todas reminiscencias de las canciones que su padre le cantó algún

día, tonos rancheros llenos de melancolía y cargadas de Norte. Algunas veces se cruzaba una divertida canción de Chava Flores o simplemente las cuerdas sonaban con la voz queda de papá, casi callada, tarareando letras que no alcanzaba a recordar. Antes de acabar cruzaba su mirada con la mía, señal inequívoca de que seguía alguna de mis canciones favoritas, y me hacía carcajear repitiendo su canto y la historia que apenas entendía, pero me hacía volar: pero ay, ay, ay, ay... ayayayayayayayai... y una letra perdida en mi memoria con la palabra guacamaya en ella. También la del ángel barrigón, pobre Tom, o la historia de Sansón y Dalila, o la de cuando se agarraron a balazos policías y ladrones (Tom Mix, Buck Jones, Bill Boyd, Tim McCoy).

Muchos años después, cuando la diabetes casi lo vencía, mi padre sufrió un derrame que le provocó cierta parálisis y dificultades para moverse, lo superó muy pronto y siguió haciendo trajes a la medida, arte hecho tela, pero nunca pudo volver a tocar la guitarra. La sostenía en sus manos y lo intentaba, lograba arrancarle algunos acordes y cantar con cierto dejo de tristeza, hasta que se cansó del esfuerzo y la dejó guardada en un closet polvoriento. Lo enterramos con su guitarra y antes de que cerraran el ataúd, mi madre le puso mi primer libro de poemas en sus brazos.

No hay modo de borrar aquellas canciones o al menos el recuerdo de lo que representaban para mí en su momento, y la memoria que hoy me hace llorar y reírme, mientras recuerdo a mi papá sastre, a mi madre poeta, al niño que soñaba con ser bombero iluminado bajo aquel foco de 60 watts, poniéndole ritmo a Tejalpa, sonriendo y cantando sin que nada pudiera ensombrecer aquel perfecto instante: El palo al perro, el perro al gato, el gato al ratón, el ratón a la

araña, la araña a la mosca, la mosca a la rana que estaba sentada cantando debajo del agua... ¡agua!

DESDE LA VENTANA

*Mónica Braun*

(Escritora y editora. México)

En 1956, al escapar a pie de Hungría por la frontera nevada, el joven de veinticinco años que sería mi padre lo dejó prácticamente todo, pero se llevó consigo su idioma, el sabor de su comida, el sonido de la música que amaba. Mi infancia fue ese idioma esdrújulo que alguna vez dominé y que lamentablemente he olvidado; esa comida tan distinta y a la vez tan cercana a la nuestra, con sus sabores exuberantes, pletóricos de condimentos, en todos sentidos rica; y siempre esa música: sonatas, sinfonías, óperas puestas a todo volumen y que mi padre se sentaba a escuchar en el sillón de la sala, dirigiendo la orquesta con un lápiz, cantando las arias más sentimentales.

En mi casa hubo durante toda mi infancia una dictadura musical que pocas veces se rompía, porque si bien hablábamos en húngaro y en español, y comíamos lo mismo gulash que mole de olla, la música era el territorio sagrado de mi padre y no se podía escuchar más nada estando él presente porque nada más merecía ser llamado música: ni el jazz, ni los Beatles, y mucho menos los ritmos más populares, en el idioma que fueran.

Para cuando yo tenía unos catorce años, la mala fortuna nos llevó a vivir a Ecatepec. Ahí, en una colonia pinche pomposamente llamada Jardines de Casa Nueva, la rareza de mi familia resultaba todavía más evidente. Mi padre debió sufrir como una verdadera tortura medieval la música ensordecedora que

amenizaba los bailes en la calle, que era tomada por los vecinos como salón de fiestas, justo afuera de nuestra casa.

Ahí se daban cita los sonideros, cerraban la calle por sus dos extremos con enormes pilas de bocinas, y se ponían a rebajar las cumbias. Y yo, la hija del húngaro judío, miraba desde la ventana del segundo piso de mi casa cómo se llevaba a cabo la fiesta, cómo las parejas bailaban con pies vertiginosos esos ritmos tan diferentes, que me parecían bellos y siniestros a la vez.

Hasta que dejé de mirarlos y me sumé a la fiesta. Me colé entre los otros y aprendí su lenguaje. Y desde entonces, por mucho tiempo eso fui: la ópera en casa, la cumbia afuera. Y yo entrando y saliendo de dos mundos opuestos, encontrados, buscando desde entonces una música propia, o un silencio.

UNA PUERTECITA

*Silvia L. Cuesy*

(Escritora e historiadora. México)

Mis padres solían cantar boleros intercambiando miradas en la época en que estuvieron enamorados, pero nunca hablaron de música clásica en la casa; tampoco mencionaron a compositores como Tchaikovski, Mozart, Beethoven, o sintonizaron en la radio algún concierto filarmónico, menos en la televisión, pues aún no teníamos. Jamás oí las palabras sinfonía, suite, marcha, obertura, sonata, andante... pero a veces mi padre nos llevaba, a las hijas mayores, a las funciones dominicales matutinas, en el bosque de Chapultepec, a escuchar a una orquesta cuyos integrantes portaban uniformes militares; quizás se trataba de un grupo del Ejército. Tocaban piezas clásicas, estoy segura, pues con los años mi memoria auditiva me lo ha confirmado y, al reconocerlas, vuelvo a levitar como entonces. Concluido el concierto los asistentes nos dispersábamos: unos a remar al lago, otros a refrescarnos en la calzada sombreada por la fronda de los ahuehetes. El turno del deleite le tocaba al sentido del gusto: las paletas heladas de “carita” — hechas en moldes con fisonomía de bebé— eran un manjar todavía saboreado en el recuerdo. Muy difícil decidirme: ¿chocolate o vainilla? Regresábamos a casa a comer. Nuestra ausencia le permitía a mi madre atender a mi hermanito, a la recién nacida y cocinar.

Fue un día de gran emoción cuando mi madre nos puso nuestros mejores vestidos y nos peinó con sumo cuidado, a mi hermana mayor y a mí. Mi padre nos llevaría a un palacio y no chistamos por las colas de caballo muy restiradas o



los listones muy grandes; confiábamos que ella, mi madre, sabría hacernos lucir lo mejor posible para la ocasión.

El palacio era enorme por fuera, blanco, lleno de columnas y estatuas. Al entrar me sentí más pequeña aún en un recinto de mayor altura que el de una iglesia, y con el ir y venir de adultos y niños, mis ojos no sabían en qué o en dónde fijar la vista, si en los barandales dorados o en las columnas rosadas. Caminé hipnotizada. Subimos una escalera ancha dividida en dos. A pocos escalones, tomamos la del lado derecho como nos indicó la señorita al entregarme mi padre los boletos sacados de la bolsa interior de su saco. No quise quitarme el abrigo para no dejar al descubierto los golpecitos de mi corazón contra mi pecho. Mi padre volvió a mostrar los boletos, seguimos por un pasillo al señor que los recibió; pasos adelante nos abrió una puertecita. Entramos a lo que, entonces supe, se llamaba “palco”. A mi alrededor todo era magia y luz, y yo misma resplandecía al ver un ballet por primera vez. Ahí nació, o se acentuó en mí, no hay duda, la propensión al escapismo, hacia los mundos de la fantasía. La música me convirtió en Clara, Hada de azúcar, ratón, soldadito cascanueces, copo de nieve; giré, hice piruetas en el aire, mis brazos se movieron como si fuesen alas.

En otra ocasión mi padre, mi hermana y yo fuimos al viejo Auditorio Nacional —entonces casi nuevo—. Si la función del Cascanueces en el Palacio de Bellas Artes, semanas o meses atrás —se me borran los tiempos—, me dejó hechizada, ver al grupo anunciado como “Ballet Ruso” me produjo un éxtasis que aún me lleva a las lágrimas. Finalizada la ejecución de asombrosos bailables, como homenaje a México, un coro de mujeres ángeles, de piel nívea, de trenzas rubias y ataviadas con ropajes púrpura y tocados embellecidos con pedrería multicolor, se escuchó como si bajase del cielo: “Ya las gaviotas/tienden su

vuelo/abren sus alas/para volar/. Andan buscando/nido de amores/nido de amores/no encontrarán.”

Mi padre fue un modesto servidor público y gracias a los boletos regalados a los empleados de la dependencia en la que laboraba, podía darnos un lujo a sus hijas mayores; de otra manera no habría podido sufragarlo pues su salario no aumentaba en la misma proporción que la familia. Llegaron más hermanos, mi padre cambió de empleo, él y mi madre dejaron de cantar boleros y de mirarse a los ojos. Ya no hubo más funciones, pero a mí ya me habían empezado a crecer las alas para volar sutilmente, como brazos de bailarina o, con decisión, como gaviotas en busca de un nido. Cuántas veces quisiera volver al mundo de las ensoñaciones.

LA TÍA

*Claudia Gallegos*

(Artista visual. México)

La primera vez que viajamos al sureste del país, yo tenía cinco años. Fue el primero de los tantos viajes familiares que hicimos por carretera cada verano; incluso, hubo años en que viajamos también en el invierno. Fue así como conocimos buena parte del país.

Mis papás se conocieron en la Escuela de Antropología; él estudiaba Arqueología y ella estudiaba Historia del Arte en Filosofía y Letras. Mi madre había llegado ahí a cursar sólo dos materias, pero se quedó estudiando otras, porque era lo que verdaderamente disfrutaba.

Cuando empezaron los viajes, aún éramos pequeños, íbamos a Quintana Roo a instalarnos en la playa de Akumal donde sólo había un hotel, y el mar era nuestra ocupación de tiempo completo. Luego, conforme crecimos, mis papás planeaban recorridos de dos semanas en los que visitábamos principalmente, zonas arqueológicas y edificios coloniales, con mis padres como guías en cada sitio.

Viajábamos en una Combi que nos parecía grande y cómoda, pero tenía un motorcito que nos hacía ir a un ritmo muy lento, por muchas horas. Quien haya viajado en una, sabrá cómo se aprende a cultivar la paciencia —involuntariamente, por supuesto— cuando se va con seis personas a bordo, en especial, al cruzar la Sierra.

Siendo adulta, y viajando ya con mi compañero de vida, fui dimensionando poco a poco la audacia de mi papá al viajar con tres niños y dos señoras (mi

abuelita viajaba también con nosotros), sin mucha posibilidad de recibir ayuda ni siquiera para cambiar una llanta. Pero el entusiasmo de ambos era tal, que íbamos y veníamos casi siempre sin contratiempos. Hicimos algunos viajes bastante largos: hacia el norte, llegamos hasta Los Ángeles, y hacia el sur, a Guatemala.

Mi papá siempre prefería echarse las tiradas largas, como él decía. Los dos o tres primeros días para llegar a establecernos en la región que visitaríamos, y ya ahí, hacer recorridos mas cortos según el itinerario. Pero esos primeros días, y algunos otros en el inter, eran larguísimos y cansados. Para aligerar las largas jornadas de manejo, mi papá instaló en la Combi un reproductor de cartuchos que probablemente poca gente conoce o recordará, en el mejor de los casos. No tenía muchos cartuchos, pero los que había, cumplían bien la misión de entretenerlo: uno era de Los Panchos, otro de Eydie Gormé, y otros que no recuerdo. Entre todos, el favorito de mi padre era el de Eulalio González Piporro, actor, comediante, compositor y cantante de música norteña, simpatiquísimo, con quien coincidió en varias ocasiones en las comidas anuales de un amigo que tenían en común. Como los cartuchos solo tenían ocho canciones, terminaban relativamente pronto, por lo tanto, era de esperarse que lo escucharíamos una y otra vez. La música era tan alegre y contagiosa que lo mantenían de buen humor y lo divertían, tanto por la comicidad de las letras y las historias, como por el modo singularísimo y jocoso del Piporro. Recuerdo particularmente El Taconazo, qué divertida me parecía. Entre las estrofas, echaba su infaltable ¡Ajúa!, y entreverados también, algunos chistecillos que tenían que ver con las letras:

—*¿Bailamos, tía?*

*—¡Nomás no me vaya a apretar mucho, arrastra'ó!*

Y así fue como perdí mi nombre por algunos meses para convertirme en La tía...  
¡qué tormento fue aquello!

Como tuvimos sesiones verdaderamente intensivas de El Piporro, dejé de escucharlo por años. Hace poco, me topé casualmente con él, y el reencuentro con su música y su espíritu fue muy grato, pues sigue pareciéndome divertido y poniéndome de buen humor; pero, además, esta vez me hizo evocar esas imágenes de los largos trayectos en carretera hacia el amado sureste de México.

## COSTUMBRES

*Miguel Ángel Hernández Acosta*

(Escritor y editor. México)

En Navidad y Año Nuevo mi padre consentía en no abrir su puesto de frutas y verduras. Tras el desayuno, nos llamaba a la sala, daba palmadas en el sillón para que nos sentáramos a su lado, y ponía su estéreo Fisher comprado hacía mucho en la Ciudad de México. Durante las primeras horas, iba hasta un cajón y buscaba ciertos LP de música nortea y ranchera. En algunos momentos, para retener a mamá (para quien el tiempo perdido significaba dejar una labor doméstica sin hacer), ponía discos de rock & roll que a ella le gustaban. Sin embargo, para eso de las doce, cuando ya llevaba varios jaiboles, nos mandaba a mi hermana o a mí hasta aquel cajón, decía un nombre, describía una carátula y pedía que buscáramos alguna canción en específico. Para ese instante él no hacía sino ir hasta la cocina y prepararle Tom Collins a mamá, cocinar alguna botana (por lo regular huevos hervidos a los que untaba mayonesa) y cubas libres (“pones dos hielos, le echas ron hasta que los tape, le agregas coca y unas gotitas de limón”, me aleccionaba).

Recuerdo a mi padre en una de esas ocasiones: viste pantalones de casimir, una camiseta blanca fajada y unas chanclas de hule transparente como las que se usaban en esa época. En su mano lleva un jaibol y un cigarro prendido que, a ratos, comparte con mamá. Luce un abundante pelo negro y la piel morena de su cara aún no tiene esas manchas que le llegaron con la vejez. Me pide que busque un disco de carátula morada, en donde aparece un hombre llamado

Pedro Yerena vestido de color beige, con un saco norteño, “de esos a los que le cuelgan flecos” y que contiene la canción “Lámpara sin luz”. Debo poner el lado A.

Los primeros acordes suenan y mi padre bebe de su vaso, aspira del cigarro y cierra los ojos; empieza a cantar quedito: “Eres una brújula sin norte, un reloj sin manecillas, una biblia sin Jesús”... A media canción se levantaba y llama a mi madre con un dedo; comienzan a bailar. Ella recarga la cabeza en el hombro de él; mientras mi padre sonrío como en sus fotos de juventud. En ese instante los rayos de sol que se filtran por las cortinas de la sala dan a la escena un aire melancólico: parece que, a pesar de las peleas, de los reclamos nocturnos, ellos se aman. Mi hermana y yo intercambiamos miradas. Parece, también, que nosotros somos niños felices. Cuando la canción acaba, mis padres se dan un beso rápido y mamá rompe el hechizo: comienza con las órdenes que a diario grita: hay que meterse a bañar, tender las camas, preparar la comida... Sin embargo, mi padre se queda en el sillón, como el gran patriarca que es. Bebe, escucha su música y, ya instalado en la nostalgia, rememora (quizá para sí) las aventuras con sus amigos; habla de esos cantantes que a él tanto le gustan (y que mamá calificaba como “música de barriada”, de “rompe y rasga”). Nosotros, mi hermana y yo, escuchamos algunos fragmentos cuando pasamos por ahí con una escoba o cuando vamos por el plumero: Víctor Yturbe “El Pirulí” fue baleado a las puertas de su casa “porque andaba en drogas”; Cornelio Reyna, “con lo feo que es”, fue el gran amor de Lucha Villa, y también cuenta mi padre que en una borrachera de días convenció a un compositor de escribirle a mi mamá una canción y pagó por ella varios millones. Entonces nos ordena que pongamos “Eres divino”: “ésa es”, miente.

Ahora que tengo la edad de mi padre en ese recuerdo, hay sábados cuando, tras hacer el quehacer en casa, me preparo un jaibol (dos hielos, ron, coca y unas gotitas de limón), prendo el estéreo y llamo a mi hijo junto a mí. Le cuento que Cornelio Reyna, “con lo feo que era”, fue el gran amor de Lucha Villa; pongo “Eres divino” y le aseguro que su abuelo pagó millones por que le compusieran esa canción a su abuela. Él me mira incrédulo. Sin embargo, me esfuerzo porque esa tradición se perpetúe y a él también le guste algún día la música nortea y ranchera que me educó en esos escasos días cuando papá estaba conmigo. Entonces llamo a mi esposa y la invito a bailar. Desde su infancia, nuestro hijo nos observa.



ABRAZO DE GUITARRA

*Claire Joysmith*

(Poeta, académica retirada y traductora. México)

*Speed, bonnie boat, like a bird on the wing,  
Onward! the sailors cry;  
carry the lad that's born to be King,  
over the sea to Skye.*

De niña, en la Ciudad de México, mi madre me arrullaba con la cadencia rítmica de esta canción escocesa, entre otras.

¿Cómo entender a esa edad el esbozo histórico en lo musical? Sin embargo, la nostalgia en la voz materna era un sigiloso Braille que narraba la geográfica lejanía de lo umbilical. Añoranza sonora que visitaba mi duermevela, acechando mis sueños nocturnos.

Rodeada en la vida diaria de historias ajenas, yo buscaba asirme a lo inmediato, a lo tangible: eso era el abrazo de mi guitarra. Al cumplir nueve años, fue regalo de mis padres, generoso ante la marcada austeridad económica de su vida como artistas migrantes.

Al descubrir cómo colocar los dedos sobre las cuerdas, la guitarra me respondía; al aprenderme una tonada, resonaba para que yo le cantara.

Era mi consuelo certero ante confusiones babélicas. Como la de hablar una lengua con mis padres del Reino Unido, otra con los vecinos mexicanos, otra en el liceo —sección francesa— y otra, ensortijada de silencios, con Nico, aquella

luna materna oaxaqueña de larga trenza negra, quien suplía toda ausencia; y todavía otra más, secreta, inventada por mí, zurcida de retazos. Como la de escuchar y leer en distintas lenguas lo que llamaban historia y geografía. Era difícil comprender lo que podrían tener en común los romanos, Hernán Cortés, Benito Juárez, Enrique VIII, Juana de Arco, Winston Churchill y Macocó, el niño africano del libro de texto del liceo, en cuya biblioteca leía en francés la versión infantil de La Odisea, preguntándome en cuáles tierras lejanas podrían llegar a suceder aventuras como esas: ¿en el Imperio romano, en Francia, Escocia, Inglaterra, Oaxaca, África o Ítaca?

Ante tales confusiones, el cuerpo sonoro de olor a madera dulce me era amable y asible: con solo seis cuerdas se caligrafiaban los territorios más íntimos. La guitarra me abrazaba, infundiendo en mí la indecible sensación de ser amorosamente comprendida.

Tan era así que no importaba que el único cancionero a la mano traía consigo una babel más: “La cucaracha”, “La llorona”, “Sur le Pont D’avignon”, “When the Saints Go Marching In”, “Greensleeves”, “Blowing in the Wind”, “Kumbayá”, “Frère Jacques”, “King of the Road”, “Las mañanitas”... No diferenciaba yo entre una cultura y otra, una lengua y otra, una época y otra; solo entre una nota y la siguiente.

Pasaba horas con esa caja de resonancias entre mis brazos. Y aunque el dolor calaba mis dedos de niña sobre las cuerdas metálicas, este se iba disipando junto con la angustia, al rítmico latir del corazón: la guitarra, la música y yo nos pertenecíamos en un hondo abrazo.

Los dedos en tropiezo --tesoneros a toda hora, incluso en fines de semana-- se fueron deslizado hasta bailar al compás aprendido, la voz en asomo para

hacerles coro. Y al llegar las melodías inventadas, acudieron a su llamado las palabras, articulando así una incipiente poesía.

Al paso del tiempo, los cantos de mi madre fueron desvaneciéndose en la historia, a medida que aumentaban sus retratos al pastel de tonos sutiles, como aquel de la güerita concentrada, muy abrazada a una guitarra.

ALGO DE MÍ

*Christian Negrete*

(Escritor y abogado. México)

Una tarde de julio de 1986, mi padre y mi tío llegaron a casa golpeando la puerta. Corrí a abrir y vi que ambos cargaban un mueble cubierto de polvo que apenas dejaba ver el color negro de su superficie. No podía ayudarlos: un estibador de seis años sería solo simbólico, lo que sí pude hacer, fue tomar el disco de acetato que amenazaba con caerse al filo de la madera. En la portada: Jesucristo sobre un fondo negro, con la mirada dirigida a su izquierda, una cara limpiísima enmarcada por un pelo largo y negro como su playera. Limpié el cartón con la manga de mi suéter y lo observé hasta que la mano de mi padre me sujetó del hombro y me recriminó la manera en la que veía la imagen.

—Ve al patio por un pedazo de madera, cabrón. ¿Qué tanto miras eso? —me dijo con esa furia que lo hacía sudar y que estallaba de pronto sin causa precisa. La incertidumbre permanente de los golpes o de las sonrisas.

Yo sabía que el trozo de madera sería utilizado para sustituir una de las patas de lo que después supe se llamaba Consola. Con la esperanza de que fuera del tamaño adecuado se lo entregué a mi padre. Mi tío arrojó el extremo del cable que salía de la parte de atrás del cajón de madera y me ordenó que lo conectara. Luego abrieron la tapa superior, realizaron algunos movimientos que no pude ver porque permanecí alejado, a un costado del enchufe.

Recordaré siempre el sonido pedregoso de la aguja contra el acetato, el preludio de las cuerdas de un arpa que acompañaba a la voz: “Un adiós sin

razones, unos años sin valor...”, y después, un vals melancólico que me conmovió de inmediato. No entendí el nudo en mi garganta, ni comprendí las ganas instantáneas de llorar, me tapé la boca con las manos y respiré profundo para tragarme lo que sentía. En esa casa los únicos llantos permitidos eran los provocados por la disciplina. Cualquier muestra de sensibilidad era combatida con violencia.

Mi padre se dirigió a la puerta de la casa. Observé a través de la ventana que se ocultaba en el umbral de la puerta y volteaba para ambos lados de la calle. Antes de que mi tío se fuera, le pedí que volviera a poner esa canción. Cuando me quedé sólo, me acerqué al aparato, mi rostro estaba justo a la altura de la parte superior de la consola, la acaricié recargando mi mejilla sobre el polvo mientras pensaba que “eso”, que todo “eso” que salía de las bocinas solo podría haber sido creado por Dios. Cerré los ojos y contuve la respiración, me sentía suspendido en medio de esa sala en obra negra. Mis piernas se doblaron y caí de rodillas.

—¿Qué haces acariciando esa chingadera? —gritó mi padre después de derrumbarme.

Yo deseaba permanecer abrazado por el polvo, envuelto por ese sonido más dulce y protector que ninguna persona me había ofrecido hasta entonces, pero opción no había. Me incorporé lo más rápido que pude, me alejé unos pasos de la consola, en un intento por protegerla. Cuando estuve lo suficientemente lejos, me quité los lentes y me acosté de lado en el suelo, abracé mis rodillas, agaché mi cabeza.

—¡Ya! —fue lo único que dije.

Así no sentía la crianza, ni la lumbre contra la piel, ni las palabras de cuero. Así no debía comportarse un hombre tuviese la edad que tuviese. Mi padre hubiera preferido que lo enfrentaran de pie y con la guardia bien puesta, por eso me dejó ahí tirado, hecho bolita, enconchado, mientras Dios o Jesucristo o Camilo Sesto cantaba: “Algo de mí, algo de mí, algo de mí se va muriendo”.

## MÚSICA, RADIO Y PINCELES

*Luis Bernardo Pérez*

(Escritor. México)

Algunas obras me seducían ya desde el título: “La niña de los cabellos de lino”, “Los pinos de Roma”, “Los planetas”, “Fantasía para un gentilhombre”. También me encandilaba la voz del locutor, sosegada, elegante, como si proviniera de algún Olimpo donde todo fuera perfecto. Y luego, por supuesto, estaba la música, la cual sonaba muy distinta de lo que, por entonces, ofrecían otras estaciones radiofónicas. Aquello que se presentaba en otras frecuencias me resultaba demasiado estridente, excesivo y cotidiano. Esta música, en cambio, parecía ocurrir en un espacio ajeno a la realidad de todos los días, en un sitio lejanísimo que, ignoro por qué, parecía estar nimbado de una luz crepuscular permanente. Se trataba de la XELA, la cual transmitía desde el 830 de FM y cuyo lema, aún lo recuerdo, era: “Buena música desde la ciudad de México”. Se trataba de la estación que mi mamá escuchaba mientras pintaba. Solía colocar su caballete en un rincón de la sala, junto a la ventana que daba al jardín. Se sentaba en una sillita baja donde permanecía hora tras hora con un pincel en la mano ocupada en detalladísimos bodegones donde proliferaban frutas, flores, botellas de vino y dulces mexicanos. Mientras revolvía los colores en su paleta y luego los aplicaba con paciencia sobre la tela, sonaban los juguetones divertimentos de Mozart, los elegantes acentos de Händel para los reales fuegos de artificio, las triunfantes notas de la *Obertura 1812* de Chaikovski con todo y sus 16 disparos de cañón y el fluir delicado de las *Gymnopédies* de Satie. No es que yo

entendiera lo que oía, o que supiera de periodos o escuelas. Simplemente me sentaba allí durante horas, viendo a mi mamá pintar y guardando silencio (único requisito para permanecer allí) mientras ella trabajaba. Desde entonces, la pintura y la música (la buena música desde la Ciudad de México) se me presentan juntas, ligadas por el recuerdo de aquellas tardes. Mi madre ya no está y la XELA hace mucho que desapareció del cuadrante, pero conservo los cuadros que ella no pudo vender y con sólo buscar en Youtube encuentro la música asociada a ellos.



## MI CORAZÓN ES PARA TI

*Jeremías Ramírez*

(Escritor y editor. México)

La noche había caído. Por las bocinas de la rueda de la fortuna la Sonora Santanera amenizaba la improvisada feria y sus juegos mecánicos: “Es la boa / mi corazón es para ti...”, mientras mi hermano mayor y yo, en el quicio del zaguán de la vecindad, sobre unas cajas de cartón, vendíamos semillas de calabaza tostadas. Yo tenía entonces cuatro años; y el tiovivo daba vueltas con niños montados en los caballitos. Al fondo, algunos jóvenes, con rifles de municiones, trataban de obtener algún premio disparando a patitos de metal. Y la música seguía envolviendo la noche y aderezando los algodones de azúcar: “A bailar el nuevo ritmo de la boa...”.

No sé por qué recuerdo esa canción y ese momento si era un niño muy pequeño. Tal vez porque en México la música, como los perros callejeros, se pasea libre y escandalosamente por las calles.

Pero también esa música buscaba rinconcitos íntimos para susurrarnos su canto. Mi padre tenía una poderosa radio Phillips que por las mañanas nos despertaba con los anuncios del Chocolate Abuelita que en mi memoria se mezclan con una vieja canción decimonónica, favorita de la emperatriz Carlota: “Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona...”. Y en el desayuno la abuelita nos perseguía, no en el chocolate que en mi casa se servía sólo los días de fiesta, sino con su famoso ropero: “Toma el llavero abuelita y enséñame tu ropero...” o nos pelaba los dientes la negrita cucurumbé que:

“Quería ser blanca / Como la luna / Como la espuma / Que tiene el mar”, o huidiza se nos esfumaba la muñeca fea: “Escondida por los rincones / temerosa de que alguien la vea...”, o Teté que, necia, se seguía asomando al balcón buscando su príncipe azul, todo en la voz cautivante de don Gabilondo Soler, mejor conocido como Cri-Cri.

Y por las tardes, entre los frijoles de la comida y los refrescos de piña, alzaba su grito jubiloso don Pedro Infante o don Jorge Negrete o María Victoria lanzando sus pujiditos.

Esta fue mi experiencia musical hasta los siete años, edad en la que, de pronto, la algarabía musical se apagó. Mi padre compró un terreno en las desoladas colinas aledañas a Cuajimalpa, rumbo a Toluca, donde no había energía eléctrica y, por tanto, no había radio. La única música en ese lugar casi despoblado era el que susurraba el aire al entonar su ululante canto entre las láminas de asbesto de mi casa, o los grillos que armaban un concierto disparatado en un escenario de árboles y plantas silvestres.

Pero la modernidad fue llegando con pasos sigilosos. Las radios fueron despertando de su letargo gracias a los radios portátiles y con la llegada de la energía eléctrica el concierto, de vocingleras voces electrificadas, se hicieron presentes y súbitamente la música fue encontrando en estos parajes, donde por siglos la naturaleza era la única que soltaba la garganta, un lugar preponderante. ¡Qué sería de los barrios populares sin la incesante música que sale a borbotones por las ventanas!

A la música de los días de fiesta se fueron sumando las agrupaciones musicales y más tarde el estruendo de las guitarras eléctricas en las tardeadas

populares en salones improvisados que fueron apareciendo, como hongos silvestres, en medio de las casuchas en construcción.

Para entonces, yo había llegado a la adolescencia y arrastrado por el ímpetu musical callejero y por la herencia paterna, me convertí en músico, pero esa ya es otra historia.

## LA BICICLETA

*Paola Tena*

(Escritora, ilustradora, pediatra. México)

*Homenaje a Freddie Mercury,  
genio contemporáneo.*

Mi padre abrió su regalo y entre los jirones del papel asomó la carátula del CD. “Qué pelos más ridículos”, se rió mi hermano cuando la vio. “Son los de Queen”, le explicó papá. El reproductor engulló el círculo iridiscente; una ristra de campanillas de bicicleta y un *I want to ride my bicycle* resonaron en nuestra sala. “Abre el tuyo”, me dijo mi madre, y mientras desenvolvía el restaurante de hamburguesas de Play-Doh me preguntaba cómo era posible que a alguien se le hubiera ocurrido una canción tan bizarra, así de maravillosa. *Bike and cigarettes*, confesaba Mercury con su voz suave como pelo de gato. El solo de la guitarra eléctrica al mismo tiempo que mi hermano mostraba triunfal un He-Man. “Ponla de nuevo”, le pedí a mi padre cuando se acabó la canción, y luego la oímos otra vez, y otra más.

—¿Qué te regalaron en Navidad? —me preguntaron mis amigas esa tarde.

—Una bicicleta —les respondí, sonriendo de oreja a oreja.

CARTA (CANTADA) DE UN LEÓN A OTRO

*Agustina Tocalli-Beller*

(Escritora. Argentina)

Era un día nublado de playa, de esos que se hacen largos porque la familia busca planes alternativos al mar y a la arena. Caminábamos por las calles céntricas de la ciudad balnearia cuando, al pasar por el único teatro, mi papá notó algo que le entusiasmó sobremanera.

—¡Toca Baglietto esta noche aquí!

La única que entendió fue mamá.

—¿Y qué hacemos con las chicas?

—Las traemos. Tampoco son tan chicas ya... En un par de años más ellas van a ir a conciertos y nosotros esperaremos afuera.

—¿Te parece? Si no, vení vos solo. No te preocupes por nosotras... —ofreció mamá con voz de madre protectora y tono de esposa resignada y joven desilusionada.

No terminó ella de decir eso que él compró cuatro boletos en la misma taquilla que seis horas más tarde nos vio formar fila para ingresar al teatro. Desde nuestras butacas el escenario se veía lejano, tal y como si fuera una pantalla de cine. Y tal como si estuviéramos esperando que comience la película, la sala estaba expectante y a oscuras.

A oscuras y casi en silencio... Tanto que casi me estaba durmiendo cuando un estallido de acordes y una explosión de luces levantó el telón de un solo jalón. Una batería enloquecida indicó el ritmo de la canción que abría el concierto. Las

guitarras eléctricas y la voz del artista argentino inauguraron la cita con el rock nacional de esa noche. El teatro entero se puso de pie alzando sus manos y su voz.

El impacto de ese inesperado y estruendoso acto de apertura me hizo caer de mi butaca en un llanto desconsolado. Mamá me ayudó a incorporarme con dificultad porque mis manos estaban ocupadas cubriendo mis orejas.

—Te dije, Carlos —acusó su mirada penetrante a papá, quien enseguida me alzó en sus brazos para calmarme con un pequeño baile al ritmo del concierto.

Tan pronto como conveniente, mis pequeños oídos se acostumbraron al ensordecedor ruido y mis pupilas al cambio constante de iluminación. Me acomodé de nuevo en mi butaca y más que mirar hacia el escenario, me dediqué a observar a mis padres disfrutar de un espectáculo que yo no sabía que existía en el mundo.

Recordé que papá había dicho que en un par de años seríamos mi hermana y yo quienes iríamos voluntariamente a un concierto de rock. Me pareció imposible en ese momento. Simplemente no podía imaginarme en otro evento así. Hasta que, al cabo de varias interpretaciones, la sala volvió a oscurecerse. La batería y las guitarras eléctricas dejaron de sonar y un solo haz de luz iluminó un banco alto con una guitarra clásica que se apoyaba a su costado y un micrófono que los miraba erigido de frente.

Cuando Baglietto tomó el asiento y el micrófono, el aplauso del público fue tan suave y constante como la iluminación y como su voz que explicó:

—Este es un poema musical escrito por Chico Novarro. Se trata de una carta que le escribe un león que vive en un zoológico a su hermano que trabaja en un circo.

Desde esa introducción, que tenía todos los elementos de un cuento infantil, hasta el último acorde, quedé completamente fascinada y poseída por esa canción. La melodía y el mensaje me capturaron con tanta intensidad que pude recordar gran parte de la letra de inmediato.

Tararé la canción por días, por semanas, por meses y por años. Aún lo hago.

A los nueve años me conmovió profundamente la historia sobre el maltrato animal que describen sus estrofas. Pero con la madurez de las décadas y el recuerdo de la época en que escuché esa canción por primera vez, pude abandonar el plano literal y sumergirme en el mensaje de esa poesía musicalizada y disfrazada. La letra también tiene otra interpretación: la historia de Argentina en los años setenta y sus vivencias de oscuridad, de censura y de represión. Una época cúlmine que dejó una cicatriz nacional.

Desde aquella experiencia de mi infancia que mi inclinación por la música se aparta del rock y del volumen alto y se acerca a aquellas melodías suaves y cantadas que usan un pentagrama para relatar una historia. O dos.

Fue también aquella precisa noche que entendí que la música se escucha, pero una canción linda y sentida se lee con los oídos. Y, como toda buena lectura, puede marcarte para toda la vida.

MI, LA, RE, SOL: CRÓNICA DE UN RECUERDO MUSICAL

*Erick Zapién*

(Escritor y académico. México)

Papá tenía gustos musicales muy eclécticos. Gracias a él escuché por primera vez a varios de los grandes clásicos del rock en inglés de los sesenta y setenta como The Doors o The Beatles. Conocí la música vernácula mexicana y los boleros; tuve mis primeros acercamientos al Jazz y al exquisito Bossa nova. Mamá, por su parte, era una fanática de la radio. Desde muy temprano sintonizaba su estación favorita y disfrutábamos juntos de baladas románticas. Durante toda mi infancia me mantuve al tanto de las novedades musicales en español.

Desde pequeño me di cuenta de que la música provocaba en mí distintos estados de ánimo y emociones. De manera constante me cuestionaba si yo sería capaz de ocasionar lo mismo en otras personas así que me decidí a aprender a cantar o a ejecutar algún instrumento.

Mi primer intento fue durante las audiciones del coro de la escuela. Yo cursaba el segundo grado de primaria y acudí con entusiasmo a una audición para formar parte del coro escolar. Habían pasado unos cuantos segundos del inicio de la audición cuando la maestra me pidió guardar silencio. Me dijo: Gracias por tu participación quizá el siguiente año. No me sentí mal por aquel fracaso. Sabía que mi voz no era armoniosa, nunca lo ha sido, así que lo acepté con desenfado; además, el coro era para cantar el himno nacional, yo quería cantar algo así como “Lucy in the sky with diamonds”, “Light my fire”, o de perdida una de Franco de Vita.



Un par de años después papá llegó a casa con un órgano eléctrico. Fue un regalo para mamá quien se emocionó e incursionó en el aprendizaje del instrumento. Cuando practicaba sus lecciones yo acudía de inmediato a su lado, escuchaba atento. Desistió muy pronto de sus lecciones, pero pudo notar en mí el gusto por el instrumento así que decidió inscribirme a la escuela de música. Por algunos meses acudí feliz a las clases. Aprendí teoría musical y ejecutaba piezas cada vez más complejas. Sin embargo, un día, sin más ni más, decidí parar. Hoy en día no tengo claro por qué tomé esa decisión. En verdad lo disfrutaba mucho. Mamá se desconcertó, no tuvo más que acceder y recuerdo que me abrazó cariñosamente.

Al final de mi infancia la influencia musical provino de mi hermano pues llevaba a casa discos compactos de rock en inglés. Todas las tardes sonaba en su habitación aquella música de los ochenta y principios de los noventa. Fue la época en que una vieja raqueta de bádminton se convirtió, para mí, en una hermosa guitarra eléctrica en cuyo cuerpo y cuerdas imaginarias yo ejecutaba los más virtuosos *riffs* y requintos de aquellos rockeros de cabello largo y actitud agresiva.

En esa época se abrió en la secundaria un taller de guitarra al cual decidí inscribirme. Papá aceptó, pero unos meses después abandoné los cursos. Ser parte de la estudiantina no me motivaba mucho que digamos. A papá le agradecí por la guitarra que me había comprado y le dije que ser músico no era para mí. Él me miró y tocó mi hombro tratando de consolarme.

Mi infancia se fue. Durante mi adolescencia la pasión musical aumentó al grado de convertirme en un verdadero melómano. Cierta día que me puse los audífonos para escuchar algunas novedades, centré mi atención en un sonido

grave que acompañaba y marcaba el ritmo de las canciones. Volví a reproducir los discos de papá, conseguí muchas de las canciones que escuchaba con mamá y repasé todos aquellos discos compactos de rock de mi hermano. Un instrumento que había pasado desapercibido para mí hasta ese entonces se transformó en un hallazgo artístico cuyo lenguaje universal cambió mi vida para siempre.

Mi, la, re, sol; así se afina convencionalmente un bajo eléctrico de cuatro cuerdas y cada que afino el mío emergen recuerdos que se grabaron en mi alma como un registro melódico de mi niñez.

De los abuelos y los tíos

*KWIKATL*

*Óscar Baños Huerta*

(Escritor y maestro. México)

La casa era una vieja construcción de adobe que siempre tuvo olor a tierra mojada. El aire casi estático sostenía motas de polvo a las que los rayos del sol daban cualidad de estrellas suspendidas en medio de las habitaciones.

En el patio la voz de la abuela llenaba el aire y se metía en todos los rincones. La canción estaba en un idioma que yo no lograba entender. Era la música de las mañanas luminosas y en las que había niebla; las frías, en las que el agua de los charcos se convertía en cristal y las calurosas, a las que los pájaros cubrían con su cháchara.

La abuela y el abuelo se comunicaban entre ellos con palabras parecidas a las de la canción y erigían una muralla que me era imposible salvar. Cuando les pedía que me explicaran qué decían, me contaban de mujeres que se quitan las piernas para volar en la noche profunda, de hombres atrapados en cuevas que desaparecen; de dioses y diosas que duermen en los cerros y debajo de los ríos.

Había distintas canciones y cada una ocupaba un lugar específico en nuestra vida y en la existencia de quienes ya estaban muertos. Cuando el frío de noviembre se acercaba, las palabras de la abuela aparecían poco a poco, ya no con la voz potente de los momentos luminosos, eran más un susurro; hilvanaba el canto al tiempo que acomodaba las flores solares. El camino de pétalos y las veladoras que apenas iluminaban un trozo de la oscuridad de la habitación en la que se colocaba la ofrenda.

La abuela no solamente cantaba en aquel idioma misterioso, también lo hacía en la lengua que yo podía entender. Entonces la casa se poblaba de veredas tropicales, de inditas a las que se les pedía compasión por su falta de amor, de guajolotes que en rueda se hacían pequeños y grandes.

Cuando la enfermedad llegaba, también lo hacían las hierbas cuidadosamente escogidas, las comidas especiales y los cantos, que se encargaban de ahuyentar la fiebre o sacar del cuerpo aquello que lo lastimaba.

Para la tristeza que se me colgaba a la espalda cuando era niño, había unas palabras que esa anciana entonaba al caer el ocaso. Las dejaba salir lentamente y muy cerca de mi pecho, las veces que fuera necesario hasta que me quedaba dormido.

En ocasiones, por la noche, cuando el corazón duele y antes de que me venza el sueño, todavía escucho que aquella voz tranquila me canta *nimítsneki nokonetsin*.

## GUITARRAS EN LA NOCHE O EL DESAMOR

*Carlos Martín Briceño*

(Escritor. México)

De sonrisa franca, voz amable y pelo ondulado, imitando a Angélica María, los domingos era la primera en despertar para prepararnos unos humeantes huevos con jamón acompañados de un tazón de espumoso chocolate con leche y siempre se desvivía por atendernos a mi hermana y a mí.

La tía Ligia era una mujer que rebosaba cariño. Pero, contrario a su carácter alegre, a veces, cuando se sentaba en el sillón de petatillo a ver *El amor tiene cara de mujer* o cualquier otra telenovela de la tarde, sus ojos castaños comenzaban a humedecerse y tenía que ponerse de pie para ir al baño “a sonarse la nariz”. Parecía cargar sobre sus espaldas un dolor que mi mente infantil no alcanzaba a comprender.

El misterio se acrecentaría una tarde de agosto en que apareció con una guitarra entre los brazos, acunándola contra su pecho como si se tratara de un bebé. Entró a su habitación y pasó horas afinando la lira en solitario. Hacía calor aquel verano, las puertas de la casa estaban abiertas para que corriera el fresco. Su habitación quedaba inmediatamente después de la mía. Por eso cerca de la medianoche fui la única persona quien, desde la hamaca, pudo escuchar con nitidez los acordes de la melancólica canción ranchera que, años más tarde, la misma tía Ligia me enseñaría cuando aprendí a tañerla.

*De qué sirve querer, con todo el corazón*

*De qué sirve cumplir el deber respetando un amor  
Para mí todo eras tú, no hubo nadie jamás  
Tú eras todo pa' mí y besando la cruz te lo puedo jurar...*

Los versos que llegaban por partes hasta mis oídos los entonaba conteniendo el resuello, siguiendo los acordes de esa melodía mexicana, arrastrando las palabras como si una gran pena la acometiera. Poco a poco, mientras me ganaba el sueño, fui armando el rompecabezas de sus emociones.

Entonces era un niño de ocho años y me intrigaba saber qué había llevado a la hermana menor de mi padre a regresar a Mérida dejando su trabajo en la capital para vivir con nosotros, precedida por una tajante recomendación materna: “nada de preguntas acerca de su pasado”.

—Mal de amores, cuidadito y le comentes algo —diría temprano por la mañana mi madre, a quien le conté todo.

Casi medio siglo después, de vez en cuando visito a mi tía Ligia que aún vive en casa de mis padres. No suelo tocar la guitarra con frecuencia. El trabajo, las letras, la familia, estos gustos cambiantes en los tiempos que corren, qué se yo, me han alejado del encanto de sus vibrantes cuerdas; pero cuando en alguna ocasión, al calor de las copas, el ambiente se presta y me animo a hacerlo, empiezo con la misma ranchera y vuelvo al momento clave, cuando al conjuro de una canción en la noche entendí, a mi corta edad, que la música y el desamor siempre han estado unidos.

## ESA SALA QUE OLÍA A MÚSICA

*Alejandra Camposeco*

(Escritora y maestra. México)

Cuando era una niña no había tantas inteligencias como las hay el día de hoy; en los setenta, o eras inteligente o de plano de burra no te bajaban, por lo tanto, no supe que la «inteligencia musical», —esa de la que habla Gardner en su teoría de las inteligencias múltiples—, me había abandonado definitivamente desde mi concepción. Y, tal vez, esto no hubiera sido importante de no haber sido por dos factores decisivos: el primero, mi nacimiento en el seno de una familia de intelectuales y artistas, y segundo, mi situación de primogénita, y la imperiosa necesidad de mis padres, de abandonarme el mayor tiempo posible, con mi abuela.

La casa de mi abuelita Ana era un paraíso; sobre todo, cuando mis bisabuelos se mudaron a ella y terminaron el resto de sus días divididos entre una habitación dentro de ésta y una casita al fondo del jardín en donde habitaba mi bisabuela. Debido a algunos traspies económicos, mi bisabuelo, Carlos Chávez, a quien apodábamos Papabe, llegó a vivir ahí, acompañado de mi bisabuela.

Desde que tengo memoria, supe que quería escribir. No importaba qué, sólo sentía la imperiosa necesidad de registrarlo todo; pasaba los días escondida detrás de los sillones, o bajo los árboles, garabateando palabras en mis diarios. No sé si esta exigencia personal se haya debido a otra de esas inteligencias múltiples, o a la obligación de mantenerme siempre en silencio, porque mi



bisabuelo se distraía, y no podía componer su música, si yo hablaba, cantaba, botaba una pelota o jugaba con Boris, nuestro —muy mal educado— dálmata.

Desde mis ocho hasta los doce, pasé muchísimo tiempo en ese paraíso silencioso. Me encantaba esconderme en la sala y acariciar los instrumentos musicales que parecían extraídos de un cuento: palos de lluvia, silbatos, güiros, flautas de barro, timbales, caparazones de tortugas, y, para rematar, dos enormes gongs los cuales nunca tuve permiso de hacer sonar (aunque alguna vez lo hice y terminé castigada). En esa misma sala, había dos pianos, uno negro y otro rojo, donde se llevaban a cabo los ensayos con los músicos que venían de visita.

Si tenía suerte y se me permitía entrar a la habitación de mi bisabuelo, lo hacía despacio, aguantando la respiración, pues para mí, era como traspasar un portal a un mundo mágico, en el cual tenías que caminar muy despacio, en silencio, sintiéndote invisible, hasta ser convocada por el mago, quien, sentado frente a su escritorio, llenaba partituras de notas, dibujadas primero a lápiz y posteriormente con una pluma fuente. Una vez terminada la página, se le pasaba a Elsitá, una mujer menuda y discreta, quien transformaba los manuscritos musicales en partituras terminadas. Cuando leo *Bartleby, el escribiente*, de Herman Melville siempre la recuerdo e imagino qué hubiera sucedido si un día se hubiera negado a continuar transcribiendo la música, en esas hojas con pentagramas.

Generalmente, mi bisabuelo me preguntaba sobre mis gustos musicales, posteriormente, tras una palmadita en la cabeza, me obsequiaba un lápiz, pluma o una goma antes de despedirme. Ese regalo era toda la felicidad contenida en un objeto, puesto que me permitía continuar escribiendo. Pero, por más que lo

intentaron, nunca aprendí a tocar el piano, o me interesé por la música de la misma manera en que lo he hecho por las palabras.

Aún así, ese contacto con la música fue inolvidable. Me hubiera gustado tener un poco más de esa inteligencia musical de la que hablaba; podría haber comprendido o escuchado mejor esa época de mi vida; pero supongo que Papabe sentía la misma felicidad, al componer o dirigir una orquesta, que yo al escribir un texto.

Cuando murió, lo enterraron en la Rotonda de los Hombres Ilustres y le hicieron un homenaje en Bellas Artes. Quiero creer que toda esa inteligencia musical, que él tuvo con creces, lo hizo intensamente feliz. Aún hoy, no puedo escuchar su Sinfonía India sin sentir que él está ahí, en ese escritorio invadido de sostenidos y bemoles, mientras yo, camino acariciando un güiro en esa sala que olía a música.

## EL DESCUBRIMIENTO DE LA LUNA

*Enid Carrillo*

(Escritora. México)

La primera vez que escuché “Blue Moon” fue en la película de Selena. Tendría alrededor de nueve años cuando un domingo, gracias a canal cinco, se me abrieron las puertas del tiempo y descubrí que el mundo está lleno de música vieja y lejana. Para ese entonces, mi único encuentro con música de otras épocas había sido a través de El Fonógrafo, una estación de radio que escuchaba en la casa de mis abuelos.

Mi mente era muy nueva para los idiomas y yo no sabía inglés, pero fue como si las conexiones de mi cerebro hubieran descifrado el significado de la canción y me hubieran revelado la historia detrás de la luna. Mi mente de niña pensaba en la tristeza del desamor, pero no la entendían por completo, pues la historia va de una persona que le canta a la luna su desolación por no tener un sueño o un amante.

Una noche, luego de haber liberado la congoja, algo hermoso sucede y en un susurro que dice: “*Please, adore me*” aparece un amor que transforma la opaca plata de la luna en oro puro que alegra el corazón de aquel amante solitario.

Gracias a las canciones de El Fonógrafo y a “Blue Moon” pasé mi infancia conectada con emociones de otras vidas. La música vieja me hacía sentir mayor, casi adulta, como si cosas ardientes y secretas sucedieran en mi interior, como si dentro de mi cuerpo habitara una mujer que entendía a la perfección aquella ple-garia triste y solitaria dedicada a la luna.

Ese domingo de 1998, no sabía que por fin entendería el dolor y la alegría contenidas en esa canción. No sabía que algunas veces esa luna triste iba a dolerme y otras, a curarme. Tampoco sabía que “Blue Moon” nació en 1934 y que había sido versionada por muchos cantantes y músicos alrededor del mundo. No sabía que en algunos años yo sería esa mujer sola en medio de la noche que, en un acto casi animal, miraría hacia la luna y recordaría con cariño aquel descubrimiento que le regaló la televisión.

Lo que sí supe en ese momento fue que había descubierto el hilo de una madeja que me llevaría toda la vida desenredar para seguir buscando esa música vieja que me hace sentir cien vidas adentro.

Después de mi encuentro con esa melodía, una tras otra, llegaron a mí decenas de canciones viejas, de voces negras, de trompetas y pianos improvisando, de orquestas y cuartetos con sonidos desordenados y de historias que me conectan con mi yo de la infancia. Años después, esa niña seguiría sospechando que dentro de sí habita una vieja amante del jazz cuya manía es bailar en la azotea con una luna de fondo que a veces no quiere escucharla...

CANDY GIRL

*Roxanna Erdman*

(Escritora, traductora, maestra y editora. México)

Buena parte de la vida en la casa en que me crié, la de mis abuelos, estaba organizada en torno de la música. Resultaba bastante evidente, porque lo primero que las visitas veían al entrar era el piano de media cola.

Mi abuelo era melómano, pero parcial: música clásica y sacra, poco más. Dice mi mamá que cuando ella y mis tíos eran chicos hubo temporadas en que los levantaban con la quinta de Beethoven a todo volumen, pero el radio jamás se sintonizó en una estación de música del momento. Tal vez por eso, en cuanto se casó lo primero que hizo fue comprar un tocadiscos modernísimo, supuestamente portátil, al cual se le adosaban las bocinas de modo que ‘cualquiera’ pudiera cargar el estuche, que terminaba pareciendo una maleta negra de las grandes, pero llena de ladrillos. Queda claro que no empecé este recuento por el principio, pues en mis recuerdos musicales más antiguos están Tom Jones, Andy Williams, Engelbert Humperdinck y Simon y Garfunkel, pero también el pop y buena parte del rock de los sesentas. Hasta la fecha sigo sintiendo un júbilo pueril cada vez que escucho Sugar, Sugar, de The Archies; fue la primera letra a la que puse atención y me dejó su impronta en el cerebelo: ¡yo era *the candy girl*! ¡Esa canción era para mí! Además, mi papá tocaba la guitarra, y antes de cumplir los tres años yo ya tenía mi propia y minúscula armónica, aunque no aprendí a usarla.

Todo eso pasaba mientras el Flower Power se iba apagando en California, donde habíamos estado viviendo, y nos mudábamos a México con los abuelos maternos, a la casa del piano de media cola. Ahí vivía también mi bisabuelo y, por temporadas, mis tíos jóvenes. Aunque con mi bisabuelo sostuve muchas y largas conversaciones, no recuerdo haber hablado de música, pero era dueño de un canario y había escrito algunos himnos. De él heredé un tocadiscos, ese sí bien portátil, en el cual yo tocaba puros discos que no eran míos, sino de la discoteca de mi abuelo, pero que me había ido apropiando porque me servían para organizar bailes y festivales con mis hermanas; quién sabe de dónde habrán salido aquellos LPs de Tomita, Yma Súmac, y marchas militares.

Mi abuelo poseía un equipo de sonido impresionante, capaz de reproducir las cintas de carrete abierto en que grababa conciertos o recitales en vivo. Por eso no deja de asombrarme que al menos yo, la mayor de las tres hermanas, tuviera permitido manipular aquel aparato y poner discos, casi siempre los de niños que mi abuelita nos compraba y que de milagro no se gastaron de tanto escucharlos. Como que la regla tácita era que mientras mi abuelo no estuviera en casa, podíamos escuchar algo democráticamente seleccionado. Y mi abuela, que tenía alma de niña y nos consentía un montón —y a quien le gustaban los boleros y Pedro Infante y siempre estaba entreverando canciones y refranes en la plática—, jamás chistó por tener que escuchar setecientas veces las películas de Disney adaptadas en LP o Los juegos de Juan Pirulero. Pero lo más sorprendente era que, en un hogar en que los niños teníamos prohibido comer golosinas sin permiso y únicamente podíamos ver la tele media hora al día, cualquiera podía sentarse en la banqueta del piano e improvisar lo que le viniera en gana. Así, dediqué muchas horas a tocar de oído y con un solo dedo —a veces dos—, cosas

como Las mañanitas o Para Elisa, y muchas más a escuchar a Vivaldi y a Mozart, a tal punto que llegué a estar convencida de haber aprendido, nota por nota, varias de sus obras.

Aún espero que se invente un proyector mental de piezas guardadas en la memoria para poder demostrarlo. En cuanto a la habilidad del oído, me sirvió para aprobar Música con Excelente en la secundaria sin haber aprendido a leer ni el Do por lo redondo.

## PRELUDIO PARA UNA FUGA

*Yanira García*

(Poeta, baterista y traductora. México)

Nací en una familia de músicos que ya no eran músicos. Al morir mi abuelo Pedro a los cuarenta y seis años, sus hijos ya no tuvieron que continuar con la carrera de las notas y los pentagramas; sin embargo, la pasión por la música siempre se mantuvo viva. Tanto mi padre como mi tío tocan el saxofón y todos los nietos crecimos sabiendo que, algún día, íbamos a elegir un instrumento con el que iniciaríamos nuestra propia historia de amor, tal como el abuelo lo hizo con la trompeta. A mí me llegó a los doce años, cuando supe que los tambores iban a marcar el ritmo de mi corazón.

Pedro García Espinosa nació con el último aliento del siglo XIX. Su padre, Rafael García Alpízar, inició sus estudios musicales desde niño —como era costumbre para todos los hijos de músicos— y así lo hizo él también. Ignoro a qué edad dio sus primeros soplidos, pero a los once años, exactamente cuando la Revolución mexicana lo marcó de forma funesta como platicaré más adelante, ya dominaba su instrumento con maestría. El bisabuelo Rafael también tocaba la trompeta y su vida era “estudiar” (así le llamaban a la práctica) varias horas al día y participar en los ensayos de la Banda de Rurales del Estado de Hidalgo a la que pertenecía, y que era parte del Ejército Mexicano.

Dicen que era un hombre exigente y recto hasta la exageración, tal vez por eso, durante un breve lapso en que la Banda se quedó sin director, y en medio de los convulsos días de 1911 marcados por las revueltas revolucionarias, lo



nombraron director interino. A pesar de lo importante del cargo, el bisabuelo quedaría entre dos fuegos cuando la balanza se inclinó al lado contrario de la lucha y el mismo ejército le solicitó que abandonara el puesto y permitiera la salida de todos los músicos a su cargo. Debió ser —en efecto— un hombre obstinado e incapaz de calcular las consecuencias de una insubordinación, pues se negó a cumplir las órdenes quedando sin el auxilio de los militares y a expensas de los sublevados que prometieron acabar con él y su terquedad. Ahí comenzó la historia de una fuga que mi padre nos platicó a mis hermanas y a mí desde niñas y que ha ocupado un lugar preponderante en mi imaginario personal: el bisabuelo decidió huir, pero no solo, resolvió que lo acompañaría su hijo mayor de once años, Pedro.

Tomaron el rumbo de Tulancingo y, cerca de Cuauhtepac, se deshicieron de los caballos para pasar desapercibidos, se internaron en los maizales donde tuvieron que sobrevivir durante varios días comiendo elotes crudos, tomando agua de los charcos y guareciéndose en los surcos para pasar la noche. Esa temporada los marcó para siempre. Sólo puedo imaginar a mi abuelo, con la fragilidad de su edad y la exigencia de mantenerse valeroso, tratando de resistir ese infierno. Cuando lograron salir de ahí ya no eran los mismos. Consiguieron llegar a Azcapotzalco (ahora demarcación política de la Ciudad de México) y establecer comunicación con el resto de la familia que se había quedado en Pachuca, quienes al poco tiempo fueron a reunirse con ellos. Devastado por lo ocurrido y por el caos reinante, mi bisabuelo murió tiempo después víctima de la tifoidea. Mi pobre abuelo, al ser el hijo mayor, tuvo que hacerse cargo de la familia. Por fortuna tenía su trompeta y un talento que, quienes lo escucharon tocar, decían era prodigioso —sobre todo cuando usaba el wah-wah para

interpretar jazz—. Así que ingresó a la Banda de Marina donde inició una carrera que lo llevaría por diversas agrupaciones y lugares, hasta su muerte a una edad muy joven.

Evoco la historia como si la hubiera visto, llevo en el corazón a ese muchacho a quien me hubiera encantado acompañar con mis tambores, segura de que amonestaría mi estilo y falta de rigor musical. Así que, cada vez que escucho las notas de ventarrón de una trompeta, llega a mi mente el recuerdo imaginado de un chico perdiéndose entre las altas milpas en busca de su futuro.

## DIECISÉIS CORRIDOS DE CABALLOS FAMOSOS

*Eduardo Islas Coronel*

(Escritor e ingeniero. México)

Si hay canciones que pueden devolverlo “a galope” al feliz terruño de su infancia son los *15 corridos de caballos famosos* cantados por don Antonio Aguilar. Los temas que reúne el cassette los escuchó muchas veces en los lienzos charros a los que lo llevaban desde que puede acordarse. Su padre, sus abuelos, bisabuelos y así, muchas generaciones hacia atrás, siempre han vivido en el campo.

De las quince canciones, “Caballo prieto azabache”, “El cantador” y “El caballo blanco” son sus favoritas. Acaso existe otro corrido: el decimosexto; de este asunto se escribirá más adelante.

Aún ahora le maravilla la manera en que aquellas canciones pintan, con tan pocas palabras, el retrato tan preciso de un caballo, remarcan sus capacidades físicas, cuentan su vida de caballo y aun dan una buena idea sobre su temperamento.

El cuaco llamado El Cantador, por ejemplo, “nació bajo de una higuera / su madre fue yegua fina”, era un potrillo brioso, “era de pelo retinto / dos albos con un lucero”, y bien pronto les ganó a las carreras a sus padres, dado que era “ligerito, como el rayo”. Por otra parte, de El Siete Leguas, “el caballo que Villa más estimaba”, se cuenta que “cuando oía silbar los trenes, se paraba y relinchaba”.

Estos corridos muestran la conexión entre jinete y cabalgadura, cuentan las hazañas y aventuras protagonizadas por caballos ¿algunas acontecidas en los

tiempos de la revolución?, y muchas veces son también el llanto por la muerte de un amigo. En pocos versos se pone en marcha la historia: “Caballo prieto azabache / cómo olvidar que te debo la vida / cuando iban a fusilarme / las fuerzas leales, de Pancho Villa”; o “Este es el corrido del caballo blanco / que un día domingo, feliz arrancara / iba con la mira, de llegar al norte / habiendo salido de Guadalajara”.

Pero escribíamos antes que él también tiene su propio corrido de caballos. Advierto que podría parecer que el registro se aleja de lo heroico; sin embargo, lo sigue siendo para nuestro protagonista. La canción forma parte de cierto episodio de su infancia que su abuelo —Humberto, por más señas—, menciona cada vez que platican.

—¿A poco tú te acuerdas? —le pregunta el abuelo.

Dado que pasó hace bastante tiempo, no está seguro de si recuerda lo sucedido o si, más bien, lo ha ido armando con las cosas que su abuelo le ha contado. En cualquier caso, la historia es la siguiente:

Él tenía cinco años cuando fueron a visitar, a caballo, las parcelas de avena en las que se encontraban trabajando los tractores. Estaban lejos del rancho. El nieto se miraba diminuto, montado en un caballo alazán, grande y manso, al que decían El Mojo. El abuelo montaba otro alazán llamado El Patas Blancas.

En un momento dado, al abuelo le preocuparon dos cosas. Primero, que el cielo encapotado anunciaba un aguacero inminente; segundo, que, al mismo tiempo, a él ¿al nieto, quiero decir? le vinieron unas terribles ganas de orinar.

Pero tuvieron que arrancar de inmediato el galope de regreso; de otra forma no hubieran podido ganarle a la lluvia. Para hacerlo pensar en otra cosa, su

abuelo se inventó un estribillo de dos versos decasílabos y se lo fue cantando al ritmo de los cascos que golpeaban contra el tepetate:

*Suben y bajan los caballitos,  
para los charros que están meaditos,  
suben y bajan los caballitos,  
para los charros que están meaditos...*

Y así se fueron todo el camino de regreso, al galope, risa y risa; y al nieto ya ni siquiera le importó el aire que buscaba volarle el sombrero, ni los truenos que retumbaban sobre los montes, ni las nubes grises, ni los meados tibios que escurrían por sus piernas.

Llegaron al rancho; cerraron el portón en el instante en que se soltaba el aguacero. En el patio pequeño, techado y oscuro, el abuelo desensilló los alazanes y los caminó en círculos para que se les secase el sudor.

Imaginemos que, mientras esperaban a que se pasara aquella lluvia y pudieran entrar a la casa, el nieto cantaba —como ahora, que recuerda ese episodio que se antoja ya lejano— el último corrido de la compilación.

EN MI VIDA

*Fernando Sánchez Clelo*

(Escritor y editor. México)

Mi abuela Deli vivía en un segundo piso. El ventanal del comedor daba a una avenida transitada y muy ruidosa, sobre todo cuando cantaban las sirenas de las ambulancias. La casa era un lugar con muebles de madera, plantas, gatos y Gardel. Nunca entendí por qué tangos, ¿algún pretendiente extranjero? Mis padres me dejaban ahí cuando iban al cine o a consultas médicas, mi abue me recibía con la televisión, licuados, *comics* de Parchís e higos.

Uno de esos días, mientras veía la TV, escuché una melodía por el pasillo, me acerqué indeciso a la recámara de mi tío David, que entonces asistía a la universidad. Cantaba en otro idioma, pero me hipnotizaron las notas musicales danzando con la voz.

—¿Qué cantas? —le pregunté. Estaba recostado en su cama. Su guitarra roja reflejaba la luz.

—Es una canción de los bitles, me la estoy aprendiendo —dijo echándose el pelo hacia atrás—. Mira, viene en este casete, pero me caen mejor los dors.

Vi la portada. Yo era un niño de segundo año de primaria y no entendí del todo, cuatro hombres usando corte de mujer, eso pensé.

—¿Y cómo se llama?

—Inmailaif.

Otra vez las palabras fueron incomprensibles, aunque la tonada se quedó en mi cabeza agitándose a cada momento como piedra de ágata dentro de una lata,

porque la recordé muchos días y luego la fui olvidando poco a poco. Ocho años después ocupé la misma habitación de mi tío, en la que hablamos tantas veces a partir de ese día.

Viví con mi abue porque el autobús que me llevaba al bachillerato pasaba a una calle y media de su casa. Mi madre decidió que era mejor, porque desde la nuestra tenía que realizar un safari de nueve calles a oscuras, con lodazales, a las seis de la mañana y defendiéndome de los perros callejeros: era una colonia nueva.

Con mi abue eran distintos los horarios, las costumbres, la comida y la rutina. Ahí comencé a escuchar una estación de radio de música oldis: Fantasía FM: “Una huella en el tiempo”. Una tarde, sentí un cosquilleo eléctrico cuando identifiqué la melodía que mi tío cantaba, ahora sí lo comprendí: The Beatles, *In my life*.

Dos meses después ahorré el dinero suficiente para comprarme un casete de Soda Stereo. Preparé las pilas para mi *walkman* y salí una mañana al centro de Puebla, donde encontré un pequeño negocio alternativo que vendía artesanías para los turistas, café para los paseantes, casetes y discos compactos para los melómanos. Curioseando en la vitrina hallé esa imagen del pasado: la portada de *Rubber Soul*: The Beatles, con los rostros cansados y el follaje verde de fondo. Soda Stereo esperaba. Salí con mi adquisición y me senté en una banca metálica del zócalo, bajo unas ramas frondosas.

Recorrí la cinta del casete de un lado a otro con un lapicero. Botón play: los audífonos me envolvieron con los coros de John y Paul que me decían: “bebé, puedes manejar mi carro”. La sitar de Harrison sonaba en un bosque noruego. Paul cantaba que su chica no podía verlo, un hombre de ningún lugar. Harrison

volvía para declarar: “piensa por ti mismo”. Después escuché la palabra “amor” para “Michelle”, y tuve que quitarme los audífonos cuando imaginé a Ringo con vestimenta vaquera cantando: “¿qué pasa en tu corazón?”. Me tomé unos minutos para respirar la tranquilidad de los árboles enormes, arropados con la luz cálida del sol.

Volví a los audífonos. “Girl” y “I’m looking through you”, fueron canciones que se me hicieron familiares. Y llegó In my life con una andana de imágenes de mi tío David, su cabello revuelto, los libreros de nogal, un poster de la selección de Italia, su gato amarillo Morrison y las medallas de fútbol. Mucho de él quedó, desde el día en que falleció de linfoma. Sabía que no debía volver a escucharse el *Rubber Soul* en esa misma habitación, porque volvería el llanto y la amargura de mi abue.

Repetí un par de veces la cinta antes de abandonarla en la banca. Ese fue mi primer casete de The Beatles.

Hoy vaciamos la casa de abue Deli. Frente al ventanal recuerdo con cariño los rostros de mi tío David y de mi abue. No dejo de amarlos. Aunque ya no será en esta vida, sé que nos volveremos a reunir.



De los fans

## HIJO DEL CORAZÓN

*Karla Barajas*

(Escritora. México)

En la película *Dumbo* se muestra a una madre castigada injustamente, que saca la trompa entre las rejas para acariciar con ella a su cría, mientras suena como un susurro la canción de cuna: “Hijo del corazón deja ya de llorar, junto a ti yo voy a estar y nunca más te han de hacer mal”. La primera vez que escuché la nana lloré al tiempo que una lágrima se escurría por la mejilla de Dumbo. Con el humano ritual de balancear a la cría, la señora Jumbo, arrulló a su elefantito. En esa música no había saltos rítmicos, lo que me brindaba paz en el momento de tristeza. “Tus ojitos de luz el llanto no ha de nublar. Ven aquí, mi dulce amor, nadie nos ha de separar. Hijo mío, mi amor, no me importa el sufrir, como un sol tú me das luz y das calor a mi vivir”. Con esa copla nació mi gusto por los circos, los elefantes y mi desazón con los domadores de paquidermos.

Cada vez que escuchaba "Hijo del corazón", lloraba y sentía la necesidad de abrazar a Dumbo y cantarle, de liberar a su madre de las cadenas en sus tobillos gruesos. La paradoja de mis diez años consistía en amar al circo, a ese espectáculo artístico e itinerante que me daba la posibilidad de ver de cerca a los elefantes, consolarlos, advertir su majestuosidad en una pista, mientras las luces de colores y la música altísima me excitaban el corazón. ¡Me emocionaban las artes circenses! Y era asombroso ver en la pista a los elefantes, quería abrazarlos, pero en el fondo, también, deseaba posicionarme no al lado sino arriba de uno.

Un día leí que para lograr que los elefantes permitieran a las personas andar en su lomo, recibían un *pajaan*, que significa “romperle el alma”, en Tailandia es separar a una elefanta de su cría, dejarla en ayuno, flagelarla con fierros puntiagudos y látigos hasta que la tristeza y el hambre la forjen mansa, tanto que su lomo sirva para que las personas muestren su fantasía de proyectar fuerza, como los domadores, o su belleza, como las trapecistas, siempre y cuando ambas figuras formen una imagen imponente ante la mirada del expectante público.

Del *pajaan* me enteré recientemente, pero cuando tenía diez años, un circo anunció la llegada de Dumbo a mi ciudad. En la fila para tomarse fotografías con el elefante, sonaban las canciones de la película. Pedí subir al lomo de un elefante para tomarme la fotografía de recuerdo, pero el peso de mi cuerpo era magno y el hombre que ayudaba a las niñas a subir no podía con él. El sudor le resbalaba por la frente y cuello, estaba rojo y le saltaban las venas, sus brazos temblaban. Romperle la espalda al hombre tampoco devolvería la libertad a los elefantes y menos a la mamá de Dumbo. Sentí pena por el sobrecogido sujeto, en la película nunca vi el sufrimiento de los cargadores de niñas. “¡Bájeme!”, solicité sin pagar. Hacerlo cargar el peso de mis deseos por un recuerdo era desalmado, digno de una villana y yo quería estar del lado de las buenas.

Toqué la pierna del elefante, esa piel seca y surcada, las orejas pegadas a las mejillas y le canté un fragmento de "Hijo del corazón", que no era otra cosa que la representación de un *pajaan* para lograr que cualquiera subiera al lomo del elefante. Me creía buena por vengar a un mastodonte, pero en ese circo todos éramos cómplices del sufrimiento de los paquidermos, de su orfandad, de su travesía por las ciudades del país, entre barrotes oxidados y lejos de su origen.

Me llevó décadas no desear subir a un elefante, ni sentir que debía consolarlos o acompañarlos en su dolorosa orfandad, ese era el trabajo de sus madres y su rebaño. Creo que comprendí la canción el día que deseé no ver elefantes en los circos, no estar ni al lado, ni arriba, ni siquiera cerca de uno, bueno, solamente del personaje Dumbo, y de sus canciones, en especial, “Hijo del Corazón”: al escucharla entro al circo situado en los recuerdos de mi infancia.

VIVA MI DESGRACIA

*Carmen Carrillo*

(Escritora, docente y genealogista amateur)

Para la mayoría de la gente la casa de la abuela suele ser un recuerdo feliz. Las remembranzas de las navidades y las tardes de verano por lo general son evocadas nostálgicamente. Para mí es lo contrario: las reuniones familiares en casa de mi abuela paterna fueron el combustible que echó a andar el motor de todas mis inseguridades. Los nueve hijos y cerca de cuarenta nietos, nos reuníamos con regularidad en aquella casa. Éramos tantas personas que se tenían que instalar mesas en el patio, bajo la sombra de un enorme nogal. Para mí resultaba abrumador estar entre todas aquellas personas que parecían comunicarse en clave.

Recuerdo a los primos mayores sacando las guitarras después de acabar con el bufé que las tías colocaban a lo largo de la mesa. Empezaban cantando boleros que yo sólo había escuchado en viejas películas. Lo hacían para ablandar a la abuela, que no aprobaba los géneros musicales que estaban de moda y solía despotricar contra el rock y el pop. En una ocasión, el primo que mejor hablaba inglés quiso lucirse y cantó una canción de Elvis Presley. Tal vez creyó que pasaría la prueba por ser una canción con más de treinta años de antigüedad. ¡Qué equivocado estaba! Apenas terminó la canción, tuvimos que escuchar un discurso sobre la música de negros, que es como la abuela llamaba al blues. Siempre que se refería a su infancia y juventud en Texas, allá por los años 20 y

30, exhibía su desprecio hacia los afroamericanos y todo lo que tuviera que ver con ellos. El racismo era una perla más en su corona.

A medida que la abuela fue envejeciendo, su acritud se acentuó: criticaba la ropa, el maquillaje y el peinado de la gente y el contenido de las series de televisión. No fue difícil para mí inventar excusas para no presentarme en su casa cuando se convocaba a las dichas reuniones: siempre había alguna tarea urgente o un examen para el que había que estudiar y accedía a ir cuando no tenía más remedio.

En cierta ocasión, mientras conversaba con las tías, una prima de las más pequeñas le escuchó decir que ese día era su aniversario de bodas. El abuelo llevaba doce años muerto y muchos de nosotros no lo conocimos. También le oyó decir que ese día, en el festejo, había bailado con el abuelo un vals llamado “Viva mi desgracia”.

Un poco por adulación y otro poco porque creyó que la haría feliz, la niña sacó, quién sabe de dónde, un disco de vals con mariachi que incluía esa pieza, lo puso en el tocadiscos y subió el volumen. Segundos después ocurrió lo impensable. Los treinta y ocho nietos que estábamos en ese momento en el patio nos asomamos por las ventanas de la casa y vimos algo que nunca hubiéramos imaginado: la abuela, de pie frente al tocadiscos, lloraba en silencio.

Cuando terminó el vals se secó las lágrimas, retiró la aguja del disco, cerró el mueble y le puso encima las carpetitas tejidas y las figurillas de cerámica que siempre había lucido sobre la tapa. Luego se fue a la cocina y preparó café, cortó en rebanadas los panqués, lavó unos platos sucios, tomó un libro y se encerró en su recámara. Todo en el más absoluto silencio.

La habían quebrado. Una niña de nueve años y un vals de principios del siglo XX la habían despojado de su armadura.

En el patio hubo un despistado que, sin enterarse de lo que ocurría adentro, comenzó a tocar con torpeza una canción de moda. Alguien se le unió y después fueron muchas voces las que cantaban al unísono. Nadie salió a callarlos. Ese día nació un acuerdo tácito entre los primos que consistió en incluir con cierta frecuencia aquel vals en el repertorio que se tocaba en las reuniones. Fue una medida despiadada, pero ¿qué régimen ha caído sin el ejercicio de la crueldad?

## SOBRE LA MÚSICA

*Patricia Dubrava*

(Escritora, traductora y maestra retirada. Estados Unidos)

Traducción: Agustín Cadena

Durante los años de mi infancia que pasé en casas móviles, la radio fue nuestra fuente de música. Hablar de casa móvil era pretencioso en ese entonces. Los llamamos remolques. Pero siempre tuvimos radio. Papá escuchaba el Grand Ole Opry. A mamá le gustaba la estación de música ligera 101 Strings, que tocaba a Mancini y cosas así. Como diría un amigo músico muchos años después: nada que nos asustara.

Si en la escuela me enseñaron otra clase de música, no lo recuerdo. No cuenta esa fascinación que nos arrebatara de adolescentes como una especie de teletransportador. Los Beatles fueron parte de una invasión nueva y radical que me emocionó y, a medida que descubría la música folclórica, ésta se fue convirtiendo en algo más (gracias, Bob Dylan) incluso en mi pequeña ciudad de Florida. La música de los jóvenes construye identidad, pero es efímera y cambiante, como suelen serlo las artes populares.

Me gradué de high school como una de las alumnas más sobresalientes y, aunque no me di cuenta (no sabía cómo postularme a las universidades), había llamado la atención de los comités de becas. Me convertí en la primera de mi familia en seguir una educación superior, primero en un college de la comunidad y luego en la Universidad de Florida. Ahí, Bev, mi querido compañero de cuarto, tenía amigos que eran fanáticos rabiosos de Shostakovich. Ralph, Tom y



compañía querían llamar al compositor a Rusia para su cumpleaños, lo intentaron y fracasaron. Ahora sé que la relación de Dmitri con el gobierno soviético debió de ser lo suficientemente espinosa como para que él no quisiera arriesgarse a hablar con groupies estadounidenses. Pero, aunque no fuera así, ¿por qué querría él hablar con mis amigos?

Yo en ese momento, sólo me preguntaba: Shosta ¿qué? Ralph y compañía se pusieron a escuchar la Quinta Sinfonía de Shostakóvich a todo volumen, puntuando la actuación con exclamaciones emocionadas y agitando los brazos como si fueran directores. Eran fanáticos proselitistas. Fue mi primera sinfonía. Esa música vibró a lo largo de mi columna vertebral, me voló la cabeza y me llenó los ojos de lágrimas. ¿Quién diría que la música podría hacer eso?

No escucho a menudo la Quinta de Shostakóvich en estos días, pero, siempre que lo hago, esa misma oleada de hormigueo recorre mi columna vertebral, esa alegría que me lleva de regreso a mis veinte años, cuando entré en un mundo completamente nuevo.

LA PUNTO AZUL

*Javier Guadarrama*

(Pintor. México)

No recuerdo el año ni recuerdo el día, lo que sí recuerdo es que era agosto porque fue con motivo de mi cumpleaños, tal vez el cuarto o el quinto. Fue en la casa de mis bisabuelos maternos en Pololcingo, un pueblo al norte del estado de Guerrero y muy cercano a la ciudad de Iguala de donde soy originario; solíamos pasar ahí algunos días con cierta frecuencia durante el año, pero ese día fue diferente.

Tampoco recuerdo qué hora era, estaba oscuro aún, me despertó el sonido de la música. En el pueblo de mi mamá se acostumbraba despertar a los cumpleaños muy temprano al son de “Las Mañanitas”. Yo estaba entre adormilado y sorprendido, y poco a poco fui entendiendo de qué se trataba. Lo que siguió después fue una auténtica pachanga con mucha música de rocanrol en inglés y en español.

De la fiesta no recuerdo muchos detalles, pero recuerdo vívidamente la experiencia en general y la música en particular; supongo que entonces me gustaba bailar porque entre mis papás y mis tíos me animaban a hacerlo, y yo feliz de complacerlos. De esa ocasión no tengo en la memoria alguna canción en particular, pero sin lugar a dudas fue a partir de ese momento que inicié mi relación más consciente con la música.

En mi casa sólo escuchábamos música en la radio, en Iguala solo había dos estaciones de AM, en especial recuerdo la música por las mañanas, antes de irme

a la escuela y después por las tardes en el taller de mi papá. Ahí había un tocadiscos portátil que se sacaba de un estuche rígido en forma de veliz de color verde y blanco, lo cual me parecía un acto de magia.

Para entonces, mi papá, quien es hojalatero, tenía un ayudante, Cuco, que siempre llevaba discos que le prestaban sus vecinos y amigos. La mayoría eran de bandas de rocanrol de los sesentas y toda la música que Cuco llevaba me gustaba; pero había una banda que era mi favorita me gustaba por sobre todas las demás: Creedence Clearwater Revival.

Cuando hizo su aparición en casa nuestra primera consola, una Punto Azul con sonido estereofónico, para mí fue todo un acontecimiento: tenía un sonido increíble comparado con el del tocadiscos que escuchábamos en el taller de mi papá. Para entonces yo tenía entre diez y once años y había empezado a jugar a que trabajaba y mi papá a que me pagaba. Con el dinero que él me daba pude ahorrar para comprar mi primer disco de vinilo, el sencillo de 45 revoluciones por minuto *Have you ever seen the rain* de Creedence Clearwater Revival.

Considero que en la vida todos tenemos deudas impagables. Con Cuco, sin duda, tengo una de éstas: la influencia musical que me heredó. Hasta la fecha sigo escuchando la música de los Creedence con nostalgia y cariño, como la primera vez que la escuché en la Punto Azul.

## MECANO Y LA POESÍA

*Javier Moro*

(Escritor. Colombia/México)

Mis padres se casaron en un pequeño pueblo de la selva colombiana, Paujil. Poco tiempo después llegamos a vivir en la Ciudad de México a un departamento en la colonia Lomas de Sotelo, por el Toreo de Cuatro Caminos.

Mis padres me inscribieron en la primaria de los Salesianos que se encontraba por el rumbo. Sin embargo, en 1985 mi padre perdió la primera agencia de viajes que había formado, pues en el sismo el edificio en donde se encontraba la oficina se dañó. Nos mudamos a Tlatelolco, pero mi madre decidió que lo mejor era que siguiera estudiando en la misma escuela. Todas las mañanas teníamos que salir temprano para llegar a tiempo.

Mi madre nos despertaba con la estación de radio de Estéreo Joya, en donde después de cada canción daban la hora exacta. Un martirio que nos ayudaba para saber que teníamos que salir a las 7:15 en punto para llegar a las 8 a la escuela. Muchas veces no lo lográbamos.

Sin embargo, por alguna extraña razón la canción que según mis recuerdos sonaba exactamente entre 7:13 y 7:16 todas las mañanas era “Cruz de Navajas” de Mecano. Terminé aprendiéndome de memoria la letra de la canción. Aunque no entendía muy bien la canción, pero el verso de “Los drogadictos en plena ansiedad” me parecía muy extraño a mis ocho o nueve años. Además, la canción desentonaba con la programación del pop mexicano de los años ochenta, que

era triste, desgarradora, concentrado en el amor como un territorio de perpetuo sufrimiento.

Unos años después, trabajaría como “cerillo” en el Walmart de Plaza Tepeyac durante mis vacaciones de verano. Con lo que ganaba de propinas me compraba acetatos y *cassettes*. Así fue como me compré el disco Aidalai de Mecano, que contenía canciones de homenaje al Dalai Lama o inspiradas en la poesía de Gertrude Stein. Recuerdo que una noche, deprimido por la chica que me gustaba de la secundaria, me puse a copiar varias canciones del disco en mi cuaderno de matemáticas. Algunos de los versos me sorprendieron. Así me inicié en la poesía: copiando versos de amor de los discos que me gustaban. A partir de eso, empecé a escribir mis propios versos.

## UNA NIÑEZ WAGNERIANA

*Luciano Pérez*

(Escritor, traductor y germanista. México)

Las nieblas de mi primera infancia se despejan en mi memoria junto con las nieblas del río Rhin, ahí donde los nibelungos, los hombres de la niebla, solían otrora guardar un inmenso tesoro. Mis primeros años fueron marcados por el comic y la televisión, de modo que todo era para mí aventuras: en el espacio, en el Oeste, en la selva, en la guerra mundial (ésta había terminado doce años atrás y todo el mundo hablaba de ella). Tenía yo mis ejércitos de plástico, montones de soldados, de vaqueros, de indios, de caballos, de cañones, de tanques, de animales salvajes, de aviones, de naves espaciales. Lo que necesitaba era el fondo musical, el *soundtrack* que le diera a ese mi mundo de titanes planetarios y comandos esforzados el estímulo para el heroísmo y pundonor de mi imaginación, así como los viejos griegos iban al combate impulsados por música de flautas y los romanos con clarines.

Eso se logró con las composiciones de Richard Wagner, de quien mi padre, militar de profesión, era devoto seguidor. Entonces no sabía yo que estos tempestuosos sonidos atacaban los nervios de algunas personas, y no era necesario que supiese que lo consideraban un *kitsch* maldito. Mi padre ponía en el tocadiscos *La cabalgata de las Valkirias*, la obertura de los Maestros Cantores de Nuremberg, *El viaje de Sigfrido a través del Rhin*, la marcha fúnebre de *El Crepúsculo de los Dioses*, la obertura de *El Holandés Errante*, el preludio al acto tercero de *Lohengrin*. Por ahora todo instrumental y fragmentario. Mi padre me

dijo que más adelante, cuando estuviese más grande, escucharíamos juntos las óperas completas. Eran discos difíciles de conseguir, y a veces pescábamos algo en el radio. Tal fue la música de mi infancia, y cuando jugaba con mis amigos tarareaba las melodías, muy útiles éstas para que mis apaches expulsasen de sus fuertes a los invasores caras pálidas, y mis prusianos no se amilanasen ante la embestida napoleónica, y mis mexicanos acabasen con El Álamo. Mis amigos me creyeron loco, pero entendieron que algo había ahí de acicate para no rendirse nunca.

Entonces no podía leer, y mis padres tenían que darme a saber lo que decían los cómics. Hubo uno de éstos que me impresionó mucho, que sigue presente en mi recuerdo como algo muy querido, y era sobre la historia de Sigfrido. Así fue como me enteré de la epopeya de los nibelungos, que se enlazaba directamente con Wagner, y mi padre me platicaba mucho de este controvertido compositor y del mundo heroico que exaltaba. Tal fue mi inicio en la cultura. Por supuesto que no fue la única música que escuché, pero fue la primera. El rock de los años sesenta iría llegando y sería muy importante, pero eso sería ya en mi época adolescente. Mi padre falleció en mis quince años y ya no pudimos estudiar juntos las óperas wagnerianas, lo cual haría yo después en un contexto más amplio, donde ya estarían presentes Nietzsche y los griegos. Wagner fue el tesoro que mi padre me dejó como herencia, y como dragón Fafner lo he conservado celosamente hasta la fecha. A lo largo de mi vida hubo tenaces Brunildas y agridulces Krimildas que me lo han querido arrebatar, sea para destruirlo o para quedárselo, pero no lo he permitido, y a la edad que tengo ya no hay más aventuras para mí, salvo las de mis recuerdos infantiles a la orilla del Rhin, en la alfombra mágica de mi casa.





*HOPELESS*

*Debbie L Tan*

(Dramaturga, animadora y editora. Filipinas)

Traducción de Claire Joysmith

Fue cuando la película *Grease* estaba en los cines en Manila y tuvo un éxito apabullante. Yo estaba en el cuarto grado y el romance y el sentimiento de la canción “Hopelessly Devoted to You” me llegó de lo más profundo. Olivia Newton-John lo cantaba de manera hermosa y su personaje, Sandy, estaba perdidamente devoted (es decir, lealmente entregada a y adoradora de) Danny. Ellos representaban el epítome de la perfección y por eso el concepto de lo romántico se arruinó para mí. Porque, ¿cómo podría la vida real compararse con tal grado de lealtad?

La combinación de las palabras *hopelessly devoted* fue y todavía sigue siendo de lo más profundo para mí. A los diez años, escuchaba de manera obsesiva en la radio para estar alerta y presionar Record en la cinta del cassette. Luego, escuchaba la cinta y escribía la letra. Eso lo hice sobre un papel para carta color rosa que guardé durante muchos años.

La mayoría de mis compañeras de clase en el colegio cantaban y bailaban al ritmo de *Grease*, así que no me sentía rara sabiendo que me gustaba demasiado “Hopelessly Devoted to You”. Ellas fingían ser Sandy y algunas chicas fingían ser Danny, era una inocente dramatización, un simple *role-playing*. Ellas imitaban el caminar muy cool de Danny y se cantaban entre ellas. Recuerdo que al verlas me

reía con ellas. Yo no era buena para eso —no podía cantar ni bailar— y era una introvertida —tímida y retraída— pero disfrutaba de su diversión.

Al pensar ahora en la música me acuerdo de mi padre, quien murió en 2018. Él alentó mi apreciación por la música. Era un entusiasta que, durante su juventud, había equipado un cuarto en la casa de su padre exclusivamente para la apreciación musical. Él tenía colecciones de discos vinílicos y, más tarde, cassettes o cintas. En nuestra casa siempre había radios y tocacintas pues él los compraba con la finalidad de que en caso de descomponerse alguno, jamás nos quedáramos sin algún otro que lo reemplazara. En los ochenta, durante la segunda invasión musical británica, él solía llevarme regularmente a las tiendas de música y me compraba cintas de mis cantantes favoritos. Claro que fue él quien me compró mi primer Sony Walkman y mi primer boom box.

Mi padre, mi madre, mis tres hermanos y yo, todos teníamos gustos musicales diferentes. Yo era la más chica y había seis años de diferencia entre mi tercer hermano y yo. La siguiente canción que grabé, justo después de “Hopelessly Devoted to You”, y de la cual me aprendí la letra, fue “Lady” de Kenny Rogers. Yo no lo conocía y tampoco sabía que él gozaba de popularidad en la música country. Yo solo sabía que me gustaba la canción y la voz rasposa del cantante. La canción tenía el mismo mensaje de adoración y de lealtad absoluta y pura que tenía “Hopelessly Devoted to You”. Ninguno de los miembros de mi familia entendía por qué me gustaba “Lady”. Al pensar ahora en mis elecciones me doy cuenta que esos fueron realmente los cimientos de mi concepto del amor, es decir, ser leal únicamente a una persona que fuera leal. Como ven, algo muy difícil de lograr y para nada realista.

“*Lady, I’m your knight in shining armor and I love you*”, así iba la letra de la canción. En mis años veinte tuve la oportunidad de ver en vivo unas armaduras brillantes expuestas en el museo Smithsonian, en Washington, D.C. Eran hermosas y de tamaño real; la canción me regresó de súbito pues literalmente estaba yo entre brillantes armaduras de caballero de diseños variados, pero estaban vacías. Quedé muy asombrada, deambulando sola por la exposición, tal vez porque se acercaba la hora en que cerraban. Debo admitir que fue un poco siniestro; bueno, por lo menos tuve oportunidad de imaginarme cómo se veían los caballeros en el pasado.

Nadie a quien yo llegué a conocer pudo ser el gentilhomme adorador, ese “caballero” adorador, y nadie pudo expresar su devoción como lo hizo Sandy hacia Danny. En mi vida, jamás encontré a quienes le cantaban Olivia y Kenny. El único caballero que tengo en mi recámara se encuentra en un grabado enmarcado de la obra *Lunch Break* de Norman Rockwell —en donde se ve a un hombre tomándose un descanso, sentado sobre la tarima de un expositor en donde está un caballero armado subido en su caballo, también armado—, una ilustración que originalmente apareció el 3 de noviembre de 1962 en el *Washington Post*.

## DE VIEJAS Y VIEJÍSIMAS MELODÍAS: LOS DOORS Y HAENDEL

*Morelos Torres Aguilar*

(Escritor e historiador. México)

Recuerdo bien que al final de mi infancia, decidí invertir mis exiguos ahorros en la compra de dos discos de vinilo. El primero, fabricado especialmente para esos curiosos aparatos cuadrafónicos —que desde luego yo no tenía—, era una selección del grupo The Doors. El segundo, un título del sello Deutsche Grammophon, con obras de Georg Friedrich Haendel, dirigidas por Karl Richter. Adquirí el primero para apropiarme de la famosa melodía “Light my fire” —que escuché incesantemente en emisoras comerciales desde edad temprana—, y el segundo, porque contenía algunos conciertos para órgano y orquesta, y entre ellos el número 12 (*Opus 7, número 6*) —que había yo escuchado una y otra vez como rúbrica del programa “Radio UNAM en el mundo”, de ilustre memoria—.

Ambas interpretaciones me llenaban de honda emoción, a pesar de la disparidad de sus estilos, y más allá de la distancia temporal existente entre las épocas en que habían sido compuestas y ejecutadas. De una parte, Haendel representaba una de las cúspides más pronunciadas de la música barroca, junto con Bach, Vivaldi, Corelli, Geminiani y Telemann, entre tantos otros compositores que abundaban en la época. De la otra, Morrison, Manzarek, Krieger y Densmore formaron parte de una amplísima generación de músicos que modificaron para siempre la música de su tiempo, mediante grupos como The Beatles, The Rolling Stones, The Kinks, The Zombies y The Who, por

mencionar sólo algunos de los más conocidos. Así que el hecho de colocar aquellos discos en mi vieja tornamesa con aguja de zafiro o de diamante, me permitía rendir homenaje a todos aquellos compositores y cantantes que eran capaces de transportarme a desconocidos territorios, desde las alturas de su inspiración.

Desde esa edad temprana, mi gusto musical quedó prendado de ambos estilos. Por una parte, la pasión por el Barroco me ha acompañado siempre, y gracias a ella pude descubrir, con el paso de los años, compositores de distintas nacionalidades que escribieron sus partituras y ejecutaron sus melodías durante la segunda mitad del siglo XVII y la primera del XVIII a lo largo y ancho de Europa y América. Y por la otra, encontré en los años sesenta del siglo XX una década maravillosa, llena de creatividad y de innovación, alimentada por grupos de rock cuyo número parece inagotable, pues cuando parece que uno ya los ha escuchado todos, surgen de pronto en internet —en youtube, por ejemplo— novedades que nos demuestran que el pasado puede ser a veces tan sorprendente y tan inesperado como lo es el porvenir.

“Infancia es destino”, escribió alguna vez Sigmund Freud, y con razón, pues con aquella música de infancia, quedaron sembradas en mi vida las raíces de dos árboles que desde entonces han dado fruto, sombra y colorido a mis vivencias y a mis ideas. De allí partí con entusiasmo hacia el conocimiento de la música, y hacia la admiración que se siente por los compositores. Y aún me parece sorprendente que el gusto musical no constituya sólo una forma individual y solitaria de percibir el mundo a través del oído, sino también una actitud social, que permite al oyente encontrarse con muchas personas con las cuales uno se encuentra conectado, vinculado vitalmente, al compartir entre todos, las mismas emociones, al escuchar las mismas melodías.

¿Qué fue de aquellos discos que compré cuando era niño? Pues terminaron por perderse en los indescifrables y oscuros caminos de las mudanzas. Pero la música que habitaba en esos negros y redondos platos de vinilo, nunca se perdió. Sigue resonando aún en mi mente, y forma parte de cuanto he soñado, y cuanto he sentido; es, junto con las apasionantes lecturas y las inolvidables películas, aquello que me ha alimentado, y aquello que he compartido.

De momentos especiales

*FÜR ELISE*

*Agustín Cadená*

(Escritor y académico. México)

Tenía once años cuando terminé la primaria. Además de haber sido abanderado y graduarme con honores, gané el concurso de aprovechamiento de toda la zona escolar. El “premio” fue que me llevarían a la Ciudad de México a saludar al presidente de la República, Luis Echeverría Álvarez. En vista de tan gran honor, algunas personas notables de Ixmiquilpan se interesaron en mí. Una de ellas fue un prócer local que tenía un primo rico en la capital. Este primo llamó por teléfono a mis padres, no a nuestra casa porque nosotros no teníamos una línea, sino a la tienda de al lado. Era para ofrecerme hospedaje en su casa a mi llegada a la Ciudad de México, sólo la primera noche porque ya luego la Secretaría de Educación Pública se encargaría de mí. En aquella época uno no desconfiaba de las personas.

Así que me encontré, por primera vez en mi vida, en una casa rica. Todo me dejó boquiabierto: la escalera alfombrada con su barandal de madera, el piano de cola, el despacho lleno de libros, la enorme cocina donde una mucama en uniforme me hizo un sandwich delicioso. Y aún me faltaba lo más bello, que llegó después de la cena. Era la hija menor de los señores, una niña como de mi edad a quien llamaron para que tocara el piano. Bajó por la elegante escalera. Tenía el pelo largo, castaño claro, rasgos de niña fina y un vestido color pastel que ahora, viendo la escena en perspectiva, me doy cuenta de que no era un vestido sino un camisón para dormir. Y me sonrió y se presentó y enseguida se



sentó al piano. Yo nunca había visto un piano de cola, mucho menos una niña capaz de tocarlo. Tocó *Para Elisa*.

A mi edad he llegado a saber que *Para Elisa* es una pieza relativamente fácil, para estudiantes que empiezan. Pero en ese entonces me conmovió como la música más sublime en la ejecución más virtuosa del mundo. Aunque no lo hice consciente en ese momento, sospecho que la niña me recordó ese cuadro de Renoir, *Señoritas tocando el piano*, que yo conocía y admiraba por influencia de mi tío Evelio, el pintor de la familia.

Mi señorita renoiriana no tocó más que eso, aunque yo hubiera querido que siguiera tocando hasta el día siguiente, hasta la semana siguiente, siempre. Me fui a dormir ya sin poner atención a los lujos de la casa. Ni siquiera recuerdo cómo era la recámara que me dieron. Estaba en éxtasis por la música.

Al día siguiente me despertaron temprano para llevarme en coche a la Secretaría de Educación Pública. Nunca volví a ver a aquella familia. Ni siquiera recuerdo el nombre de la niña. Han pasado más de cuarenta años y ya no queda nadie a quien preguntarle qué fue de esas personas. Pero cada vez que escucho *Para Elisa*, vuelvo a ver en mi mente los cabellos castaños, el “vestido” color pastel, los bellos ojos concentrados en el cuaderno de partituras. Quizá no eran bellos. No importa. Quizá la niña no tocaba bien y no siguió haciéndolo; se casó y se olvidó del piano. Tal vez aquélla no era una casa rica; sólo era diferente a las casas de mi pueblo. Nada de eso es asunto mío. La memoria es otra cosa. La memoria sabe decir mentiras que parecen verdad y eso es suficiente.

CONGA, CONGA CASCANUECES

*Nacho Casas*

(Escritor y narrador oral. México)

Tenía alrededor de siete años cuando el tío Cocho se mudó a vivir a una casita que estaba junto a la nuestra, separada únicamente por un pequeño jardín. Ahí, bajo una bugambilia vivía mi amigo imaginario quien se autonombró, Puck. En aquella casita había libros, acuarelas, olor a chileatole y siempre estaba encendida la radio en la XELA, “Buena música desde la Ciudad de México”.

En la cocina de nuestra casa, que daba al jardín, la jacarandosa Tomasita, al tiempo que cortaba cebollas o limpiaba frijoles, escuchaba música tropical y cantaba “conga conga que siga la milonga”.

Puck y yo solíamos imitar los sonidos de las campanas que identificaban a la XELA, pling plung plang plang, aunque con frecuencia se colaba en nuestro juego la conga de Tomasita.

Pasó algún tiempo, hasta que el tío Cocho me invitó a escuchar un concierto en el Palacio de Bellas Artes. Lleno de emoción me puse mi traje de pantaloncillo corto con todo y corbata y hasta boleé mis zapatos, pues desde que supe que iríamos a un Palacio, me imaginé que ahí podría encontrar a un rey, una reina y con suerte hasta una princesa.

Nos trepamos al coche, un moderno Valiant descapotable que me hizo sentir como estrella de cine.

Caballos alados, serpientes blancas y la escultura de una perrita de mármol nos dieron la bienvenida. Esta última cautivó a Puck quien brincó de la bolsa de mi pantalón para irse a jugar con ella al pórtico del Palacio.

El tío y yo entramos a la sala principal. Las butacas de terciopelo y los brillitos del telón de cristal con los dos volcanes me dejaron sin habla. Rato después, miré cómo los músicos entraron y comprendí que no iba a encontrar un rey ni una princesa, pero sí música en vivo.

Luego de que los maestros empezaron a afinar sus instrumentos apareció el director, tomó la batuta y en ese momento, justo antes de iniciar la obertura de *El Cascanueces* de Tchaikovski, miré que Puck apareció entre flautas y violines. Yo también quiero estar ahí, me dije y sin pensar corrí hacia el escenario.

Sentí un silencio pesado, pero no me importó, me trepé al foro, me dirigí al grupo de las percusiones y, sin más, le di duro al bombo al tiempo que canté “conga conga que siga la milonga”. Escuché algunas risas alegres mientras el director se acercó, me tomó de la mano y me bajó del escenario dándome un pequeño aplauso. Mi amigo se hizo chiquito y se metió a la bolsa de mi saco espiando desde ahí.

Congas, cumbias, mambos, sinfonías, sonatas y conciertos siempre están en mi vida pues cuando toco un instrumento, me subo a un foro e incluso cuando escribo, mi amigo imaginario regresa para jugar, hacer traHolavesoysuPuckras, cancontarga conjungatos y dicascaaaavernueeeetirceesnos.

## LA MÚSICA ES MI MOMENTO MÁS EGOÍSTA

*América Femat*

(Poeta y editora. México)

“La música es mi momento más egoísta”, eso se leía hace unas semanas en uno de los muros grafitados de la colonia centro. Estuve pensando en la frase y, exactamente no sé por qué, lo relacioné con el chico de la secundaria al que le gustaba tocar las piernas.

Recuerdo que, en una ocasión, en la clase de cómputo, la máquina no prendía y lo enviaron a sentarse junto a mí; no pasaron ni cinco minutos cuando su mano se deslizó hasta rozar una de mis piernas, luego el peso de sus dedos fríos y largos se acomodaron en el hueco de una de mis rodillas; disimulaba mirando la máquina que se encendía, yo cruzaba las piernas apartándome; él insistía inclinando su cuerpo para rozarme.

Francamente no sé por qué no dije nada; únicamente me levanté y pedí permiso al profesor para salir a tomar agua. Me dirigí a la dirección con el pretexto de pedir un cono para el dispensador, ahí se hallaba un reloj de pared con chicharra que avisaba el cambio de clase; como ya me empezaban a ver raro, salí de la oficina y permanecí alrededor de veinte minutos escondida en el baño.

No hubo otras ocasiones; pero, sí llegué a observar como lo intentaba con otras compañeras; exactamente la misma maña aprendida: inclinaba su cuerpo hasta rozar con sus dedos las piernas o las rodillas; incluso, si lo hallaba complicado, podía tirar los lápices al suelo para recorrer con más precisión las piernas de las jovencitas. Hoy que me viene a la memoria, y me divido entre el

enojo y la risa, no me sorprende que, con todo este asunto de las redes sociales haya encontrado su perfil; aquel puberto degenerado es hoy en día, concertista de piano.

He intercambiado charlas con él en el chat, y me parece que sospecho la relación compleja entre su piano y él; me ha dicho que el piano es como su amor secreto, “¡qué gran detalle!”. Entonces, comencé con mis historias: imagino, que cuando sus dedos se deslizan sobre el peso de las teclas; quizás en ese momento, le parece sentir las piernas mías y de mis compañeras; pienso que el roce le provoca algún registro de nota dulce o salada.

El muro grafitado con la frase regresa a mi mente: “La música es mi momento más egoísta” y creo que lo es; para él y para mí. Doy por resuelto que este juego de imaginar se está volviendo intrascendente, porque no debería importarme la relación pervertida que tiene él con su piano; no debería pensar en ningún registro que pueda perfilarse en los ecos de su mente y no me atrevo a preguntarle nada más; todo termina, siempre, en una banal charla de *chat*. En cambio, me gusta sentir el refugio que me dan estas memorias; son sólo mías: un secreto, un momento egoísta.

## GUITARRA

*César Gándara*

(Escritor. México)

Era joven, y la vida me plantaba cara como un monstruo informe dispuesto a devorarme. Había terminado la preparatoria y no sabía qué estudiar. Mi madre quería que me inscribiera en administración de empresas, pero a mí me agradaba más la idea de ser músico, o estrella porno. Tenía una modesta colección de videos donde grabé mis encuentros eróticos con algunas chicas sin que se dieran cuenta. Cubría la cámara con una toalla y dejaba rodar la cinta hasta agotarse. Bueno, la verdad nunca lo hice, pero es una fantasía que me agrada imaginar como verdadera. No era muy bueno para eso del ligue.

A finales de ese verano pasé por una crisis que me hizo pensar en mi futuro. No sé. Me parece que influyó mucho la noche que escuché a Raquel tocar la guitarra. No la veía desde la secundaria, pero esa noche los dos habíamos ido a un concierto de rock. Ella andaba muy borracha. Siempre andaba así. La sacaban cargando de las fiestas; me dijeron que una vez rodó por las escaleras y se quebró una pierna y ni siquiera lo recordaba. Aquella noche andaba tomada, pero consciente de lo que hacía. Bebíamos en el cuarto de un amigo, sentados sobre la cama. Ella observó el instrumento arrinconado junto a un ropero. Tomó la guitarra y comenzó a tocar. Estudiaba en la escuela de música de Santa Gracia, y la consideraban una promesa como guitarrista. Nunca había escuchado algo parecido. No era rock, para nada, pero tampoco era la musiquita melódica y armoniosa que me venía a la mente cuando pensaba en música clásica. Era algo

con mucha energía, pero a la vez melancólico. En otros momentos era agresivo y disonante. Tocaba la guitarra con ternura y parecía hacerla llorar. Luego la maltrataba y salían gruñidos de la boca del instrumento. Estaba convencido de que la guitarra iba a hablar. Justo antes de que lo hiciera, Raquel dejó de tocar y se puso a beber.

Era el segundo movimiento del *Decamerón Negro*, de Leo Brower: “La huida de los amantes por el Valle de los Ecos”. Cogió la guitarra de nuevo y me dijo: Escucha, este es el tema principal. Ahora escucha cómo se va repitiendo y mezclando consigo mismo en diferentes registros. Era como un eco; como la historia del Principito en las montañas. “¿Quién eres tú?”, preguntaba el Principito. “Quién eres tú, quién eres tú, quién eres tú”, le respondía el eco. De niño, mi madre me leía ese libro todas las noches y la parte del eco era la que más me gustaba. Mi madre había trabajado de secretaria, pero al enterarse de su embarazo renunció para cuidarme. Nunca pude sacarle algo que me ayudara a responderme la pregunta que me acosaba. Las preocupaciones de mi madre eran de otro tipo: pagar la renta, los servicios y la vida que cada día está más cara. Cada primero de mes me mandaba a su antiguo trabajo. Yo subía hasta el tercer piso, a la oficina de su ex jefe, y pedía hablar con él. Nunca me recibió. La secretaria se metía a la oficina del “Licenciado” (así, con mayúscula) y salía con un sobre en blanco, cerrado, que me entregaba y yo se lo llevaba a mi madre. Ella lo hacía rendir todo el mes.

Cada vez que iba a recoger el sobre, tenía la esperanza de hablar con mi padre. No mucho, lo suficiente para averiguar algo sobre su vida. Cualquier cosa que me ayudara a contestarme la pregunta que me perseguía desde chico, la pregunta que me hizo por primera vez aquel libro y que ahora se repetía

persiguiéndome en la interpretación de “La huida de los amantes...”, mi propia escapatoria en el eco de aquellas montañas que me impedían mirar qué había del otro lado: ¿Quién chingados eres tú? La pregunta frente al espejo. Ahora lo recuerdo con nostalgia, me da ternura ese joven que era yo, tan lleno de esperanzas e inocencia. Pero ya no importa. La vida se volvió una realidad y hay que llevarla a cuestas.

Aquella noche vi la guitarra de otra forma a la que estaba acostumbrado. Fue mi primer acercamiento con otra realidad, tan distinta y tan lejana, pero tan mía. A partir de entonces la amé, porque mientras la escuchaba me sentía desahogado de la vida; porque a través de los acordes, de la melodía y la polifonía creadas con sus manos, lanzaba la pregunta —la dichosa pregunta sin respuesta— de la única manera que podía ser escuchada por alguien, quien sea.



## EL CUADRO

*Rubén García García*

(Escritor y médico)

El bunker del abuelo era inaccesible. Pero era más grande mi curiosidad. Disfrutaba con placer un cuadro de tonos oscuros que contenía un bosque de pinos y en el centro la luz dulce de la luna. Una Mujer espigada con vestido rojo entallado tocaba el violín con gestos emocionados. Un día, pensando que no estaba, escuché desde el fondo: ¡Pásale!

¿Te gusta lo que vez? moví la cabeza. Un día si te aplicas será tuyo. ¿Qué te gusta?, apunté hacia la pintura. Tienes buen gusto. Quédate. La próxima vez que quieras venir, avísame, y no entres como cualquier ladronzuelo. Al abu le gustaba leer y escuchar música en un aparato modular.

En el cuadro ella se veía espigada, ojos negros, cejas oscuras y finas que casi se unían en el centro de una nariz recta. Un vestido rojo entallado a sus caderas y el violín recargado en su largo cuello. Atrás una cabaña, una hoguera y una luna plena, Cerca un pinar. Por coincidencia las veces que estaba el abuelo escuchaba una melodía de violín que después supe se llamaba *Csárdás*. “es música húngara, me dijo”.

Algunas veces me soñé dentro del cuadro y la vi haciendo sonar el violín con pasión. En el último sueño que recuerdo percibí amabilidad en sus ojos. Despertaba agitado, sudoroso. Se fueron los sueños y me quedó la melodía que me llevaba a lo soñado.

Salí del pueblo para continuar mis estudios y se fueron los años, me casé, me divorcié y para mitigar el duelo me inscribí a un club de senderismo que me ayudó a olvidar mi fracaso. Cada fin de semana salíamos a las afueras de la ciudad. Un día me retrasé para observar un racimo de hongos rojos y brillantes, no resistí la tentación y los probé, para luego escupirlos con preocupación. Cuando busqué al grupo no estaba. La tarde se hizo oscura y no escuchaba ni pisadas ni voces. El pulso me golpeaba las sienes. Grité varias veces y solo el piar de las aves respondía.

Encontré una vereda y la seguí. El bosque se hizo más claro y apresuré el paso. Distinguí una choza, salió una mujer madura, morena y delgada, le pedí que me orientara. Se sonrió y me invitó a pasar. En la cama había un violín. " Es de mi hija. Será difícil que se vaya, la noche no tarda". Tomaba agua, escuché el ruido de la puerta que se abría y la señora se adelantó. "Tenemos un invitado" Me presentó a su esposo y a su hija, que la percibí como una conocida de años.

Me dicen los amigos que me encontraron entre la hierba, inconsciente y que estuve dos días internado en el hospital. En mis adentros no lo creía, sentí que había vivido media vida.

Por una razón que desconozco me quedé con ellos. Aprendí a dibujar escuchando de ella sus dotes de violinista, y bajo la supervisión de su padre logré por fin controlar el pincel. Con ella caminé disfrutando su presencia y su belleza. Salíamos fuera de la cabaña, veíamos la luna entre los pinares sin decir nada. Las miradas, nuestra piel, ese roce inefable. Compartir mi vida con ella para siempre. Inicié mi tarea, cuando lo terminase le diría que fuese mi esposa. Nunca estaba satisfecho. Sé que las aves migraron, que volvieron las mariposas y

un día, antes de enseñarle lo terminado, nos encontramos en la hierba y nos rodeamos tan profundamente que logramos la intensidad de ser uno. ¡Qué lejos se oía el canto de las aves!

Aun por la mañana cortamos pitahayas y cuando quedamos solos la llevé a mi taller, quité la sábana que cubría el cuadro y fue en ese momento de exclamación intensa de ella, que bien parecía un gemido hacia adentro, que recobré la conciencia en este hospital.

He regresado al Bunker, el abuelo me dejó un recado. ¡Disfruta de lo que hay!, decía. El recado escrito con su puño y letra estaba insertado en el cuadro que de niño veía. Al prender el viejo modular escuché la melodía que ella tocaba mientras su madre con paciencia me enseñaba a dibujar.

## POLIETILENO

*Alfredo García Valdez*

(Poeta. México)

Fue en tercero de secundaria, creo, cuando compré mis primeros discos. Fue una tarde de mediados del año de 1979, y en la tienda no había más cliente que yo, de manera que el olor de los acetatos y del polietileno que los envolvía y los sellaba se extendía por el ámbito, como el aroma de una bestia artificial. El espacio no tenía aire acondicionado. Con los dineros que me había ganado como lavaplatos ese verano, compré dos elepés, bien lo recuerdo; “Hey” de los Beatles y otro que contenía selecciones del ballet *Coppelia* de Delibes, así como una versión del *Fausto* para ballet, obra de Charles Gounod. No recuerdo cuál era el lado A y cuál el lado B. Hasta ahí llegaba el saber musicológico de un pinche de cocina.

La tienda de discos -dejaron de existir, como las propias librerías- vendía asimismo instrumentos musicales. Colgaban de la pared un saxofón, un requinto, una flauta, un acordeón: lo necesario para que Chopin pudiese componer una polka en la nortea ciudad de Saltillo. En el rincón, como un monumento discoloro y abatido, estaba una batería, con sus tambores y platillos. Había asimismo decenas de discos de polkas para acordeón solo, sin letra: esa forma bachiana de parafrasear el infinito, de competir con él, de prolongar las funciones del seno y el coseno -por decirlo así-, en un espacio magnético e igualmente ilimitado. El nombre del establecimiento no dejaba nada a la imaginación: se llamaba la Casa de la Música. La muchacha que me cobró los

discos —sólo estábamos ella y yo en ese ámbito, que por reducido no era menos infinito— guardó los elepés en una bolsa de polietileno estampada con las siglas de la tienda. Tenía unos tres años de edad más que yo. Llevaba un uniforme azul marino, como los que actualmente usan las dependientas de la cadena de tiendas de electrodomésticos Coppel. Los vellos de su antebrazo se electrizaban y se pegaban al polietileno que recubría los discos, luego al de la bolsa en que los guardaba. Como si su piel le prestase aroma a ese olor del todo artificial, no sólo humanizándolo, sino feminizándolo también.

Esa tarde, bauticé a la linda dependienta como Coppelia.

Ella fue durante media hora la cálida, la pegajosa, la musical piel de un fluido de ectoplasma erguido, ovalado, ondulante. El peso suave y rotundo de un fantasma de carne y hueso.

## UNA VISITA AL PALACIO DE BELLAS ARTES

*Judy Goldman*

(Escritora. México)

El Palacio de Bellas Artes, en el centro de Ciudad de México, es uno de mis edificios favoritos y he ido muchas veces en mi vida sea para simplemente verlo y disfrutarlo por fuera y, cuando he entrado, fue (y es) para escuchar a músicos como Rugiero Ricci, Sarah Vaughn y varias orquestras nacionales e internacionales. También he visto varias veces espectáculos como del Ballet Folklórico de Amalia Hernández y el show de Marcel Marceau (ya con mi esposo y mis hijos). Además, es el lugar donde he visto magníficas exposiciones de artistas mexicanos y extranjeros. Es un edificio muy bello y el recinto cultural más importante de México.

De niña recuerdo que fui con la escuela a un par de matinés de obras teatrales infantiles, pero, con mis padres y hermano, fui una vez en circunstancias diferentes. En esos tiempos, cuando yo estaba, creo, entrando a la adolescencia, ir a Bellas Artes en la noche era un evento singular, especialmente porque nos sentaríamos en la planta baja. Mi mamá y yo nos pusimos vestidos elegantes y mi papá y mi hermano fueron de traje y corbata. Imposible, como hoy en día, ir de jeans, una sencilla blusa del diario y zapatos tenis: visitar Bellas Artes era toda una aventura y uno se vestía apropiadamente.

Aquí hago una breve pausa para comentar que en casa mis padres tenían una extensa y ecléctica colección de discos LP. Había desde música contemporánea en español e inglés, óperas y operetas, música clásica (muchos

de ellos de la Deutsche Grammophon) así como de las obras musicales de Broadway y rondas y cuentos infantiles, algunos con las historias de Cachirulo Alonso, los de Cri-Crí y otros de Disney, como *Pinocchio*, *Alicia en el País de las Maravillas* y *Cenicienta*, que incluían el libro con el cuento. Esos los escuchamos mi hermano y yo tantas veces que nos aprendimos los cuentos y las canciones de memoria. Una vez que mis padres me enseñaron a usar la tornamesa, no era nada raro que pasara horas escuchando cuentos y música de todo tipo.

La verdad es que ya no recuerdo muchos detalles de esa visita a Bellas Artes. Hablé con mi hermano, mayor que yo, y le pregunté qué recordaba de esa visita, pero algunas de nuestras memorias resultaron ser diferentes pues, por ejemplo, yo recuerdo que nos sentamos hacia el lado derecho y él me dijo que nuestros lugares estaban a la izquierda. Recuerdo el vestido que me puse y me parece que había algunas mujeres vestidas de largo y hombres con elegantes trajes negros. Seguramente muchos de ellos fumaban pues, en ese entonces, me imagino que era permitido. También sé que estuve observando a la gente en los pasillos y en los palcos y viendo los detalles de la decoración y las pinturas en el techo del palacio.

Una vez que nos sentamos en nuestros lugares, empezó la magia pues escuchamos a la orquesta afinar sus instrumentos y un rato después subió el telón (no recuerdo si era el vitral de Tiffany's, que es una maravilla, o la de terciopelo) y empezó la música de *Madame Butterfly*.

Después de tantos años no recuerdo los nombres de los cantantes y muchos detalles están perdidos para siempre, pero creo que eso no es tan importante al fin y a cabo. Lo que me viene a la mente es el recuerdo de la música y el relato e imagino que la escenografía y el vestuario estuvieron a la altura. Todo esto me

envolvió por completo, aunque yo no entendía una palabra de italiano. La verdad es que no era necesario conocer el lenguaje: el disco estaba en la casa, lo había oído varias veces y ya conocía la historia. Pero no es lo mismo escucharlo en un disco que verlo en vivo en Bellas Artes. Lo importante fue disfrutar de un espectáculo de ese tipo al cien por ciento, especialmente cuando era poco más que una niña. Este tipo de experiencia te puede dejar una huella muy honda.

A partir de ese momento, la música de *Madame Butterfly* me encantó y, cuando la escucho, me trae recuerdos muy gratos.



## CÓMO LA MÚSICA MARCO MI INFANCIA

*Olivia Luna*

(Bailarina de danza contemporánea. México)

El primer recuerdo que tengo acerca de la música en mi infancia es la de los ballets clásicos que veía en la televisión a los cinco años. Recuerdo estar parada frente a la televisión totalmente abstraída en lo que veía y escuchaba. En ese momento nada más existía, era como estar en un estado de gracia, simplemente dejando que la música y la danza invadieran mis sentidos. Mi presente era una consecución de instantes y de emociones experimentados por primera vez. Poco a poco empecé a entender que algo se despertaba en mí, nuevas sensaciones invadían mi cuerpo, algo sublime y potente a la vez, era una fuerza transformadora, una especie de reconocimiento de mi misma. En esos momentos me sentía más viva que nunca, más presente, más Olivia. Fue en uno de esos días que escuchando y viendo el ballet por televisión decidí que quería ser bailarina.

A mi papá le gustaba mucho la música clásica, tenía un radio de cuadrante de esos que tenían muchos numeritos y una línea roja horizontal que se movía con un botón que al girarlo sintonizaba la estación que quisieras. Yo me fijaba muy bien en el número de la estación de la música clásica, así que cuando él no estaba yo encendía la radio y sintonizaba esa estación. Mientras escuchaba la música de la radio, recordaba y recreaba mentalmente los movimientos y la historia del ballet que había visto por televisión.

Un día casi por accidente descubrí que podía verme reflejada en los vidrios de los libreros de la casa, veía mi silueta a contraluz ya que atrás de mi había

unos ventanales muy grandes por los cuales entraba la luz. Descubrí mi cuerpo de otra forma, no era solo el cúmulo de emociones y sensaciones nuevas, sino que ahora podía ver cómo me movía. Así fue que, entre la televisión, la radio, la música, los vidrios de los libreros, los libros adentro de los libreros y mi silueta reflejada; la sala de la casa pasó de ser un espacio cotidiano a un universo en donde solo existían la música, la danza y yo.

Sin saber exactamente de qué trataban los ballets, empecé a reconstruir los pasos y las historias que seguramente eran mas imaginadas de lo que realmente trataba el ballet, pero para mí la música lo iba diciendo todo y yo iba reconstruyendo con mi silueta feliz reflejada en los vidrios. Tampoco puedo decir que distinguiera qué instrumentos escuchaba solo sabía que el conjunto de todo lo que yo veía y escuchaba me hacía sentir YO.

El impulso de aquella pequeña niña de cinco años continúa, la música junto con la danza no solo marcó su infancia sino toda su vida.

## MI CUARTO Y LA MÚSICA

*Aída Padilla*

(Escritora, flautista y traductora. México)

De niña, mi cuarto era una jungla espesa, atiborrada de juguetes y de trastes sucios. Me gustaba mi cuarto porque ahí adentro nunca se acababan los hallazgos: al meter la mano a esas cuevas que se formaban entre tanto tiradero, uno podía encontrar una arañita o un tesoro hacía tiempo perdido. A veces, eso sí, algo comenzaba a pudrirse quién sabe dónde y los hedores se volvían insoportables. Ya ni abriendo la ventana se podía respirar bien y me dejaba de gustar mi pobre cuarto. Las escobas y los sacudidores tenían la entrada absolutamente prohibida durante el año escolar, por lo que una capa de polvo cada día más espesa se iba acumulando sobre el campo de batalla como nieve gris. Solo durante las vacaciones intentaba recoger un poco y, para sobrellevar la labor cuasi titánica, escuchaba música.

Me había robado la colección de CDs de mi mamá: una torre giratoria de plástico de muy buen tamaño que decidí colocar encima del tocador, junto a la puerta. Ponía mis discos favoritos mientras nadaba en medio de montones de basura y de un momento a otro me perdía. Gracias a los sonidos de flautas dulces y tambores, terminaba en la corte de algún rey. Ahí me la pasaba un buen rato, entre máscaras, bufones, crinolinas, apuestos caballeros, holanes, manjares exquisitos y cortesanas intrigosas y ricamente ataviadas. A veces me dejaba conquistar por algún conde, otras alguien era asesinado. Se cruzaban los filos de las espadas y cundía el pánico en el gran salón.

Cuando el disco terminaba, la corte dejaba de existir. Reaparecían las nubes de polvo y los juguetes tirados en el piso y comenzaban a escucharse a la distancia gritos de papá y mamá, que se pasaban todo el día peleando. Entonces repetía el ritual: ojeaba los cuadernillos que venían adentro de las cajas, escogía otro disco, lo ponía en el aparato y le daba play. El sonido acuoso de las arpas era de mis preferidos. Me transportaba por lo regular a bosques encantados, a paisajes lacustres o al jardín de mis abuelos, en el que me encogía hasta tener el tamaño de una hormiga y navegaba esos ríos que se formaban cuando se regaba el pasto, desembarcando por aquí y por allá para hacerme amiga de los insectos y para pasear y contemplarlo todo desde arriba, entre las enredaderas, montada en el lomo de algún caracol feliz.

## EL CONCURSO

*René Roquet*

(Escritor y gestor cultural. México)

Hay gustos en la vida que no recordamos cómo los adquirimos. Pareciera que siempre han estado ahí, dándonos satisfacciones, pero sin aportar un certificado de nacimiento. En mi caso, no ubico el instante en que me enganché con la música. Y cuando le pregunté a mi madre, sólo atinó a decirme que desde pequeño me inculcó el placer por las artes. Evidentemente, yo tenía imágenes guardadas, piezas de un rompecabezas sin un principio exacto. Lo más viejo que pude recordar fue un proceso de selección que organizaron en la escuela. Consistía en escoger a diferentes niños para simular un concierto, por lo que necesitaban alumnos que interpretaran el papel de músicos y uno que actuara como director. Aunque yo debí haber tenido seis o siete años, sabía el importante rol que desempeñaba un conductor en la orquesta. Así que cuando pidieron voluntarios, levanté la mano.

Al día siguiente, mientras mi padre conducía hacia la escuela, me preguntó por qué llevaba el disco de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven. Le respondí emocionado que iba a dar un concierto. Él asintió con la cabeza y dijo “Muy bien, nada más no lo vayas a perder”. Antes de bajar del auto, le pedí que me peinara como Von Karajan. “No tengo peine, pero déjame intentarlo”, me respondió, mientras me echaba el cabello hacia atrás con sus manos.

Una hora antes del recreo entramos al salón de actos. Los compañeros que ya habían sido seleccionados para ser parte de la orquesta estaban del lado

derecho. En medio había una pequeña tarima donde los candidatos nos fuimos subiendo. Durante mi turno, no recuerdo haber estado nervioso, sino todo lo contrario: me sentía contento de estar ahí, con los brazos alzados, sosteniendo un palito que semejaba ser una batuta. Entonces la maestra dejó caer la aguja sobre el disco y se oyó el primer ataque de cuatro notas: ta ta ta tán.

Comencé a mover las manos como había visto que hacían los conductores, como la música me dictaba. Actué un papel alocado, balanceando la cabeza con energía, subiendo y bajando los brazos con suavidad o brusquedad, viendo a los intérpretes para que me siguieran con entusiasmo. En ese momento me sentí un director de verdad, ignorando si señalaba de manera correcta la sección de cuerdas o la de alientos. Y todo iba bien hasta que la maestra comenzó a bajar el volumen, pidió un aplauso y me mandó a las butacas.

Me senté temblando, con la adrenalina a tope, y presencié en silencio la participación de los dos últimos compañeros que, de manera evidente, imitaron el estilo arrebatado de mi conducción. Eso me hizo enojar un poco, sin llegar a incomodarme del todo porque tenía esperanzas de ganar. Así que esperé con paciencia los resultados. Después de una corta deliberación subió a la tarima la profesora de música y anunció que el alumno seleccionado era Rodrigo Montejo. Rodrigo se levantó con dificultad y se dirigió auxiliado por sus muletas a recibir la constancia y las felicitaciones. Yo tomé la mochila y me dirigí al patio, confundido. No acababa de entender lo que había pasado. Dos amigos se acercaron y me dijeron: “Fuiste el mejor”. Obviamente sus palabras no me consolaron, por lo que al cruzar la puerta del auditorio me alejé de ellos y fui solo a la banca de la jacaranda a comer un sándwich de jamón.

Minutos más tarde llegó la maestra y se sentó a mi lado. Tomó aire y, alargándome el disco, dijo: “Lo olvidaste al salir tan rápido”. Después de un silencio largo puso la mano sobre mi cabeza y me confesó “Rodrigo tuvo poliomielitis. Sí lo entiendes, ¿verdad?” Para ser sinceros no lo comprendí ni me sentí mejor. Sin embargo, mi amor por la música no se rompió, aunque sí mi capacidad para interpretarla. A partir de ese momento todos mis intentos por formar parte de un grupo terminaron siendo un fracaso rotundo. Eso sí, cuando le conté a mi padre lo que había sucedido, me llevó a una tienda de discos y dijo: “Mira, René, hay un mundo entero por conocer”.

## LA RAYOVAC DEL 88.1 FM ESTÉREO

*Adela Salinas*

(Escritora y periodista. México)

En una de mis exploraciones cotidianas a los cajones y closets de mi casa, encontré un radio viejo, pero en buen estado y con pilas Rayovac. Para escucharlo a todo volumen y no me gritaran que le bajara, lo coloqué bajo mi almohada una vez que había dado con la 88.1 FM de Universal Estéreo.

Desde entonces, la música se convirtió en el vehículo de mi imaginación y de mis deseos físicos, psicológicos, sexuales, profesionales y espirituales. Elton John, Patti Smith, Survivor, Supertramp, Queen, The Beatles, Billy Joel, Chicago, Lionel Richie, Bryan Adams, Abba, Blondie, Aerosmith, Simon & Garfunkel, The Rolling Stones, The Carpenters, Chicago, Led Zeppelin, Kiss y muchos más, no podrían imaginar que, aunque se vistieran con pieles de animales, se maquillaran de negro, usaran los más siniestros símbolos y se tatuaran la cara y el cuerpo, para mí huelen a infancia, pues fueron ellos quienes musicalizaron los más grandes encuentros con mi imaginación de niña, sobre la que tenía un dominio absoluto para producir toda clase de fantasías y deseos sin que nadie se diera cuenta.

Tampoco se imaginarían que fue a causa de su música, que dejé de jugar y me volví perezosa porque me parecía mejor estar acostada sobre el radio bajo la almohada toda la mañana de sábados y domingos, imaginando mi vida en lugar de vivirla. Las letras de las canciones me eran indiferentes y no me interesaba más que recibir ese empujón melodioso y rítmico, suave, romántico, aventurero,



duro y agresivo que se apoderaba de todas mis células al punto de sentir la piel helada y sudorosa, chinita o caliente, de acuerdo a la escena simultáneamente formulada en mi cabeza.

Llegó el momento en que, sin el golpeteo de una batería en mi estómago y pecho, el sonido alargado y chillante de un violín deslizándose, filoso, por mis venas y arterias, el quejido profundo del contrabajo que se abría paso del esófago a la garganta, la vibración de una guitarra que le quitaba el esmalte a mis recién salidos dientes de hueso o el brincoteo de un piano que provocaba un salto neuronal constante, la historia formulada en mi cerebro, se quedaba congelada.

Gracias a la música, a esa música específica, mi mente se volvió un proyector permanente de todos los escenarios posibles que descubrí en la infancia y me depositó en un laberinto de difícil salida cuando entré a la adolescencia, pues ahí fue cuando mi vida se volvió un soliloquio musicalizado, en el cual pude recrear, obsesivamente, una y otra y otra relación íntima con quienes, en la realidad externa, me resultaban inalcanzables.

El regalo máspreciado cuando cumplí quince años fue una grabadora con radio incluido, con la que descubrí que podía pasar la música del 88.1 a un cassette. Fue así que coleccioné un sinfín de pedazos de canciones, casi siempre cachadas al vuelo cuando ya habían empezado, pero eso no me molestaba. Los cambios intempestivos de alguna pieza de Rock Pop, seguida por una de Heavy Metal y luego una de Rock 'n' Roll o música disco, ofrecían un popurrí de retazos musicales que me permitían crear muchas historias en las que yo era una codiciada *femme fatale*.

Entonces no tenía más que oprimir play y dejar la vista fija y nublada en un punto para capturar a mis amores platónicos y luego apretar los ojos hasta que las

imágenes deseadas se exprimieran, jugosas y al son de la música, por todo mi cuerpo, al punto de no hacer más que rendirme y entregarme a la vorágine de los abrazos y manos invisibles que se multiplicaban por dentro, con un toqueteo de teclas, un jaloneo de cuerdas y todo un golpeteo en las zonas más atrevidas de mis fantasías, hasta que el cassette terminaba y se interrumpía la función. Había que regresarlo o voltearlo para que la historia se repitiera hasta ese futuro remoto que resulta ser el ahora, cuando escucho la vida desde el otro extremo y con otros sueños, pero donde los sonidos de la infancia y la madurez hacen una alquimia extraña y deliciosa que me hacen viajar en mundos paralelos.

*CAPRICE NO. 5*

*Daniel Téllez*

(Escritor y académico. México)

Pasadas las cinco de la tarde de opíparos sábados futboleros, en casa de Rosendo y su hermana menor, Maggie La Pecos, tenía lugar el concierto de ella, violín a cuestas. Era el pretexto para no faltar a la cita que su padre convocaba puntualmente. Qué importaba quién jugaba en aquel año mundialista o qué se disputaba el equipo cementero de su afición. Terminado el partido subíamos al primer piso, donde Maggie —alumna del Conservatorio Nacional de Música— tenía su estudio. Su Amati Viejo, en óptimas condiciones, nos envolvía en los Caprichos de Niccolò Paganini. Su virtuosismo y conocimiento del solo para violín No. 5, en la menor, la velocidad de los dedos y los armónicos naturales alcanzados, agregaban otro aire al atardecer. Cómo tocaba para nosotros; cómo tocaba para mí, rumiaba de regreso a casa.

Cuando Paganini publicó sus *Caprichos*, los dedicó a todos los artistas en lugar de una persona específica —detallaba Maggie—. Ahora, yo era ese solitario específico que se quedaba frente a ella —embelesado— cuando todos habían partido. Suspendida, explicaba que los *Caprichos* fueron escritos en grupos de seis, seis y doce, entre 1802 y 1817, y que cada número explora diferentes técnicas del violín. Cuánta fascinación cuando, harta de palabras, sexuaba su nombre en la piel del violín que con filosa cuchilla desmenuzaba mi conmiseración. Años después, durante su recepción en la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, en la Sala Ollin Yoliztli, percibí su desnudez

nuevamente, cerré los ojos y aguanté el estilete. Platicamos del *Catalogo tematico delle musiche di Niccolò Paganini*, de Maria Rosa Moretti y Anna de Sorrento, publicado en 1982, que abona bibliografía, historia de la colección póstuma y un Apéndice para estudiar al italiano. Ahora, digitalizado ese documento por la Universidad de Michigan, es un imprescindible para Maggie La Pecos, como la llamaba su padre y yo.

Entre las rosadas mejillas de Maggie, fui presa tormentosa de otros compases musicales en el vecindario de mi adolescencia. Achispado de la música de Rubén Blades, quien revolucionó la salsa con una variante social y comprometida, advertía en cada canción suya un asunto que tenía que ver con algún país del continente. Pablo Pueblo en 1976 o, más atrás, De Panamá a Nueva York, en 1969. Ese lugar donde forjé mis primeras intenciones con Maggie —“la niña popoff” del Pérez Prado que mi padre introdujo a casa—, también tenía influencia materna: el repertorio completo de Las Hermanas Huerta, Los Alegres de Terán y Las Jilguerillas. Además, fervorosamente mis oídos se alineaban a la gala de tríos, voces y guitarras, que a la una de la tarde, transmitía la B Grande de México. A mi patria musical sumé el gusto sonidero ochentero; fui compañero de banca de los boyantes miembros de “Amistad Caracas” y “Sensación Caribe”. Un travelling callejero, en la mimosa barriada que rugía con los acordes de Olimpo Cárdenas, Julio Jaramillo, Rigo Tovar, Mike Laure y sus Cometas, Daniel Santos, La Sonora Santanera, y la sensualidad del “Mambo número cinco”. Una insólita simetría armoniosa pactada para cada día de la semana.

Era el suburbio y el péndulo estaba entre Valéry, Proust, T. S. Eliot y Leonard Cohen, y en los dragones que se crispaban de la puerta hacia adentro,

con la pléyade que encontró retozón mi espíritu: Queen, The Rolling Stones, Pink Floyd, AC/DC, KISS, Def Leppard y Ramones. También hizo estragos el pop ochentero en mi entelequia y en la incipiente escritura poética que teñía alias femeninos.

La última vez que el violín de Maggie desbordó mi apetito, terminada su formación musical en 1994, desplegó su versión de “Thunderstruck”, de AC/DC, primera canción del álbum *The Razors Edge*. Un gusto secreto que preparó para mí. Un solo que cualquier luthier hubiera calificado de excepcional. Una herida que punzó en el fonógrafo de mi memoria. Me quedé mascullando las líneas finales del poema huichol sobre el nacimiento del violín: “Y fue su corazón canoro. / Y el encino cantó, / vibró a las caricias del viento”. Advertí, ya para entonces, la marca de la mentonera, el manchón levemente amarillento en el cuello de Maggie La Pecosá.

## EFECTO OBSESIVO OSTINATO

*Magali Velasco Vargas*

(Escritora y académica. México)

La primera vez que escuché en vivo el *Bolero* de Ravel fue a los siete años. Mi escuela primaria nos llevó a un ensayo didáctico de la Orquesta Sinfónica de Xalapa y jamás olvidé la fascinación del tempo obsesivo llenando el espacio del Teatro. Se volvió mi pieza favorita, como lo ha sido para tanta gente.

A mi papá le gustaba escuchar música. Recuerdo su colección de acetatos de los Doors, Janis Joplin, los Rolling Stones, varios de jazz cuyas portadas eran escenas cotidianas de los instrumentos: un piano fumando, un saxofón tomando café, un cello leyendo en su cama. Aprendí a limpiar los vinilos con el líquido especial que olía a cereza y gasolina, a liberar la diminuta aguja de pelusas y a controlar mi pulso en el instante de colocarla sobre el disco negro y rayado, como anillos de Saturno. La magia surgía a través de las bocinas casi como en el teatro, recorriendo cada rincón de nuestra antigua casa.

Había noches en las que esas sesiones musicales no eran de mi agrado. Mi padre se encerraba a oscuras en la sala para escuchar a todo volumen a *Revueltas* o a Beethoven. Mi hermano y yo sabíamos que no era una invitación a correr alrededor del sillón, jugando a perseguirnos o a bailar como lo hacíamos con *Pedro y el lobo*.

Algo había salido mal, algo o alguien lo había enfurecido.

Mi padre se escondía en su cueva y se envolvía en un manto de estridencias y notas, para mí, angustiantes.

Entonces detestaba esa música.

Con el tiempo olvidé esta escena y psicoanalíticamente regresó con claridad cuando me cuestioné por qué *Sensemaya* me agobiaba.

En la Facultad de Danza Contemporánea vimos videos de la coreografía de Maurice Béjart: el bolero de Ravel ejecutado por el leonesco Jorge Donn, en 1982 y en los noventa, por la prima ballerina Sylvie Guillem.

Esta pieza maestra de un poco más de quince minutos está compuesta por un patrón rítmico de dos compases y una melodía de treinta y dos. Ravel la compuso para la bailarina Ida Rubinstein quien a sus 42 años estrenó la danza con ecos españoles, en la Ópera Garnier, en 1928.

Lejos estaba la idea siquiera de que un día podría asistir al milagro en persona. Estudiaba mi posgrado en París, pero no fue ahí donde vi el cartel de La Scala Ballet que anunciaba un programa homenaje a Ravel y el cierre espectacular de Sylvie Guillem interpretando el bolero de Béjart. Hice cuanto pude para comprar mi boleto e ir al teatro degli Arcimboldi. Y en febrero del 2003, una noche helada en Milán, tuve una de las más impactantes experiencias.

Las luces de la sala se apagaron, estaba en mi propia cueva, como mi papá, pero esta era mágica. Recuerdo con intensidad a Sylvie Guillem en un leotardo color carne y mallones negros, su cabello oscuro lacio y largo hasta la cintura. Ahí estaba el ritmo marcado por la caja, ese redoble inigualable, y la luz cenital con el sonido de la flauta cayendo como lluvia fina primero en una mano que pensé era el pico de un cisne y luego sobre el cuerpo de la bailarina de extensiones como alas. El control de los músculos en equilibrio con el pivote de los pies, sobre una plataforma roja para destacar aún más el lenguaje de Béjart,

intacto en el código coreográfico y en la historia en la danza. Sólo que ella, Guillem, esa noche fue una diosa como sólo los bailarines saben serlo.

La iluminación escénica se abre y descubrimos a estos hombres de torsos desnudos y miradas concentradas en la bailarina de caderas ancladas al centro magnético de la tierra, firmes para dejar libres las extremidades.

Y cuando la celesta se incorpora, lo hacen también dos bailarines y otros dos más con el oboe. Entonces la sensualidad de la solista se intensifica con el erotismo masculino y las caderas, atrás y adelante, mueven la energía del teatro entero y yo diría, del mundo.

Fue la vez, y ojalá tenga otra oportunidad de vida, que sentí el instante de la belleza completa, mis sentidos saturados de perfección porque el movimiento y la música y las luces y el espacio, me transformaron, por escasos minutos, en un ser que pudo ser parte de lo irrepetible: el hecho escénico y su poder.



De los que hacían o siguen haciendo música

## LA MÚSICA Y LA MEMORIA

*Alejandro Badillo*

(Escritor y maestro. México)

La música puede ser varias cosas a la vez: un lugar, un espacio o un momento. A veces es un trayecto en autobús o algo que se escucha, por algunos segundos, en la calle o atrás de una puerta o en los pasillos atestados de un centro comercial. Se escucha música de forma consciente o, también, se mantiene como un ruido de fondo en nuestras vidas. La música puede ser tan significativa que, en algún momento, queremos participar de ella. Hace un par de décadas compré un bajo eléctrico y, con un amigo que tocaba la guitarra, tocábamos *covers* de nuestros grupos favoritos. Después se unió un baterista. Ensayábamos, si el término aplica para lo que hacíamos, en un pequeño cuarto a un lado de la casa principal. Recuerdo pulsar con todas mis fuerzas las cuerdas del bajo para poder escucharme en medio del barullo de la batería y de la guitarra. Tocábamos sin ningún plan a futuro, aunque de repente fantaseábamos con presentarnos en algún festival o un bar. Sin embargo, no fuimos perseverantes y supimos, de alguna forma, que no teníamos vocación.

La música puede ser un bálsamo en una noche calurosa. La música puede formar lentamente, una imagen que se transforma, se vuelve otra, mientras transcurren las notas. Glenn Gould, famoso intérprete de Bach, decía que la música del compositor alemán le servía para expresar ideas. Quizás Gould, famoso por sus excentricidades —su hipocondría o la devoción a un viejo Steinway que tenía abolladuras— pensaba que el teclado de su instrumento era una especie de

máquina de escribir. Siguiendo esta suposición, el intérprete usaba la partitura como un palimpsesto: la obra original —pensemos, por ejemplo, en las Variaciones Goldberg publicadas en 1741— se convertía, en manos del pianista, en una serie de escritos superpuestos, voces haciendo espacio a otras voces. Quizás, mientras Gould tocaba encorvado en el piano, sentado en la pequeña silla que le había construido su padre, estaba contándose a sí mismo una historia. Por eso los balbuceos que acompañan su interpretación y el fervor con el que se mueve por el teclado. A Gould le interesaba que las teclas del piano ofrecieran la menor resistencia posible. Al contrario de otros pianistas que parecían combatir contra su instrumento, el genio canadiense hacía lo imposible para que las teclas fueran ligeras y reaccionaran a la menor provocación de los dedos. Como la magdalena de Proust, basta el menor estímulo para abrir las ventanas a los recuerdos y a la ensoñación.

Quizá la música es, también, un no-lugar. Lo no-lugares, según el antropólogo francés Marc Augé, son espacios transitorios que pierden relevancia por el uso diario que les damos. Estamos tan ensimismados en nuestras vidas que tomamos la música como una especie de ruido de fondo. La rebelión, entonces, sería encontrar un momento para recuperar la capacidad de asombro ante una pieza orquestal o un danzón que exige una escucha atenta. Esos no-lugares muestran su verdadero valor a través del tiempo. Esos no-lugares, cuando son examinados a través de la memoria, pueden formar una cartografía de nosotros mismos. Como en las Ciudades Invisibles de Italo Calvino cada recuerdo musical forma la calle de una urbe imaginaria: hay ciudades abstractas, ciudades confusas en su extensión o aquellas cuyas calles despiertan el deseo; algunas sólo viven en la memoria de sus habitantes y se extinguen con el último

recuerdo. Entonces, mientras termino este texto, recuerdo las canciones de Radiohead mientras me dirigía en auto a dar clases. También cobra relevancia alguna noche en la que platicué con unos amigos mientras una banda de rock tocaba en el escenario de un pequeño bar. A veces, cuando se despliega la memoria musical, entra en juego el gusto, la vista y también el tacto. Me gusta pensar en la música como una fuerza que te rodea siempre, que te afecta de diferentes formas y que te hace sentir vivo, aunque no lo sepas.

SONATA PARA UNA NIÑA DE CABELLO OSCURO

*Carlos Manuel Cruz Meza*

(Escritor, periodista y criminólogo. México)

*Para Itzel Guevara del Ángel*

La música es parte de mi vida. Mi padre fue bajista y guitarrista en varios grupos de rock y me inculcó desde niño el amor por Mozart, el rock inglés y estadounidense, Agustín Lara, los corridos de la Revolución Mexicana y, sobre todo, los Beatles; de bebé en mi cuna me cantaba “Good night”, incluida en el Álbum Blanco. Mi madre tocaba el salterio y escuchaba discos todos los días, con música clásica, ópera y producciones de varias partes del mundo: Francia, Italia, España, Brasil, Inglaterra, Alemania, la Unión Soviética... Y claro, no faltaban los abuelos y tíos, que terminaron de formar mis gustos musicales: baladas en español, canciones rancheras, boleros, música tropical de toda clase. Años después, en mi adolescencia, llegarían a mi vida la canción de protesta, la música oriental (Japón, China, India, Arabia), la trova, el rock y el pop en español, que cantaba y bailaba en las discotecas. Tuve muchos amigos músicos, con los que todo el tiempo conversaba sobre autores e intérpretes, y me regalaban discos. Mis diferentes parejas también me mostrarían nuevos géneros: el flamenco, el rap, la canción urbana, la música electrónica, el reggaetón...

Cuando era niño, fui director de orquesta y actué ante un teatro lleno; se tocaron varias piezas mexicanas, entre ellas “Zacazonapan”. El connotado director mexicano Luis Herrera de la Fuente me regaló su batuta, que aún

conservo; tiempo después, también me obsequiaría un libro con sus memorias. Alguna vez ilustré la portada del disco Vida de perro, del grupo español Aslyt Jam; produje un disco de flamenco pop llamado Bacalao y hasta grabé una alegre canción de mi autoría, en la que además fui vocalista: “Que lo baile la gorda”. La música es parte fundamental de mi existencia, “la banda sonora de lo que viví”, como dice aquella letra de Fito Páez y Joaquín Sabina.

Un botón como muestra. Al morir mi madre en 2012, la noche anterior a su fallecimiento permanecí al lado de su cama, tomándole la mano; sin poder contener el llanto, le canté una canción de cuna con la que ella me arrullaba de niño, titulada “Duerme, duerme”. En ese momento, ella era una niña pequeña y desolada, que temía a la oscuridad eterna que se extendía delante suyo.

En mi lejana infancia recibí algunas lecciones de piano. Fueron esas enseñanzas las que una tarde de 1989, me permitieron sentarme ante el instrumento y escribir la única pieza instrumental que he compuesto en mi vida: “El elixir amargo”. Tenía dieciséis años y estaba enamorado de una niña de catorce; se llamaba Itzel, era la hija de un líder sindical amigo de mi padre, una chica hermosa y muy tímida, con el cabello oscuro y largo, que también tocaba. Con los años se convertiría en una afamada escritora y su hermana mayor, en una pianista de renombre internacional. Así que con mi atrevida ignorancia musical, un día que estábamos solos los tres en la casa de sus padres (fuimos a recoger algo, no recuerdo qué), me senté al piano y toqué la pieza que me había inspirado. Le dije que la había compuesto para ella. Me miró como si no comprendiera del todo, no dijo nada, luego bajó la mirada. El asunto no se volvió a mencionar. Nunca le hablé sobre mi amor juvenil, pero pasaba los días soñando despierto (y a veces dormido) con su presencia. Luego dejamos de

vernos por veinte años. Ahora somos buenos amigos, pero en el fondo, aquella niña retraída y suave aún es dueña de un fragmento de mi corazón.

## BEETHOVEN LLEGA AL MONTE

*Patricia Nasello*

(Escritora. Argentina)

“A mano derecha según se va al cielo”, canta Joan Manuel Serrat. Mi papá construyó nuestra casa en el punto más alto de esa calle de tierra abierta sobre la colina. Y a mano derecha, según usted vaya o vuelva. La construyó no con sus manos, pero sí a través del esfuerzo de su trabajo. Mi mamá, maestra de profesión y dibujante aficionada, fue quien la diseñó y atendió su construcción. Allí llegamos, a nuestra primera casa propia, una semana antes de que yo cumpliera tres años. Fue un veintiuno de septiembre, día del equinoccio de primavera, del renacimiento de la tierra, de la juventud; día del estudiante (joven o no) y de la alegría. Y fueron, en efecto, catorce años dichosos los que viví en ella. Más que dichosos, bendecidos.

Ahora bien, cómo fue que aquella nenita de lentes (lectora voraz por influjo de su mamá y para su beneplácito), viviendo en aquel lugar rodeada de monte, con un solo canal de televisión que transmitía una vez sí y dos veces no, con una radio a transistores como el único medio para comunicarse con el mundo, llegó a hacerse amante de la música clásica interpretada por piano, es algo para lo que no tengo respuesta. Lo que sí tengo es una prueba de ese amor que temo me sobreviva: el departamento que habito desde hace un par de meses es mucho más chico que el que dejé, de modo que me vi obligada a reducirme. Lamento y extraño todo lo que debí descartar, sin embargo conservé mis libros de piano,



mismos que no podrían ser más inútiles ya que el piano lo vendí antes de cumplir los treinta años.

“Ese amor que temo me sobreviva”, escribí unas líneas atrás y tal temor se justifica: el piano fue mi único amor no correspondido. Alguien dirá que debería considerarme dichosa. Y yo, entonces, le explicaré que de mi niñez y primera juventud, fuera de la familia, sólo conservo tres amores: un par de amigas que son parte de mi corazón, el padre de mi hija e hijo, y el piano.

Pretexté cubrir alguna necesidad económica para venderlo. El motivo real, doloroso hasta los huesos, fue que no importaba cuanto me esforzase, mi terror al público hacía de mí una mala pianista. Mi auto exigencia se elevaba hasta hacerse insoportable así el público no fuese más que un par de personas queridas. Me desquiciaba, me hacía daño.

No pude presenciar el momento en que se lo llevaron, dejé a cargo de mis padres esa responsabilidad, o sea a cargo de los mismos a los que años atrás había insistido para que me lo comprarán. Venderlo fue un impulso producto de la rabia y la frustración. Lo único bueno de aquel mal impulso es que ellos, como con tantas otras obligaciones que contraje con su amor y les quedé debiendo, jamás me lo reprocharon.

Algún tiempo después mi esposo le regaló a mi hija un órgano electrónico, el cual usé para practicar mis simplezas hasta que comenzó a desafinar para luego morir sin esperanza de resurrección. He de confesar que, ya moderadas mis ambiciones musicales, o ya resignada a ser quien soy, lo disfruté mientras lo tuve.

Desde aquel instante en que el órgano no dio para más, sueño con volver a comprarme un piano. A pesar de este deseo, sólo en una oportunidad salí de mi

casa con el objetivo de comenzar a escuchar instrumentos y comparar precios. No había recorrido cien metros cuando recibí un llamado telefónico, las palabras eran ambiguas, sin embargo comprendí que se trataba de una mala noticia. Comprendí mal, una mala noticia es otra cosa, sólo se nos conminaba, a quien hablaba y a mí entre otros, a tomar un remedio amargo. Mismo que luego descubrimos sumamente efectivo para ponerle fin a una larga enfermedad. Pero al tiempo de la amargura hubo que pasarlo y tuve miedo de hacer un nuevo intento.

Ahora, quizá como efecto de vivir en un lugar nuevo, la locura de comprarme un piano ha regresado con tanta fuerza como cuando era niña. Sin embargo debo confesar que, habiendo llegado a ser cinco veces abuela, la oprimente demanda de mi autoexigencia ha mutado hasta alcanzar cierto grado de placidez. Canta María Elena Walsh “y a pesar de que ya era abuela/ un día quiso ir a la escuela”. Yo no planeo volver al Conservatorio, pero un profesor de piano se consigue. ¿Usted qué opina? ¿Sí?

## CANTAR A LA PATRIA

*María Elena Ortega*

(Educatora y escritora, México)

En cuanto sonaba la chicharra, de inmediato nos formábamos en el patio. La maestra Chela pasaba revista a las niñas de tercero y cuarto de primaria, y el maestro Eduardo, a los niños. Teníamos que ir bien limpios y peinados. Después de la inspección, con el fondo musical de la Marcha de Zacatecas, a paso de un, dos, un dos, entrábamos en orden al salón de clases. Pero una de esas mañanas, recuerdo que nos llevaron al salón de música para una prueba de canto. “¿Cantar?! ¡Yo no sé cantar!”, pensé asustada. ¡Mi madre sí que sabía hacerlo! Me divertía cuando interpretaba “Los tarzanes”: Ay, que rete chulo es mi tarzán, ay mamá. Cuando me paseo con él... Aunque ella le gustaba más cantar tangos, “Uno”, era su favorito: Uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias...

La maestra dio dos acordes impetuosos sobre el piano indicándome la entrada: Una pasión me domina, es la que me ha hecho venir, Valentina, Valentina, yo te quisiera decir... Después me mandó a la fila de los que integraríamos el coro. Ahí, además de “La Valentina”, aprendimos a cantar varios corridos. “Adiós mi chaparrita”, era mi preferido: Adiós mi chaparrita, no llores por tu Pancho, que si se va del rancho, muy pronto volverá...

“¡Me eligieron para ser parte del coro!” Dije a mis padres llegando a casa. Sabía que la noticia les alegraría, pues casi todos mis hermanos ya formaban parte de algún grupo musical de la escuela. Yo había intentado tocar el pandero y

la mandolina para estar en la estudiantina, pero no lo logré; luego tomé clases de piano que no pasaron más allá del método básico. La alegría de mis padres no duró mucho cuando les dije: “Dice la maestra que me tienen que comprar un nuevo uniforme”.

Con el coro participamos en diversas ceremonias cívicas: Día de la Bandera, la erección del Estado de Hidalgo, la Independencia de México, entre otras tantas. Después de ganar el concurso de la zona escolar, pasamos a la competencia estatal de coros. El acompañamiento musical ya no sería sólo con el piano de la maestra Tere, sino con la Banda Sinfónica del Estado.

Nos citaron un diecinueve de febrero a las siete de la mañana en el cuartel de los soldados (hoy, “Cuartel del Arte”, para mejor fortuna): haríamos un breve ensayo con la Banda Sinfónica. La explanada del cuartel estaba recién lavada. Los soldados cuasi figuras de cera en perfecta formación. Sobre un templete la mesa de honor rodeada con grandes arreglos florales. La maestra Chela volvió a pasar entre el grupo para revisar que todos tuviésemos el uniforme bien puesto.

No olvido esa agradable sensación cuando nuestras voces, en el ensayo previo, se unieron con la magistral sonoridad de la Banda. En lo alto de una abrupta serranía, acampando se encontraba un regimiento. Y una moza que valiente lo seguía, locamente enamorada del sargento. Y el sargento se acercó a la maestra para decirle que ese corrido no era apropiado para el evento.

La ceremonia iniciaría a las nueve en punto. “Todavía nos daba tiempo de ensayar “Patria” —indicó la maestra—. Teníamos que hacerlo bien. Ahí mismo se haría la elección del grupo que representaría al estado en el concurso nacional. Y, aunque el enviado del gobierno que presidió la ceremonia llegó hasta las diez, sólo pudimos ensayar una vez.

“Vamos a cantar con muchas ganas por nuestra patria, por nuestros soldados y por nuestra escuela ¡tenemos que ganar!”, dijo muy animosa la maestra Tere.

La marcha “Lindas mexicanas” vibró a plenitud mientras subíamos al templete. De la canción que interpretamos, apenas recuerdo la letra.

“Es muy importante la participación de todos los mexicanos para seguir enalteciendo nuestros valores cívicos y morales”. Creo que eso dijo el maestro de ceremonias antes de dar a conocer al ganador.

No ganamos...pero yo seguí cantando con un grupo en la secundaria, luego en el coro de una iglesia, y años más tarde, sólo por las noches, cuando mis hijos antes de dormir me decían:

—Cántame otra vez “Papá elefante”, mamá.

## ROCOCÓ

*Diana Teresa Pérez*

(Escritora. México)

Éramos el dueto “Rococó”. Así nos llamaba mi tío, a mi hermana y a mí, cuando en cada reunión familiar empezaba la hora “bohemia”. Ya alguno de los invitados o un primo había sacado la guitarra y entonaba algunas canciones de José José, de Los Panchos, o habíamos reído con los versos jarochos que improvisaban mis familiares tlacotalpeños.

Bajo la dirección de mi madre, mi hermana y yo hacíamos la primera y segunda voz de algunas baladas de moda o de tríos famosos. Luego, cada una era solista con la ayuda coral de la otra. “Súbela, Dianita”, me animaban los tíos; “¡Ah, bárbara!”, aplaudían a mi hermana cuando con las venas saltadas en la garganta, cantaba “Cucurrucú Paloma”.

En la casa todo se comunicaba a punta de canciones. Cuando mi madre estaba enojada oíamos una y otra vez las de Lupita D’Alessio; cuando mi padre estaba en calma o quería estarlo, sonaban las notas de Mozart o Beethoven en la consola. Mis hermanos, a ritmo de *hustle*, chocaban caderas con los amigos en la sala y, en el mismo lugar, mi madre y sus amigas hacían fila a ritmo de samba con Los Joao, festejando la liberación femenina que luego terminaba en lágrimas con los clásicos de José Alfredo y, ya desentonadas, cantando a viva voz con Cuco Sánchez: “Anillo que es símbolo de nuestro amooooor”.

Siempre la música como telón de fondo de nuestras angustias y alegrías, de nuestras sorpresas y rutina. No había noche que mi padre no silbara “Three

coins in the fountain”, mientras se quitaba el traje para ponerse el pijama, visiblemente cansado y harto de la oficina. No había tarde que no escucháramos a Rocío Dúrcal en la radio mientras mi madre guisaba y le hacía segunda.

Poco a poco el ensamble musical que formábamos se fue desmantelando. Notas cada vez más espaciadas, el silencio ganó terreno con cada despedida. Pero hoy, cuando la vida nos da oportunidad de reunirnos a los que quedamos, vuelve a resonar el dueto “Rococó” y me veo animando a mis sobrinas, como antes lo hicieron conmigo: “Súbele, Raquel”, “¡Qué bárbara, Abril!”.

CLAVE DE SOL, CLAVE DE LUNA

*Juan Antonio Rosado Z.*

(Escritor y académico. México)

Nací entre corcheas, fusas, semifusas, pentagramas y variados bocados para los oídos. Había notas negras por doquier entre los regaños que mamá, la maestra de piano, propinaba a sus alumnas, y los metrónomos tarareantes de papá, el compositor y profesor de solfeo, armonía, contrapunto y otros puntos del todo incomprensibles para mi mente poco versada en abstracciones. Nací entre cascadas de colores sonoros donde, frente a una repisa de juguetes o a un clóset de secretos, lo mismo nadaban Bach y Bartók que las síncopas de la salsa de un lejano Puerto Rico, la tierra de mi padre. Stravinsky, Orff y Penderecki se combinaban con las cadencias populares de la radio; Chopin y Debussy, con las pistas de música de cine; Berio, Varèse, Messiaen y Stockhausen, con el Tchaikovsky alojado en una cajita musical de madera que aún recuerdo: la barbada efigie del ruso de los cisnes se erguía como triunfo inverosímil. ¡Ah, y el respeto religioso a Ludwig Van!

De los dos a los catorce años, golpeteé las teclas del piano familiar siguiendo mi intuición en blanco y negro, sin entender de aritméticas ni de fracciones: ni cuatro cuartos ni tres cuartos ni dos cuartos, salvo los dos de aquel departamento en la Ciudad de México, en la colonia Del Valle, cerca de casa de mi abuela con su gran jardín. Era un departamento de comida árabe, por el origen libanés de mi madre, y de infinitas series de televisión cuyos temas musicales aún resuenan en mi mente: el perturbador misterio de Galería nocturna, los motivos jazzeados



de *El hombre araña* y *La pantera rosa*, la fuerza de *Ahí viene Cascarrabias*, *El túnel del tiempo* y *Súper Agente 86*, las distintas serenidades de *Kung-Fu* y *Señorita Cometa*, el himno de *Ultra Seven*, las tonadas locas de *Mi bella genio*, *Los locos Addams* y *Los Munsters*, y el tema de *El Chavo del 8* (yo lo sabía: era la «Marcha turca» de Beethoven). Con el disco de *Batman*, los niños nos transportábamos a la malicia de la lucha libre, y con *Topo Gigio* volvíamos a la inocencia. ¿Y cómo olvidar la musiqueta de los comerciales? Era un departamento de enciclopedias, obras literarias y sonidos. Tamborcitos, marimbas de juguete, finas flautas dulces de madera, panderetas y maracas hacían sonar los dedos infantiles.

Y a los diez noviembreros ya cumplidos, entre rock, jazz y la llamada música culta, sin piedad ni concesiones, dos pasiones contendieron en mis adentros: la música, luna etérea, emoción pura, organigrama de sonidos, y las letras, sol sin claves emanado de los libros. Hubo pocas discusiones y ambas niñas vencieron sin violencias ni reclamos. A veces, una llevaba la batuta y sobre la otra colocaba su zapato; a menudo, una derribaba a su rival para levantarla de nuevo. Continuó la disputa hasta que mi primera juventud se envolvió de nueva música, y al optar por la guitarra clásica, por fin comprendí aquel asunto de los cuatro cuartos y del becuadro y de los tres cuartos —que ya eran tres en la nueva casa, en la colonia San Jerónimo—, y entendí también aquello del puntillo y de las claves de sol, de fa, de do, y el resto de las sílabas del himno de mi entonces ignorado tocayo. Sin embargo, cuando la compañera de cuerdas punteadas terminó por traicionarme, volví a las letras sin temor. Para ellas, la sonoridad es perdurable, necesaria melopea, ritmo, armonía, inocuos movimientos trazados en el tiempo.

¿Qué fue mi infancia si no música, insistente parpadeo, ensoñación polisémica de frases superpuestas, maduración paulatina y polifónica de enunciados y trucos y espasmos de risas en clave de luna y clave de sol? En aquella remota prehistoria, mi juego consistía en descubrir la clave de tanto sonido, de tanto ruido organizado en lúcidas secuencias que envuelven el cuerpo y la mente, y si esta clave no se develaba, el juego proseguía sin cesar. Tal vez la vida siga en sonoras cascadas porque aún me resulta imposible descifrar aquella clave: la música, uno de esos misterios por los que vale la pena vivir.

## UN RELATO CORAL

*Paula Ruggeri*

(Escritora. Argentina)

Soprano ligera. Ese era mi rótulo y me permitía pertenecer a la primera voz de los coros en los que participé, de forma sutilmente obligada, desde los seis años de edad.

Cuando llegaba el momento de la prueba, en cada coro de los que formé parte, mi voz aguda se descubría afinada y potente, abstraída del resto y la vez atenta a las otras voces, en un disfrute interior que creo yo es el secreto del canto.

A medida que pasaban ciclos y etapas, se sucedían los coros: coros escolares, coros barriales, un coro de canto gregoriano del que participé por pocos ensayos y el coro de una banda de rock sinfónico. La última la dejé oponiéndome al uso de pirotecnia en el escenario.

Fue un largo camino que no creo terminado. Un coro es la maravillosa prueba de lo que el ser humano puede lograr en comunidad, voces en armonía y en fugas, voces diversas formando sin capricho una voz única. Un solo conmovedor, una voz cuidadosamente seleccionada por los directores.

Todo eso es un coro.

Me recuerdo en pleno invierno, con pocos años de edad, envuelta en un poncho tejido y con las manos enguantadas, caminado hacia la escuela con determinación, dispuesta a ser una voz más entre treinta voces. Por algún motivo, me sentía convocada más allá de haber sido elegida: cantar, que siempre había sido un juego, ahora era una misión. Entre mis compañeros de coro siempre

hubo voces sorprendentes, afinadas y de timbres equilibrados, los pocos papeles solistas se repartían entre ellos.

A los catorce años me tocó a mí: el director, Claudio, me eligió para un solo. Sin embargo, eso demostró que mi voz era fuerte cuando cantaba en grupo, pero mi carácter se amedrentaba al cantar sola y entonces no tenía volumen.

Todavía me acuerdo de esa frustración con sabor a fracaso. También me acuerdo de Claudio, un director joven, enérgico, con sentido del humor.

A mis experiencias adultas con los coros les faltó la épica adolescente, les faltó esa convicción del que más humilde rincón del planeta, que pueden ser unas gradas, un aula, una sala de ensayo, es el lugar más importante del mundo y esas voces elevadas y armónicas, una expresión de sagrada alegría.

VERANO 1968

*Rodrigo De la Serna*

(Escritor y músico. México)

La luz crepuscular (...) Al hallarme ante la sonoridad nocturna en modo urbano, le descubriré varias aristas conforme pasen las noches, o fui consciente de otra belleza si eso es factible con ojos de vida breve. En aquellos atardeceres y noches me hice susceptible a otros elementos. Desde entonces veo que una pareja camina distinto por la tarde que de mañana; veo gente que desea ganarse un pedacito de cielo, y alimenta gaviotas o palomas con pedacitos de tortilla, bolillo, papitas... tienen una manera al mediodía, tienen otro ritmo cuando el sol se retira. La luz crepuscular preludió un gran evento en mi existencia; esa tarde anaranjándose incluyó nieve de limón en La Siberia al acompañar a una tía a ultramarinos La Reyna, la panadería América, la mercería Renacimiento (...) antes de la Casa Olivia preguntamos si algo iba a pasar, para qué se hacían tantas compras; la tía Ana, de chongo recién hehecito, dijo que esa noche iba a haber fiesta en la casa... y va a haber conjunto -aseveró jocosa. Conjunto implicaba música en vivo, pero nada sabíamos de quiénes iban a ejecutarla, de la verdad en un sonido en vivo.

(...) hay dos chavales que comparten un sillón de sala-comedor comprada en Viana a cómodos plazos, toman *ginger-ale* y se zampan una charola de botanas. Se les ha permitido vestir ad hoc al festejo; el más chico va peinado (sin brillantina) a lo Ringo Star; el otro, ya con lentes, lleva un pectoral, símbolo que los tecnócratas luego dirán que es de la Mercedes Benz. Es temprano, quizá las

nueve de una noche para la joven excitación que se palpa en el aire: eléctrica, moderna, bonita como mi tía N... la vemos salir de su recámara, atareadísima, cortita la falda, bellísima en su primer maquillaje como estrella. Es en verdad la flor Peace & Love, ella el poder de todas las flores, aromática, fresca, luminosa, joven y atractiva en su fiesta de 17 años. Su novio es un ex seminarista que vive a tres cuadras, en la callecita Arturo Ibáñez; se llama Carlos pinta de buena gente; entonces tocaba la guitarra rítmica en la banda de su hermano, el Chuchín. (...) fue el primer grupo-rock que presencié en corto y en vivo, todo amplificado para el más alto volumen posible. La llegada de la banda trastornó toda la casa; a eso de las seis todo mundo se activó para disponer el sitio del grupo. Amplificadores e instrumental ocuparon el comedor... y unos metros de la sala; nadie reprochó el asunto, ni las amigas de mi tía (la Nora, la Güera y otras de la **Barnard School**), revoloteando alrededor de la batería, tampoco los cuates de mi tío R... fumando con el bajista, ni mi abuela ocupadísima en la cocina, ni los vecinos, ni el Gitano amarrado en el patio —extrañamente silencioso desde que la guitarra líder probó su Fender Twin. Esa distorsión se me instaló en alguna parte de la memoria, la primera vez de ese fuego en la sangre. Pero al distinguir al teclado accedí a otra fuerza, otro color, desde entonces rindo culto al órgano Hammond. Las abstractas y poderosas relaciones entre el bajo y teclado me sacudían estómago, sexo, pulmones; la batería era poderosa, sin duda, no me caló tanto por el contacto que en el colegio ya había tenido con la sección de tambores. Aquella banda no tenía un cantante, se la rifaban según la rola; así vimos en acción al novio de mi tía musitándole al micrófono versos de los Credence, Beatles, Rolling Stones, Tommy James & The Shondells, esa de Crimson and Clover... A la festejada le dedicaron una de sus favoritos: los Monkeys.

Mis tíos mayores, ya bien casados y con hijos, quisieron quedarse más tiempo, pero mis tías rápido dijeron “¡No ya vámonos ya es tarde!” Tuvo que ver que habían llegado más parejitas, amigos y amigas de los tíos jóvenes; las chavas con unas minis que se nos paraba la respiración. Estábamos ahí como colados, pero nadie nos corrió; callados botaneando mirándole las piernotas a las chavas, alucinados desde que el grupo comenzó a tocar. (...) fue otra *happy hour* de las afortunadas: estar en una fiesta de grandes y experimentar, sentir, qué es un grupo sonando fuerte y bien. (...) fue tan constante, tan fuerte esa imagen y sonido en mis días, que la quise realizar, y la viví en carne viva por años. Si alcancé una idea musical genuina, un comienzo fueron esas noches de verano del '68.

CONCIERTO PARA CELLO DE DVORAK<sup>1</sup>

*Richard Slavich*

(Cellista. Estados Unidos)

Traducción de Claire Joysmith

Para cuando tenía yo trece años, había aprendido a guardar mis emociones de la mirada ajena. Esa cautela fue probablemente el resultado de los conflictos familiares continuos desde una temprana edad, así como una forma de mimetizar el estoicismo masculino de la posguerra, aunado a la postura adoptada de adolescente cool de inicio de los sesenta, o alguna combinación de estos tres. Yo era bastante cerrado en compañía de otra gente; jamás mostraba mis sentimientos.

A contracorriente de mi retraimiento emocional, mi amor aumentaba por ese instrumento que llevaba tocando desde los nueve años, el instrumento que se convertiría en el centro de mi trabajo de por vida: el cello. Ya para entonces sabía que la música era el lenguaje de las emociones.

Así fue como tenía que esperar a que cada uno de los miembros de la familia hubiera salido de casa antes de poner, y a todo volumen, mi pieza musical favorita: la grabación magistral de Janos Starker del Concierto para Cello de Dvorak. Los cellistas lo consideran nuestro concierto máximo, pues en éste ven un retrato musical de *El Héroe*. La interpretación patricia del Sr. Starker me

---

<sup>1</sup> *Concierto para cello de Dvorak: Janos Starker, cello; Walter Susskind, conductor. The Philharmonia Orchestra. EMI Masterworks, 1956.*



llegaba directo al alma. Yo desfilaba por toda la casa “conduciendo” la orquesta, casi siempre entre lágrimas debido a la pasión y el poder mismo de la música: esa apertura misteriosa y silvestre; la preparación para la primera presentación orquestal del tema principal a todo pulmón; el tierno y noble solo del cuerno francés; finalmente, la entrada del rey, Mr. Starker. Por supuesto que no podía haber nadie en casa que pudiera ser testigo de esta efusiva carga emocional de quien fuera el adolescente más cool de Champaign, Illinois.

Cuando inicialmente trabajé en el concierto me fue demasiado difícil a nivel técnico, pero, con el tiempo, comencé a hallarle el modo a esta obra y eventualmente llegué a interpretarla con orquesta. Recuerdo que entré al escenario sintiéndome como un guerrero samurái a punto de entrar en batalla. Gracias, señor Starker, por enseñarme el camino.

Al final de mi carrera profesional tuve la gran fortuna de pasar varios días en compañía del señor Starker, junto con mi esposa Kitty, también una cellista profesional. Él impartía una serie de clases magistrales en Santa Barbara, en California, en donde yo era miembro del profesorado del Montecito Summer Music Festival. Al concluir las clases diarias, los tres nos dirigíamos a la suite que le habían asignado en el hotel Four Seasons para beber aperitivos y charlar sobre nuestras reminiscencias. En algún momento le mencioné que de adolescente había escuchado su interpretación de Dvorak y el gran impacto que había tenido sobre mí. Él simplemente sonrió; luego describió el proceso mismo de la grabación llevada a cabo en Londres. Los productores, a fin de minimizar el ruido ambiental citadino, habían programado la sesión ya iniciada la noche. El señor Starker, el maestro de la legendaria técnica del cello, logró terminar el concierto completo en una sola toma, con algunos pequeños ajustes. Después de

escuchar los resultados, emergió del estudio a las dos de la mañana, le echó una ojeada a la calle vacía y dio un saltito al aire, juntando ambos talones.

## RECUERDO EN MI-MENOR

*Christian Uribe*

(Escritora y abogada. México)

Cierro los ojos. Se abre una puerta entre mis recuerdos. Mi madre conduce su auto para llevarnos a la clase de música; es hermosa y muy joven y tiene un mechón de canas que sobresale en medio de su cabello negro y chino. Mi hermano David y yo estamos sentados en el asiento de atrás. Mientras llegamos a la pequeña academia de la Calle Mercurio, jugamos a las palmadas y cantamos: “Por aquí pasó un caballo (tum, tum, pum, pum), con las patas al revés (tum, tum, pum, pum), si preguntas cuántas tiene (tum, tum, pum, pum), te diré que dieciséis. Uno, dos, tres, cuatro...”; vivimos cerca de ahí, así que no tardamos mucho en estacionarnos frente al portón que está abierto, esperando la llegada de otros niños, que también tomarán la clase. Bajamos del auto. Mamá nos dice con su tono dulce y amoroso: “Que Dios los bendiga”. Ojalá que así sea. David, más que yo, necesita un milagro de Santa Cecilia, la patrona de los músicos. Nos despedimos con un beso antes de entrar al santuario de los órganos Yamaha.

Es una casa antigua con un jardín lleno de flores. Adentro, los instrumentos reposan en silencio, son imponentes y huelen a bosque. Tienen un montón de botones de colores que parecen réplicas de la casetera de mi abuela. El maestro Bolaños nos saluda y nos da un par de audífonos para cubrirnos las orejas; así, ninguno se distraerá con la práctica del otro. Frente a los instrumentos monolíticos, parecemos pequeños astronautas listos para un concierto espacial. Un concierto con repertorio de principiantes, por supuesto.

Cuando el profesor está distraído, nuestros pies juegan con los pedales. Son ocho largos y cinco cortos. Ocho largos y cinco cortos. No los alcanzamos muy bien y todavía no sabemos para qué sirven. La única que sabe la respuesta a esa incógnita es Camila Muñoz, la alumna más avanzada de la clase. Sus manos parecen ocho cuando toca esa canción que se canta en las fiestas a la hora del pastel: “Celebremos con gusto señores, este día de placer tan dichoso”. Claro, la letra se la pone cada quien, ella solo toca la melodía y cuando lo hace, todos fingimos estar practicando. No sabe que la vemos de reojo y le bajamos todo el volumen para indagar cómo sus dedos, transformados en tentáculos de pulpo, caminan sobre la cresta de las octavas, igual que si fueran olas de un mar revuelto. “Ojalá algún día pueda tocar así”, pienso unos segundos, después regreso la mirada al libro abierto en la página que estaba practicando.

David se la pasa mirando todo a su alrededor. Se aburre. Prefiere los idiomas, solo que a mi madre no le alcanza la vida para llevarnos a clases diferentes; así que por eso no ha cambiado de nivel y pone a prueba el nombre de la metodología: “Qué fácil es aprender órgano y teclado”. Yo sí disfruto la música, el ritmo, mis manos que danzan encima de las teclas: Do-re-mi-fa-sol-la-si-do. Repito la escala de regreso: Do-si-la-sol-fa-mi-re-do. Enseguida vienen los acordes, que no es otra cosa sino tocar un conjunto de notas al mismo tiempo.

Después de una hora, observo el reloj. Mi hermanito se la pasó atrapando moscas, así que es casi seguro que falle en su intento de cambiar de nivel. El profesor pasará pronto y nos pedirá que toquemos la pieza que hemos practicado. Comienzo con el dedo pulgar y continúo con el índice. Las teclas blancas son como los dientes largos de un conejo. En cambio, las negras, parecen una fila de pantalones sin zapatos. Se ven iguales y no lo son, cada una produce

un sonido profundo y bello, aunque diferente. David repasó en casa la partitura de Martinillo. Mamá lo obligó a practicar, aun así, cuando Bolaños lo escuchó, solo le salió la primera parte: “Martinillo, Martinillo, ¿dónde estás?, ¿dónde estás?” No llegó al acorde en el que Martinillo lograba tocar la campana.

Si los dos fuéramos un poco parecidos a Camila, celebraríamos nuestro triunfo con helado, al salir de la clase. No quedará de otra, ambos abandonaremos ese ritual vespertino, sin helado y sin saber para qué sirven los pedales.

## Música y reflexiones

## LA TONADA QUE DETIENE EL TIEMPO

*Elizabeth Algrávez*

(Poeta. México)

Fui consciente muy temprano de la relación palabra-magia-encantamiento y lo de canción que el encantamiento tiene en sí mismo para funcionar. Me recuerdo con cuatro años tendida en la cama de mi abuela repitiendo la palabra “ventana” hasta que perdía su significado de objeto material y se convertía en ventanas a otros mundos. Con la edad, aprendí a leer muy rápido, supe por monografías leídas a hurtadillas que eran estados alterados de conciencia, cambié el mantra “ventana” por “papiro” y me apasioné por los egipcios, la magia y lo sobrenatural.

Tendría seis o siete años cuando me perseguían canciones en mi mente. Pasaba horas y horas componiendo tonadas y letras que no me atrevía a escribir, pues sabía que no eran aptas para mi edad; me daba vergüenza que alguien pudiera saber lo que se gestaba todo el tiempo en mi cabeza y, nieta de una abuela mágica como la que más, empecé a pensar alvesre, en el idioma secreto que me enseñó para hablarnos en complicidad.

*Toncesen peceem a birescri emaspo*

Nacida en una familia heterodoxa, como casi todas; pasaba las mañanas de domingo en misa y por la tarde iba con mi madre al servicio en un templo cristiano. Me gustaba de la misa la sonoridad de los cantos sencillos ale lu ale lu

ale lu ya, pero del culto cristiano me volaba la tapa de los sesos el bum bum de la batería y las palabras, sobre todo las palabras: cantaba como si las supiera, las dejaba llegar a mí y consideraba una especie de milagro cuando podía fluir en la canción minutos antes nueva y desconocida.

Luego de la infancia, con la preadolescencia, vinieron los enamoramientos y la era de MTV, *Take on me* y *With or without you* eran la música para ver una y otra vez en los videos que pasaban hasta altas horas de la noche, las canciones que escuchaba el niño que me gustaba y cuya letra yo no podía adivinar porque no se me daba bien el inglés.

Fue así que aprendí a enamorarme por ósmosis musical. A los dieciséis, de mi primer amante, aprendí que cuando el mundo tira para abajo es mejor no estar a atado a nada; años después, en una reincidencia descubrí que *A paler shade of white* tiene la virtud de detener el tiempo, sobre todo cuando sale de los altavoces del mercado mientras cumples con la rutina doméstica.

Viví intensamente mis amores musicales. Engendré un hijo al ritmo de Carmina Burana y lo gesté con canciones de Los Beatles; luego descubrí la bonita simplicidad del Rock pop en español y mis regalos nunca llegaron; amé con la intensidad del Grunge y el Rock alternativo y desee nunca apartarme de él; tuve los gustos culposos en idiomas extranjeros, las letras simples y profundas del pop latino, el amor hasta la sangre del Heavy Metal y finalmente... me quedé con un latido.

Recostada en el pecho de mi amado descubrí su corazón.

La verdadera tonada que detiene el tiempo.

La música primigenia del vientre de mi madre muerta.



La tonada dentro de mí.

## LA MÚSICA QUE GIRA

*Jassín Antuna*

(Escritor. México)

La virtud de cualquier oyente es la incapacidad de imaginar al mundo sin sonido. Incluso en el más profundo silencio, la mente hace que el sonido brote: el recuerdo de algún ruido, de una voz (sea propia o de otros), algún ritmo primario o de alguna melodía. Con ello surgen también las emociones. Esto hace posible que, desde el momento en el que reconocemos nuestra capacidad de escuchar, estemos envueltos en la música, ya que ésta es la combinación del sonido con el silencio.

De pequeño, mi madre nos arrullaba a mi hermano y a mí con la canción de cuna “Duerme, duerme negrito”, de Víctor Jara. Ésta fue la primera melodía que se impregnó con fuerza en mi espíritu. Reconocí a través de esta canción la importancia del vínculo con mi madre, lo frágil y dependiente de mi ser y la nostalgia con la que me quedaba cuando, nos dejaba para salir a trabajar. El recuerdo de esta canción lo siento casi como la primera vez.

Desde los cuatro hasta los doce años, estuve inmerso en la Orden Halveti Yerrahi, una comunidad sufi nacida en Estambul, pero también establecida en la Ciudad de México. Una comunidad llena de amor y vida, también llena de música donde se llevaba a cabo una ceremonia conocida como zikr en donde todos los derviches, miembros de la comunidad sufi, tomados de los hombros, rotaban entre cánticos y alabanzas, entonando plegarias y oraciones con la fuerza de cien ejércitos. Hombres y mujeres ingresaban en el trance colectivo mientras

que las voces exhalaban el alma y el bendir marcaba el latido del único corazón que latía: el de Dios. Los giradores en el centro del círculo, danzaban como una turbina que despegaría del suelo y llegaría hasta las puertas del paraíso. Nunca supe qué era lo que decían esos rezos, ya que eran entonados en árabe, pero fue ahí cuando descubrí que la música también es una fuerza dimensionalmente espiritual; una música que gira junto con la poética del cuerpo y la poética del alma.

Así como el sistema digestivo absorbe minerales y sustancias complejas para continuar con vida, los sentidos como la vista y el oído también deben nutrirse ricamente, ya que son estos los que alimentan al espíritu. El primero se nutre de lo abstracto: de los colores que emana de las figuras, de las formas unas sobre otras, de la belleza y también del horror. El oído se nutre de la música y ésta debe ser rica en variedad, pues un oído que se alimenta sólo de un género, es un oído desnutrido, un oído flaco y débil, el cual puede ocasionar un espíritu vacío.

La riqueza de una música no está, como digo, en la complejidad, sino en la abundancia de la misma. No importa el género, lo que importa es que sean muchos los que entren al sistema espiritual y lo alimenten constantemente. Un espíritu nutrido en música, es un espíritu creador, un espíritu dinámico. Bien lo dice mi madre: “la poesía es música” y nuestro deber es musicalizar la poesía y poetizar a la música para que ésta nunca deje de girar.

## ALIMENTO PARA EL ALMA

*Elva Buck*

(Actriz. México)

El recuerdo más antiguo que tengo ligado a la música es “Huesito de chabacano”: un niño cantando desde el tocadiscos, a quien su mamá le da besitos con sabor a chabacano.

Crecí en una familia con gustos musicales muy variados. Mi mamá, siempre ocupada en algo, cantando “Lamento borincano” o alguna canción de Julio Iglesias. Mi papá haciendo sonar discos que iban desde Nat King Cole, hasta Edith Piaf. Siendo los dos favoritos, de cada día, Luciano Pavarotti y Carlos Gardel. A ambos me llevó a verlos. Al primero en un concierto, y al segundo, en un panteón de Buenos Aires repleto de cartas y flores.

Entendí desde niña que la música nos trae lo mejor de los tiempos pasados, y que espanta a los demonios que no dejan dormir por las noches. La voz de Cri Cri cantando una amplia variedad de sonos, alegró mi niñez y la de mis hijos, y, cuando vuelvo a oírlo me vuelvo a sentir pequeña y segura. Y no sólo son las canciones, sino esos temas que activan el botón de la nostalgia. Desde la vocecita de Topo Giggio diciéndome que me fuera a la camita, seguido por la familia Telerín, diciéndome lo mismo, y, después mi mamá, por si acaso no había quedado claro; hasta la música de la banda de Johnny Carson. Tres horas después, oía desde mi cama anunciando: “*heeeeere’s Johnny.*”

También está la música de los anuncios de televisión.

Podrán olvidársenos las tablas de multiplicar, pero jamás, los tres movimientos de Fab o el bigote de Maizena. Y es precisamente por eso que, en los años 70, a alguna banda se le ocurrió ponerle música a las tablas.

La música nos despierta y nos duerme, es alimento para el alma, y es uno de los lenguajes divinos. La memoria emotiva está compuesta de imágenes, de olores y de sonidos. La voz de quienes amamos, y la música, forman parte de esa memoria. Conforme envejecemos todo se vuelve borroso y difuso. Pero nunca olvidaremos los arrullos de nuestra madre, los cantos de la infancia, o la primera canción que bailamos de cachetito.

Gracias, Música, por hacer esos momentos eternos.

La música, testigo de la historia

## MÚSICA Y CONTROL

*Gabriella T. Espák*

(Música y académica. Hungría)

La música ha estado conmigo y formó mi personalidad a lo largo de mi infancia hasta que crecí. Por encima de los obvios placeres estéticos a los que sirve, la asocio con el control: tomar las riendas de mi vida, crecer en independencia, tomar la iniciativa de una manera minuciosa, inobservable, segura y con seguridad en mí mismas. Puede que haya estado en el lugar correcto en el momento correcto; el hecho es que de pura suerte tuve momentos en los que la música entró, influyó y determinó mi educación hasta la edad adulta.

Al llegar a la primaria, mi familia se mudó de ciudad, así que perdimos la fecha de inscripción a una nueva escuela cercana. A mis padres se les informó que todavía podían inscribirme a la clase de música sólo si demostraba algún don para el canto y el ritmo. Me considero una chica de campo: mi papá solía cantar en el coche mientras me llevaba a la cosecha y sabíamos cuando llegaba a casa porque venía silbando melodías. Aprendí de él todas las canciones populares (música folclórica gitana húngara) que tocaban en las bodas y en la radio. No cantar, no moverme al ritmo de la música todavía me hace sentir constreñida, exactamente lo contrario de mi verdadera naturaleza. Disfruté la audición de entrada a la escuela por la divertida oportunidad de cantar y aplaudir.

Mi vocación musical innata encontró una nueva plataforma física y personal un año después, cuando resultó que mis dedos eran perfectos para el violonchelo (no lo suficiente para el violín, que de todos modos no me gustó). Así, un día

llegué a casa con mi primer violonchelo, casi de mi tamaño, para sorprender a mi mamá: “¡Ay! Hija, ¿no puedes devolverlo y traerte algo más pequeño?” Ese momento señalaría la primera ocasión en que tomé con orgullo el control sobre mi cuerpo y mis decisiones, siendo el instrumento una extensión de mi yo. Nunca alcancé tal sensación de intimidad con el piano, que aprendí a tocar en años posteriores.

Una manera completamente diferente de control se conecta con otro recuerdo musical, éste de la secundaria. Mis compañeros de la escuela y yo fuimos pioneros en un coro que recorrió las ciudades vecinas de Zakarpatia (entonces pertenecientes a la URSS), invitados por la comunidad húngara que históricamente vivía en las fronteras. Eso fue en el invierno de 1989, en Adviento, el día de San Nicolás. Todo estaba cubierto de nieve, las tiendas tan vacías como se ve en muchas fotos de la región, posiblemente la más pobre de la Unión Soviética. Bajo la política internacionalista del régimen soviético, vivir abiertamente como húngaros con una identidad nacional distinta estaba fuera de discusión; nuestra visita fue posible sólo gracias a la *glasnost* y la *perestroika*. Nosotros, chicos de secundaria de entre quince y dieciséis años que veníamos de la madre patria para cantar en inglés y en húngaro, ambos idiomas políticamente indeseables allí, recibimos una bienvenida fabulosa. Incluso nos dieron de comer sopa de pollo y col rellena, que sólo se servía en las ocasiones familiares más grandiosas. Actuamos en el centro cultural local con lleno absoluto. En algún momento, empezamos con una canción folclórica del siglo XIX, compuesta por cuatro melodías, que luego se transformó en una interpretación a coro completo del himno nacional húngaro. Este recuerdo todavía me pone la piel de gallina. El aire se congeló, la gente se puso de pie, primero una persona, luego otra y otra y



al final todos se unieron a nosotros cantando. Nadie, dirían los asistentes de más edad con los ojos literalmente llorosos, se había atrevido a cantar así en los últimos cuarenta años. A través de la música, les llevamos la esperanza de escapar del control hacia una nueva vida con autocontrol.

La lección de historia que, a los quince años de edad, me enseñó este evento único, podría haber sido fundamental para convertirme, una década después, en investigadora de los derechos de las minorías en países multiculturales. Ahora, otros treinta años después de aquello, cuando tocamos en una orquesta universitaria como parte de un proyecto titulado significativamente *Zerophobia*, debo recordar con tristeza cómo aquella escena de mi adolescencia no sería posible hoy; de intentarlo, todos nosotros —director, coro y público— terminaríamos el concierto bajo custodia policial o hasta en la cárcel.

## LA MÚSICA EN MI INFANCIA

*Myriam Goluboff (Miriam Chepsy)*

(Escritora y arquitecta. Argentina)

La luz pasa a través de los cristales de colores de la claraboya que cubre el vestíbulo. Ahí llega la escalera que sube desde la calle. Sentada en el banco de madera contra la barandilla veo bailar esos colores al compás de una música que me emociona y que seguirá siendo parte de mí como recuerdo vivo, esas notas que martillaba una a una con mis pequeñas manitas: miremiremiredola, domilasi, misolmido, miremiremire...Mi tía, más que una segunda madre para mí, la tocaba. Y cuando ella terminaba de tocar, yo corría al piano y con un dedo, repetía una y otra vez esas notas, lo único que sabía hacer en ese momento con el teclado.

Tardé muchos años en reencontrarme con las teclas, pero la música fue algo importante en mi vida escolar, cuando cantaba en el coro de la escuela. Esa actividad colectiva, las tantas voces que sonaban como una sola, nos hacía sentir unidas, era una forma de trascender lo cotidiano, ahí, todas de pie, en el escenario que había al fondo del patio cubierto frente al piano que tocaba nuestra profesora de música.

Estábamos acostumbrados a cantar canciones en cada una de las fechas históricas, en el patio del colegio, no sólo el himno: “Oid mortales el grito sagrado...” También la canción a la bandera: “Alta en el cielo, un águila guerrera...” *La marcha de San Lorenzo*: “Febo asoma, ya sus rayos iluminan el histórico convento...” y tantas otras que aún hoy puedo recordar.

Y hubo también otra canción que recuerdo, que no era “nuestra” pero que sentíamos con toda la fuerza que expresa su música. Era el año 1945, a mis diez, terminó la Segunda guerra mundial y en Buenos Aires cantábamos “La Marsellesa”: *Alons enfants de la patrie, le jour de gloir est arrivé...* Se cantaba con entusiasmo, como si la guerra la hubiéramos ganado nosotros.

A esa edad no asistía todavía a los conciertos que fueron alimento de mi adolescencia y de mi juventud. Pero mi madre me llevaba a ver ballet en el teatro Colón de Buenos Aires y allí, en ese escenario maravilloso, de butacas y parapetos de color rojo, con la gran lámpara en el techo, me dejaba envolver por la música, y eso me gustaba más aún que el dibujo de los bailarines en el escenario.

Y también la música era símbolo de fiesta. Frente a mi casa había un terreno baldío del que, en época de primavera, salía una música alegre, festiva, muy sonora, la música de la calesita que se instalaba allí, que giraba llevada por un caballo con sus ojos tapados y con asientos de vivos colores con forma de animales y de coches y barcos y donde, al compás de la música, girábamos tomados de los tubos color de bronce que sostenían el tejado desde donde teníamos que lograr apoderarnos de la “sortija” que blandía el encargado para que no pudiéramos rescatarla. Pero ese desafío no hubiera sido igual sin la música, que se sentía varias cuerdas a la redonda y que para mí, que vivía enfrente, era como si estuviera en la cocina de mi casa y era el gran acontecimiento del año.

Todo ocurría acompañado de música, todo lo que importaba y hoy, ya en los ochenta y tantos, cuando pienso en mi infancia, aparecen los recuerdos de esas músicas, y hasta la voz del manisero al lado de las vías de ferrocarril en el

Parque Agronomía que ofrecía. cual cantando una canción: Manicees,  
calentitooos los maniiiicees.

## RECUERDOS QUE ME ACOMPAÑAN

*Juan Ibáñez*

(Escritor y artista visual. España)

A los tres años viví con mis padres en San Juan del Puerto, en Huelva. Mientras mi padre trabajaba en Sevilla, la radio hacía más llevaderos los días a mi madre, al tiempo que mis oídos se familiarizaban con las voces de Antonio Molina y Luis Mariano entre otros... pura canción española. Recuerdo una canción en particular, tenía un tono épico, de aventura y se mencionaba a una loba, o tal vez fuese un lobo; llegué a tararear su letra y recrearla a mi manera, sin público, sin recompensas. Fue mi primer coqueteo con la música, sin olvidar el tambor y el xilofón de los cuales desconozco su paradero en la actualidad.

Tenía cinco años cuando mi madre y yo, tras una breve estancia en La Rinconada, nos mudamos con mi padre a Sevilla capital. El Dúo Dinámico imponía su estilo musical desde la radio, medio que seguía marcando la banda sonora de la época. Mis vecinos más jóvenes comenzaron a modelar mi afición por una nueva música. Evolucionar, emigrar hacia unos sonidos más acordes con mi edad: el pop español, sin apartar la vista de los cómics, cuyos héroes emulaba sobre el papel. *Las aventuras de El Capitán Trueno* y *El Jabato* me alucinaban.

Con ocho años me vi en un colegio de curas, una experiencia aterradora, y con la obligación de tomar clases particulares de guitarra clásica, algo inabarcable para mi cerebro. A los diez, los curas me ofrecieron la oportunidad de cantar para acompañar las misas: un nuevo fracaso musical (fui rechazado en la primera audición).

En la OJE, Organización Juvenil Española, canté a la bandera a pleno pulmón, y entre el “Cara al sol” y Karina y Los Bravos se fueron modelando mis neuronas al tiempo que mi cerebro creaba una barrera infranqueable para el flamenco, música que en mi infancia nunca pude asimilar. Hoy en día, el bache está superado y disfruto escuchando las canciones de Camarón y Morente.

Los fracasos escolares me llevaron a una academia en Condes de Bustillo y allí, a través de un nuevo amigo, conocí la música underground: Frank Zappa, Cream, John Mayall, Hendrix. No daba crédito a lo que escuchaba, ni a las psicodélicas portadas de sus álbumes que fueron mi escapatoria visual, el descubrimiento de un agujero por donde perderme y dejar volar la imaginación. Empezaron a verse los primeros hippies por las calles de Sevilla, las revistas contraculturales aparecieron con los dibujos de Robert Crumb y comencé a encerrarme en mi habitación para escuchar a Janis Joplin a todo volumen y a llorar en soledad por su muerte. Se acercaba el mes de septiembre y mi padre, para motivarme, me prometió regalarme una guitarra eléctrica si aprobaba todas las asignaturas de las que tenía que examinarme. Superé los exámenes, cambié de opinión y le pedí un magnetófono de casete. Seguí aporreando la guitarra clásica y gracias a los hippies del barrio aprendí a tocar “Sunshine Of Your Love” del grupo Cream y “Had to Cry Today” de Blind Faith.

Asumiendo que no soy músico, me he visto, sin embargo, en la obligación de diseñar el sonido de mis creaciones visuales. Aún cuando soy incapaz de crear música y, para rematar el cuadro, el otorrino me ha diagnosticado recientemente pérdida de audición por factores externos.

No le aclaré al galeno que durante algunos años estuve subido sobre los escenarios grabando los conciertos de algunos músicos, así como sus sesiones de

estudio, una buena relación que me ha pasado factura. Al menos me queda el sentido de la armonía y el gusto por los silencios.

## DE EMPACHOS Y UN TORNAMESA

*Norma Muñoz Ledo*

(Escritora. México)

Recordar es, etimológicamente, volver a pasar por el corazón. Y esto es exactamente lo que me ha pasado en estos días de recoger memorias musicales. Decenas de melodías que hicieron un surco en mi corazón de niña han recorrido nuevamente ese camino, desempolvando escenarios. Me doy cuenta de que las letras de algunas de esas canciones parecen tener una resonancia todavía más potente ahora.

Cuando veo a los niños de hoy y sus mundos musicales privados, guardados en *playlists*, pienso en la música compartida de mi infancia. Yo era la hermana menor de una familia de siete. Mis oídos simplemente participaban de lo que oían los mayores. En casa había un tornamesa en la sala en el que giraban todos los gustos musicales de la familia. También había un par de radios. Uno estaba en el cuarto donde mi mamá invertía casi todas las tardes en una de sus aficiones en ese tiempo: coser. Y el otro era de mi hermana, de manera que estaba en la habitación que compartíamos, en ese buró de latón y vidrio que ocupaba el espacio entre su cama y la mía. Siempre había paz entre los diversos gustos musicales, pero el que conquistaba el tornamesa de la sala lograba que los demás escucharan sus inclinaciones. A veces, una y otra vez. El único disco que yo puse sin parar fue el de la música de *Star Wars*. Por lo demás, sólo me tocaba prestar oídos, dependiendo del lugar en donde me encontrara. Si era el costurero de mi mamá, donde a veces yo hacía la tarea, tocaba el turno de la música clásica en la



XELA, el 830 de AM que ella tenía permanentemente sintonizada. Si estaba yo sola en mi cuarto, el aparato estaba en silencio; pero si estaba mi hermana era otra canción, porque nos acompañaban José José, Emanuel, Julio Iglesias, Alberto Cortés, El Puma, Miguel Bosé. Confieso que el empacho de baladas románticas en español me dejaron como cuando te das un atracón de crema de cacahuate: luego no hay manera de volverla a oler. Poco antes de la llegada del radio, ella monopolizaba el tornamesa con el disco de *La novicia rebelde*. Con ese no tuve tanta indigestión, pero otras cosas empezaban a cocinarse en mi casa que le darían golpe de estado a Julie Andrews. Hay que decirlo, el ambiente familiar era un caldo sazonado con lecturas revoltosas: el periodismo del *Unomásuno* de Becerra Acosta y del *Excélsior* de Scherer, que después siguió en la revista *Proceso*, leída de la primera a la última página, que era la tira cómica de *Boogie el aceitoso*. El humor de Quino también pasó por casi todos los hermanos y como cereza del pastel, en aquellos años mi mamá andaba entusiasmada con los libros de Carpentier y Neruda. En ese tiempo en que más de media América Latina se doblegaba ante las dictaduras militares, en el que Cuba era uno de los peores dolores de cabeza del imperio, en que el '68 y la guerrilla del profesor Cabañas estaban frescos, a uno de mis hermanos le dio por irse con un amigo a pintar bardas del Partido Comunista. Y ¡bueno! Una cosa era que mi mamá anduviera con lecturas subversivas y otra que le aplaudiera al hijo sus actividades clandestinas. Ante el azote familiar y las amenazas de lo que podía ocurrirle a su pellejo en el tenebroso Campo Militar Número Uno, la etapa de graffitero rojo de mi hermano duró poco tiempo. Pero no claudicó a sus ideales: la familia Von Trapp y Julio Iglesias recibieron un empujón fuera del tornamesa para darle paso a la Trova Cubana, que arribó como quien llega a una fiesta en

México: con los amigos. Nacha Guevara, Víctor Jara, Inti Illimiani vinieron con ella. Un alud de trozos de canciones se vuelcan en mi memoria en este momento, pero escogí sólo uno para compartirlo aquí. Lo escogí porque la letra de Silvio Rodríguez es tan vigente como hace cincuenta años, porque reverbera en mí con todo su idealismo, quizá con más fuerza que cuando nació.

*La era está pariendo un corazón,  
no puede más, se muere de dolor  
y hay que acudir corriendo  
Pues se cae el porvenir  
En cualquier selva del mundo,  
en cualquier calle.*

*Debo dejar la casa y el sillón,  
la madre vive hasta que muere el sol,  
y hay que quemar el cielo  
si es preciso, por vivir.  
Por cualquier hombre del mundo,  
Por cualquier casa.*

## CUATRO EXTRAÑEZAS

*Alejandro Pérez Cervantes*

(Escritor, fotógrafo. México)

Piezas que son pasmos, latidos, visiones: mi padre oyendo a Javier Solís en su consola Zonda. Los violines de Brahms en algún arreglo mariachi. Rigo Tovar versionando “Las estepas del Asia Central” de Borodin en clave rock. El pasodoble “Senderito” que grabó Julio Jaramillo y los Sonnor’s volvieron una cumbia funk en un disco hoy inencontrable. El patriarca del taller donde trabajé en la adolescencia, silbando toda la discografía de Daniel Santos al ritmo de la llovizna. La obsesión del sonido *country* en Los Beatles. Los poetas accidentales de la balada española de los ochenta. Los últimos románticos —auténticos héroes byronianos— que en la Sudamérica de las dictaduras decían hacerle a la balada y hacían rock progresivo.

*1.- “Dueño de nada”, José Luis Rodríguez “El Puma”, letra de Manuel Alejandro.*

Yo sólo era un niño que iba por las cocas. Tenía siete años, y como escribiera don Ricardo Garibay, vivía en los territorios de la “fiera infancia”: aprendí a abrocharme los zapatos hasta los 12 y a leer el reloj hasta los 14. Tuve problemas de lenguaje y no sabía qué diablos era la poesía. Pero esas líneas a través de una ventana, provenientes de un radio de transistores, un sábado por la

mañana, me atraparon para siempre: “Dueño del aire, y del reflejo / de la luna, sobre el agua.”

Años después conocí los verdaderos haikús de Tablada. Y me tomó décadas desentrañar el enigma de imágenes como esa nos advertía: “porque el tiempo tiene grietas”. Cual una novela de Stendhal, todas las baladas de los ochenta fueron mi educación sentimental. Y Manuel Alejandro, el profeta de nuestra infancia.

## *2.- “Fifteen feet of pure White snow”, Nick Cave*

Son los primeros años de la década del 2000: mi primogénita ha muerto. He roto todos mis cuadros con un hacha. He perdido también mi trabajo y mi casa. El Norte me llama otra vez. En esa ciudad me pierdo mil veces. Fatigo mi cuerpo catorce horas diarias. Voy de los restaurantes griegos a los japoneses, de los italianos a los mexicanos, de los coreanos a los chinos y de los chinos otra vez a los griegos. Me aprendo todas las líneas del metro. Quiero borrarme. Quiero olvidarme.

En esos callejones a donde sacamos las bolsas de basura entre la madrugada y el hielo, encuentro otros tipos como yo: ex policías, ex campesinos, ex esposos; perdidos o huyendo. Luego de muchos meses, algo empieza a moverse de nuevo dentro de mí.

Ya es verano, y sobre ese crepúsculo brillantemente anaranjado se erige una de esas visiones que al momento de contemplarlas sabemos que no las olvidaremos jamás; mientras el australiano canta este ríspido gospel sobre la droga, una niña negra atraviesa la calle como un grácil garabato, vital, despreocupada,

toda felicidad, brincando la cuerda: es la vida que me llama otra vez. Es ahí que empiezo a escribir en una pequeña libreta —ora en el autobús, ora en el metro—, las historias que serán mi primer libro.

3.- *“Moonlight serenade”, Glenn Miller*

Nunca fui un hombre elegante. Pero la ensoñación siempre me ofreció un refugio.

Aún deploro el fin de esa época en que los hombres usaban sombrero. Varias veces en mi vida me he soñado en remotos bailes de gala, eventos multitudinarios en alguna playa perdida. Los hombres llevan esmoquin blanco y las mujeres vestidos de tirantes y la espalda semidesnuda. El crepúsculo es añil y los candiles que separan la terraza del mar son pequeños soles moribundos que se mecen temblando. Las parejas se desplazan con languidez, como atrapadas en el ritmo del oleaje y ese juego de reflejos entre las trompetas plateadas y el pulso de las estrellas, en una noche seminoche azul y eterna. Por eso me fascina tanto Fitzgerald. Como a él, de los ricos me sobrecogió siempre ese autismo tan natural donde no hay nada imposible. No podría explicar la razón por la que esta pieza ejerce en mí su influjo hipnótico. Quizá el eco remoto de esa identificación radial de la XESJ, que nos arrullaba en noches de las que pervive apenas el retazo de un acorde o el rastro de un olor. O ese ritmo que asemeja el oscilar de un péndulo, un rizo interminable del tiempo. Como el enigma del músico que erigiera este ensalmo, tocando eternamente en los discos rayados de los veteranos, esos mismos que lo vieron subirse a un avión durante la Segunda Guerra y perderse en las oscuras aguas para siempre.



## LA BANDA SONORA DE MI INFANCIA

*Adriana Azucena Rodríguez*

(Escritora y académica. México)

Como en tantos aspectos de la educación nacional, adolecemos de una marcada carencia de formación musical: apenas los coros de la iglesia y sus letras absurdas entonadas por piadosas damas con más fervor que talento, traducciones “a lo divino” de las canciones *hippies* de los setenta. Las estaciones populares de radio eran una réplica de las transmisiones televisivas y sus mensajes sobre una supuesta “gran familia mexicana”: unos valores telenoveleros y doblemoralistas, en los que no tenían cabida las expresiones populares —el rock era demonizado en aquellos años ochenteros, los gruperos eran vistos con burla por su procedencia vernácula—. La música clásica requiere formación, y no estaba al alcance de la escuela pública y las estaciones que la transmitían estaban resguardadas por voces sepulcrales que ahuyentaban a cualquiera que pasara casualmente por ahí.

En ese mundo limitado, gris, de música olvidable, irrumpió el cine. La banda musical de cada película. Ir a ver películas era caro, para una familia de seis miembros como la mía: las películas se seleccionaban con cuidado. Así que pude ver sólo grandes películas, sin espacio para producciones mexicanas. Superman en pleno vuelo con la música de fondo sobrecogía a cualquier niño. Las canciones de los Bee Gees en *Melody* decían algo sobre el amor, imposible de entender. Las notas de El padrino. La banda sonora de las peleas en *Rocky* o *Karate Kid* hicieron de los momentos previos de filas gigantescas y luchas por conseguir entradas el recuerdo de una lucha épica digna de un lugar en la

memoria. Nada, sin embargo, puede igualar la banda sonora de *La guerra de las galaxias*. Leí una versión en cómic varias veces, así pude entender la trama; pero verla con música se queda en la memoria para siempre. Esa tonada clásica de la película de vaqueros es el cine de vaqueros. Como el piano de “Un hombre y una mujer” es el cine francés. Las notas de *Tiburón*, *Psicosis* o *El resplandor* me enseñaron a tener miedo. Un cierto rechazo infantil por la banda sonora de las películas románticas se ha vuelto a instalar en mi vida adulta, pero me gustaría volver a hallar un sentido a sus absurdas promesas, declaraciones y ritmos lentos.

La música en una película es una historia en sí misma, aunque acompañe otra historia que, a veces, parece borrar a su acompañante sonora. En eso, la música se parece a los recuerdos de infancia. La infancia no existe mientras uno es niño. Luego, la infancia se percibe como un puñado de imágenes y acordes. La educación sentimental en la infancia no sólo proviene de las relaciones inmediatas; también del conjunto de fantasías que proporcionan las películas que embellecen las tardes aburridas, las que no lo dejan ver a uno y debe conformarse con escuchar a través de las puertas cerradas, las que se quedan en la memoria y las que se olvidan. La infancia es una transformación continua y las películas transforman de un modo casi imperceptible, como deberían ser todos los cambios que nos hacen adultos.



## LISTA DE AUTORES

### *La música de la tierra originaria*

[Jorge Anaya](#)

[Felipe Aragón](#)

[Ramón Cuéllar Márquez](#)

[Gabriel Figueroa Pacheco](#)

[Alessandra Grácio](#)

[Sandra Luna](#)

[Juan de Dios Maya Avila](#)

[Carmen Nozal](#)

[Daniel Olivares Viniegra](#)

[José Manuel Ortiz Soto](#)

[María Inés Pérez Núñez](#)

[Dan Russek](#)

### *De la casa*

[Armando Alanís](#)

[Flora Calderón](#)

[Marcial Fernández](#)

[Elvira Hernández Carballido](#)

[Paola Jauffred](#)

[Loel Manzano](#)

Edmée Pardo

*De los padres*

Patricia Bañuelos

Efraím Blanco

Mónica Braun

Silvia L. Cuesy

Claudia Gallegos

Miguel Ángel Hernández Acosta

Claire Joysmith

Christian Negrete

Luis Bernardo Pérez

Jeremías Ramírez

Paola Tena

Agustina Tocalli-Beller

Erick Zapién

*De los abuelos y los tíos*

Óscar Baños Huerta

Carlos Martín Briceño

Alejandra Camposeco

Enid Carrillo

Roxanna Erdman

[Yanira García](#)

[Eduardo Islas Coronel](#)

[Fernando Sánchez Clelo](#)

*De los fans*

[Karla Barajas](#)

[Carmen Carrillo](#)

[Patricia Dubrava](#)

[Javier Guadarrama](#)

[Javier Moro](#)

[Luciano Pérez](#)

[Debbie L Tan](#)

[Morelos Torres Aguilar](#)

*De momentos especiales*

[Agustín Cadena](#)

[Nacho Casas](#)

[América Femat](#)

[César Gándara](#)

[Rubén García García](#)

[Alfredo García Valdez](#)

[Judy Goldman](#)

[Olivia Luna](#)

[Aída Padilla](#)

[René Roquet](#)

[Adela Salinas](#)

[Daniel Téllez](#)

[Magali Velasco Vargas](#)

*De los que hacían o siguen haciendo música*

[Alejandro Badillo](#)

[Carlos Manuel Cruz Meza](#)

[Patricia Nasello](#)

[María Elena Ortega](#)

[Diana Teresa Pérez](#)

[Juan Antonio Rosado Z.](#)

[Paula Ruggeri](#)

[Rodrigo De la Serna](#)

[Richard Slavich](#)

[Christian Uribe](#)

*Música y reflexiones*

[Elizabeth Algravez](#)

[Jassín Antuna](#)

[Elva Buck](#)

*La música, testigo de la historia*

Gabriella T. Espák

Myriam Goluboff (Miriam Chepsy)

Juan Ibáñez

Norma Muñoz Ledo

Alejandro Pérez Cervantes

Adriana Azucena Rodríguez